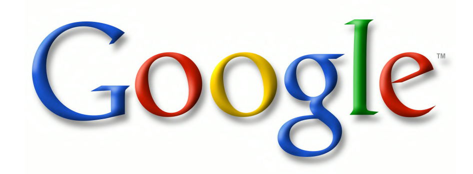
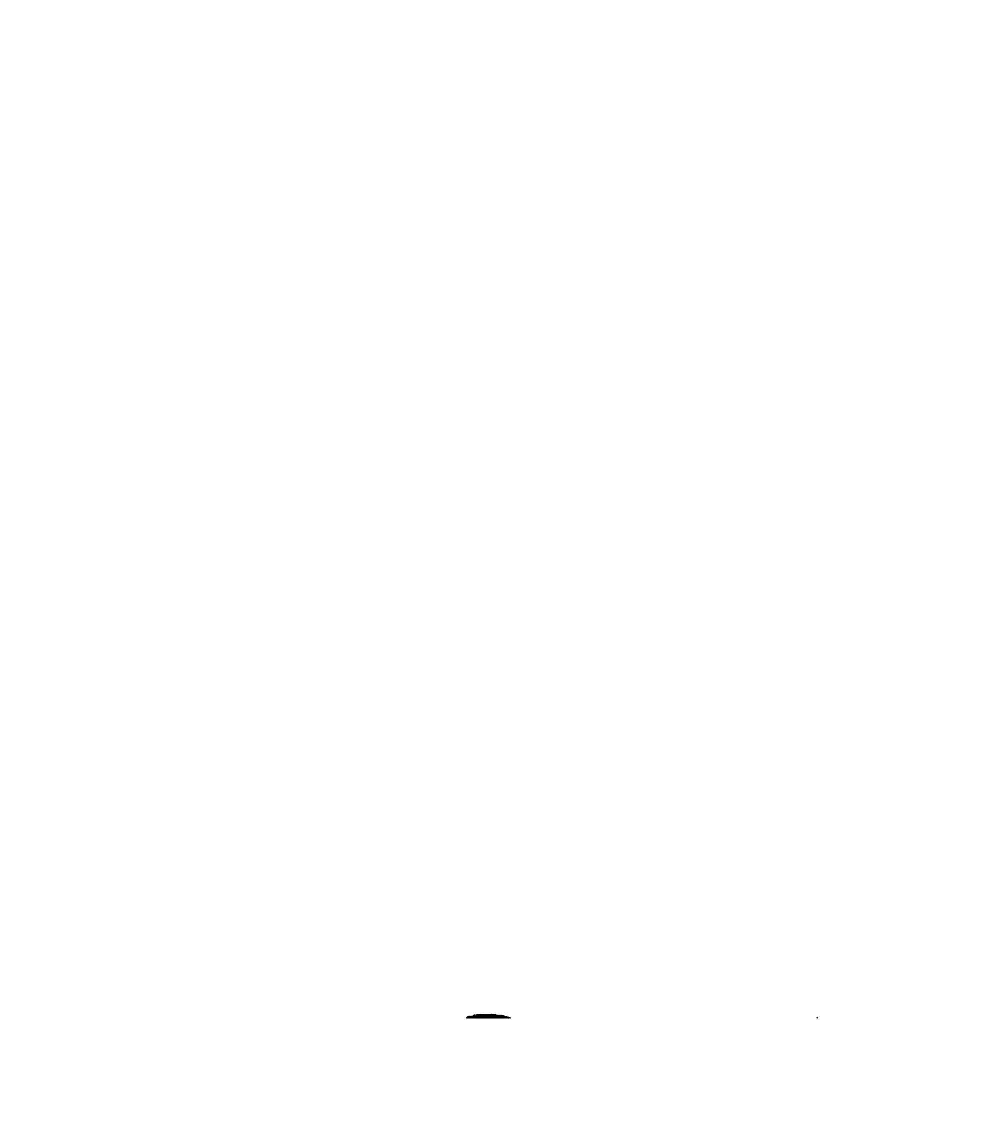






Pero no fué él tan pronto en intentar su llaneza, cuanto yó en plantarle una buena bofetada.

LA QUIJOTITA

Y

SU PRIMA.

HISTORIA MUY CIERTA

CON APARIENCIAS DE NOVELA.

ESCRITA

POR EL PENSADOR MEXICANO

SEGUNDA EDICCION.



MEXICO: 1831.

Imprenta de Altamirano, á cargo de Daniel Barquera, calle de las Escalerillas núm. 11.

Se espende en el despacho de ésta oficina.

☞ *AVISO.* ☜

En esta imprenta Calle de las Escalerillas núm. **11.** *se imprimen Convites, Avisos, Tarjetas y toda clase de impresiones sueltas, con la mayor prontitud y comodidad como verá la persona que se digne ocuparla.*

CAPITULO I.

En el que se refiere la disputa que trabó el coronel con el licenciado Narizes, y la defensa que hizo de las mugeres.

CUANDO nuestro coronel entró con su familia, ya estaban en disposicion de hacer lo mismo todos los de la casa de d. Dionicio, quienes luego que lo vieron, lo saludaron cortesmente y nos sentamos todos á comer.

Entre las visitas que habia, estaba un señor joven y de narizes abultadas, á quien conoceremos con el nombre del licenciado *Narizes*, pues así le puso doña Eufrosina, que era diestrisima en esto de poner nombres.

Luego que ella tubo lugar de hablar, dijo al coronel: ¡hay hermano! gracias á Dios que ha venido V. para que vuelva por nosotras; porque éste maldito Narigüetas nos ha puesto como un suelo.

y como no podemos responder á sus argumentos y latines, con que nos aturde, está creyendo que nos ha convencido; pero yo confiada en V. le he dicho que nos ha de defender completamente.

¿Pues que ha sucedido, hermana, que tan empeñada está V. en que la defiendan?

=¿Como que? decia Eufrosina: le parece á V. poco que nos haya puesto de vuelta y media? pues hoiga V.: dice que las mugeres somos locas, vanas, orgullosas, sobervias, falsas, supersticiosas, malagradecidas, incostantes, vengativas, tontas, presumidas, y qué se yo que mas. Vaya si quita de las piedras para poner en nosotras; y ésto no solo lo dice, sino que asegura que lo probará con evidencia. Le decimos que eso lo dirá por chanza, y el nos jura que lo dice con todo su corazon, y sin que le quede nada dentro. Ya verá V. que esto no puede sufrirse; y asi le suplico yo y todas éstas niñas, que por lo *que tiene de* caballero, nos defienda y

haga que se confunda éste maldito deslenguado.

Si, si, señor: por vida de V., decian casi á un tiempo todas las señoritas que allí estaban: es menester que V. nos defienda, y así se lo suplicamos todas.

Ya ve V. hermano que no se debe V. escusar de darme ese gusto, continuaba Eufrosina; ya que no por mi, siquiera por todas éstas señoritas, que se lo ruegan. Responda V. si, responda y confunda á éste buen señor, que nos ha colmado de favores. ¿No lo ve V., qué socarron es y sinverguenza? todo se le va en engullir la sopa, y ya no puede con la risa el condenado.

Pues no me he de reir, mi señora doña Escotofina ó doña Eufrosina, ó como se llama dijo, riyendo á carcajada suelta el licenciado: ¿no me he de reir repito, de que quieran ustedes empeñar al señor coronel en que las defienda, cuando si no están confesas, están

convictas de los cargos de que se hayan acusadas, no solo por mi boca, sino á *todo, órbe terrarum*,

Cuando el señor corónel, por no faltar, á las leyes caballerescas, admita el improbo cargo de defender á ustedes lo hará por tratar de divertirse; pero sabiendo muy bien que sus clientes llevan el pleyto perdido en el mismo tribunal de Pilatos.

Asi solemos los abogados defender algunos reos, cuyos delitos son tan claros que no los defendiera el mismo Ciceron; y sin embargo, rebolvemos, interpretamos leyes, acomodamos testos, buscamos escepciones, y peroramos en estrados únicamente por consuelo de las partes; no porque en derecho tengan defensa alguna; así como el médico que le manda al moribundo agua de la palata, por cousnelo de sus dolientes pero el sabe de cierto que no tiene remedio.

Tal vez el señor coronel se encargará de defender à ustedes de ese

modo; mas tambien saldrá diciendo despues de la sentencia: yo defendi á las mugeres. Lo mismo nos sucede á nosotros; hablamos mas que diez cotorras por un reo de éstos de remate. Los jueces nos oyen con bastante paciencia; pero no nos hacen caso. Atienden á la justicia, y segun ella condenan á muerte á nuestro cliente, y el dia que lo llevan á la horca, se dice por la calle: el licenciado fulano defendió á este hombre.

¿Que les parece á ustedes? lo mismo decia aquel médico que iba de duelo tras el cadaver, que él habia despachado: *yo curé á este*. ¿No son graciosas semejantes curaciones y defensas? Pues así ha de ser la del señor coronel, respecto de ustedes. Vaya: no hay que engañarse. Ustedes están convictas y no hay ley que las defienda. Han caydo de remate, y cualquier buen médico las ha de desauciar al punto que conozca su enfermedad mortal.

¿Ya V. lo oye, hermano, decia Eufrosina: ya vé V. quien es el señor, y cuanto dá por medio, pues considere V. que hará con nosotras. Vaya: defiéndanos V.

Pues hermana, señoritas, dijo el coronel: yo apreciara tener luces y capacidad para desempeñar con aire la comision que ustedes me confian, pues en efecto me honrra demasiado su eleccion, prefiriendome á los señores que nos acompañan; bien que esto es solo efecto de la confianza con que V. debe tratarme, y de la sencilléz, con que estas niñas siguen la opinion de V.; pero debo confesar que no tengo mérito para tanto, ni menos fuerzas para cargarme de semejante peso.

No obstante: si ustedes ponen su pleyto en mis manos, yo haré cuanto pueda en su obsequio. En esta virtud repita V. lo que dijo el señor licenciado *contra ustedes* para hacerme cargo.

¿Pues ya no le dije á V. contestó Eufrosina: que dice que somos tontas, locas supersticiosas, altivas, vanas, ingratas, orgullosas, y treinta mil perradas á este modo?

Muy bien, dijo el coronel: siendo eso, así, debo decir en obsequio de ustedes y de la verdad, que es lo que mas importa, que las señoras mugeres, esceptüando las que lo merecen, son todo cuanto ha dicho el señor licenciado y un poquito mas, que yo me sé.

Viva, viva, dijo á éste tiempo el licenciado dando de palmadas en la mesa, viva el defensor de las mugeres. Es menester brindar por su salud. En efecto, se hechó un buen vaso de vino á pechos, y prosiguió comiendo con la mayor satisfaccion, la que aumentó la risa general de d. Dionisio y sus camaradas.

Fácil es concebir cuanta seria la indignacion de las señoritas, principalmente de Eufrosina al verse tan mal defen-

didas. Es verdad que con una risa fingida procuraban disimular su chasco; pero lo colorado de las orejas manifestaba de á legua su corage.

Que tal seria éste, pues le tocó una buena parte á la candorosa Matilde, quien al ver á su hermana y á las demas señoras tan avergonzadas por su marido, no pudo contenerse, y le dijo: ¡Jesus, hombre, que pesado éres aunque fuera ya . : . .

El coronel no le hizo aprecio: siguió tomando la sopa, y doña Eufrosina reventando de enojo, dijo á las señoritas: amigas ¿que diran ustedes? ¿no les sobra razon para hecharme á pasear, por la especial eleccion que he tenido? ¿Que tal? no es cierto que mi hermano tiene gracia particular para hacerme quedar bien y sacarme lucida de un empeño? Vaya digan la verdad. Si, no hay remedio: la peor cuña es la del propio palo. Otro dia, *hermanito, por* amor de Dios, por nues-

tra señora de Guadalupe y por vida de Pudencianita, que no se vuelva á tomar el trabajo de defender ni á mí, ni á mis amigas, mas que nos digan hereges, diablos, y demonios, y mas que nos arten á injurias, pues, segun lo que yo acabo de ver, menos daño nos hará nuestro mayor enemigo, con sus agravios que V. con sus defensas.

Lo ridiculo de ésta suplica, y el tono tan colérico con que la hizo Eufrosina, provocó de nuevo la risa de los concurrentes, y ésta risa acabó de rematar á Eufrosina, quien estubo por levantarse de la silla, y lo hubiera hecho, si el coronel, conociendo la terrible bola que tenia no la hubiera sosegado, diciendole con mucha cachaza: ni el señor licenciado tiene por qué llevarse de satisfaccion, ni V. ni las señoritas, que estan presentes, tienen motivo por que quejarse de mi, en virtud de que no he comenzado la de-

¿Como no? dijo el lidenciado: pues á mi me parece que no puede haber sido mas concisa, elegante y verdadera. =Pues no señor: se ha equivocado V. voy á comenzar.

Con ésto se serenó Eufrosina y todas sus amigas, y el coronel prosiguió diciendó al licenciado: supongo en que V. esta de acuerdo en que las señoras mugeres son inferiores á los hombres solamente en cuanto á su constitucion fisica, que las hace mas débiles que nosotros; pero en cuanto á sus espiritus, no tendrá V. embarazo para confesar que son iguales.

En ésta inteligencia. . . pero asentarémos tres principios para que nos entendamos con mas orden.

Primero. Las pasiones son las semillas de los vicios ó de las virtudes, segun el uso que se hace de ellas, y estas reconocen su origen en el alma.

Segundo. El alma de la muger es

una sustancia espiritual, inmortal é inteligente, igual en todo á la del hombre.

Tercero. La disposicion natural ó accidental del cuerpo influye particularmente sobre el espiritu, y ésta disposicion puede hacernos propender á ésta ó aquella pasion determinada; pero no obligarnos á hacer mal uso de ella y convertirla en vicio, pues contra las malas inclinaciones tenemos el socorro de la razon, y el favor de la gracia aucsiliante, que á nadie falta.

Sentados estos principios, digo: que si las mugeres incurren en ciertos defectos con mas frecuencia que los hombres, no incurren por ser mugeres, sino por que no estan acostumbradas á vencerse, por no saber hacer buen uso de su razon, y de no saber ésto, muchas veces ó las mas, no tienen ellas la culpa.

¿Pues quien la tiene? dijo el licenciado: los hombres, respondió prontamente el coronel: si, señor, no se escanda-

lice V. : los hombres, que educan mal á las mugeres, ó que las seducen y pervierten, tienen la mayor parte de la culpa de los defectos en que ellas incurren.

Para probar ésto con evidencia, es menester sentar éste principio: que el hombre recibe solo una educacion que es la de sus padres; y la muger casi siempre dos: la de sus padres, y la de su marido, y ésta ayudada del amor, influye sobre su corazon mas poderosamente que aquella.

El hombre, si quiere, puede siempre conducirse conforme las macsimas que le inspiraron sus padres, la muger mil veces se vé obligada á olvidarse de éstas macsimas . . . He dicho poco: muchas veces se ve obligada à abandonar con dolor á los mismos instrumentos de su ecsistencia, por contemporizar con los caprichos del marido .

Cuando las mugeres han logrado la *fortuna de tener* unos padres virtuosos

que les han inspirado sentimientos de honor y religion, y despues unos maridos juiciosos y prudentes que las saben conservar en ellos, órdinariamente son felices y jamás son notadas de los defectos de que se acusa al comun de su secso; pero que pocas veces se ven estas convinaciones!

Frecuetemente se verifica el refrén que dice; que estados mudan costumbres, Apenas varia el estado una muger, cuando varian su educacion y sus modáles. La joven que tubo unos padres virtuosos y arreglados, es un milagro que no se corrompa, casandose con un hombre vicioso y libertino, La que tuvo padres indolentes, ó tal vez estraviados, lejos de reformarse ál lado de un marido prudente, las mas veces se empeora, y va ha servirle de martirio, y la que tuvo padres perversos y se casa con otro perverso, se convierte en una furia del infierno.

De manera que entre los padres

y los maridos se nos pervierten las mugeres. No es esta ficcion de una acalorada fantasía; es una verdad que se hace perceptible á la mas ligera observacion. Una niña criada en la pobre ó moderada fortuna de sus padres, se casa con un hombre de algunas proporciones, y á los ocho dias no se conoce. Los zapatos de cordovan la lastiman: se cansa de andar á pié: se averguenza de ver la comedia en la casuela: necesita de mas criadas que la sirvan: no se presenta en los paseos ni en las visitas, si no puede competir con las demás en lujo, y finalmente, de la noche á la mañana se vuelve una marquesa la que se crió en un estado humilde.

Otra jóven que se crió en el mayor recogimiento, que no salia de su casa, sino á la iglesia, que freceuntaba los sacramentos, que se escandalizaba de los zapatos de color, que rezaba todos *los dias una* porcion de novenas, y que

era una muchacha enteramente virtuosa, se casa con un señorito alegre, y dentro de cuatro dias se olvida de todas las buenas mácsimas, y entra en su lugar las que le enseña su marido, y ya la tenemos modista, paseadora, altanera, indevota, descuidada, corriente, marcial y que sé yo.

Si buscamos de estos y semejantes ejemplares en casadas, no nos será dificil hallar bastantes; pero ecsaminese quien ha sido el origen, quien ha tenido la culpa de que se perviertan tales mugeres, y de que se pierda en ellas la semilla de la virtud, que sus padres cultivaron, y hallaremos que la imprudencia, ó la nimia condescendencia ó el mal ejemplo de sus maridos.

No es menester, las mas veces, que las mugeres pasen de un estado á otro para pervertirse. Dentro de sus casas y al lado de sus padres tienen sobradas ocasiones, cuando estos carecen de la vir-

meza y juicio necesario para educarlas, especialmente si ellas tienen una carita rasonable, un poquito de despejo y algunas habilidades apreciables en su secso como son, las de tocar, baylar, cantar, representar &c.

Entonces, sin cesar se ven rodeadas de un enjambre de tunantes de los cuales cada uno aspira á la conquista no de su corazon, sino de su persona, y para lograrlo no perdonan ningun medio, por opuesto que sea á las leyes del honor, y la moral cristiana.

Adulaciones, rendimientos, ofertas, juramentos, palabras, dádivas, requiebros, finezas, suplicas, humillaciones, suspiros, lágrimas, intrigas, y hasta los despechos y brabatas son los obuces y culebrinas con que los soldados de Venus asestan decididamente aun á las mas inespugnables fortalezas.

Todos confesamos que la muger es *débil, tímida* y sencible, y por lo mismo

está muy espuesta ha ser sorprendida por la artificiosa seduccion; pero no nos acordamos de ésto cuando ecsageramos sus defectos, ni queremos cantar la palinodia, confesando de buena fé que somos sus seductores y sus originales en la maldad. Este, á la verdad es un procedimiento muy injusto.

En faltando á la muger una buena educacion moral desde el principio; un juicio bien formado, y algun conocimiento del mundo aunque sea de oidas, es imposible que deje de corromperse con semejantes maestros, de adherir á sus macsimas, de seguir sus ejemplos, y de rendirse á sus artificiosos ardides,

Si fueran pocas las mugeres que pueden con justicia atribuir á los hombres los estravios de sus conciencias. y quizá de sus personas, yo me guardaria de confundir las esepciones con las reglas; pero por desgracia, no hay reyno, provincia, *ciudad*, aldea, y quien sabe si calle,

donde no haya algunas ó muchas de éstas adoloridas desgraciadas, que testifiquen mi verdad.

Dicese que las mugeres son vanas, nécias y soberbias. ¿No lo han de ser si sus padres desde chiquitas les fomentan el orgullo y vanidad, y les embotan su talento dedicandolas á fruslerias? Dicese que son altivas, presumidas y altaneras; pero ¿que han de ser, cuando desde que comienzan á descollar en los estrados, ven que los hombres les doblan la rodilla, les rinden homenage á su belleza, á cada paso les hacen su apoteosis llamandolas *divinas*, y no dejan de la mano el maldito incensario de la lisonja? Dicese que son falsas, incostantes y mentirosas; pero ¿como no lo seran, cuando no tratan sino con falsos, variables y embusteros? Dicese que son ingratas; y ¿como no lo serán con el que abusa de sus ternezas, y olvida sus mas costosos sacrificios? Di-*cese que son interesables*; pero ¿como no

lo serán," cuando el interes es la primera red que se les tiende, y el primer cebo con que se provoca su apetito? Dícese que son locas; pero ¿como no ¿lo serán, cuando jamás han tratado con cuerdos? Dícese. . . . pero se dice tanto y tan sin órden, que yo me espanto, no de que las mugeres sean lo que son, sino de qué no sean peores.

Ya ve V. señor licenciado, que yo confieso que el comun de las mugeres se hallan, y en un grado sobresaliente, los defectos de que las acusan los hombres, y al mismo tiempo estoy muy lejos de pretender justificarlas; pero no puedo llevar á bien que se crea ó que se diga que las mugeres son peores que los hombres, y estremadamente viciosas, *solo porque son mugeres*, desentendiendose los que así las insultan, de los principios que déjo establecidos.

Todos saben que los hombres son superiores á las mugeres, y que estas

nacen con una dependencia necesaria respecto de nosotros. Esta es una verdad, pero en esta misma verdad se halla envuelta otra, de que resulta á ellas una disculpa, y á nosotros un cargo, y es, que si las mugeres son malas no puede ser por otra causa, sino por que los hombres, que son sus superiores, ó les enseñan la maldad ó se las consienten; y siendo así, ¿no es una injusticia y una ridiculéz el declamar tanto contra ellas, despues que los hombres, por la mayor parte, como he dicho, ó son sus seductores ó sus maestros? ¿No es esto lo propio que inrroducirle leña á un horno y luego incomodarse por que ardiera? En nua palabra, señores, los hombres, por la mayor parte somos muy linces para notar los defectos de las mugeres; pero muy topos para conocer, confesar, y corregir los nuestros. Convengámonos de buena, fé en que todos, *así hombres como* mugeres, tenemos vi-

cios y virtudes, y que así unos como otros, hacemos mal uso de las pasiones cuando nos desentendemos de la razon. Lo que importa es que cada uno se dedique á reformar el mundo, comenzando por sí y por los suyos, y entonces, habiendo muchos padres y maridos arreglados, verémos como resultan infinitas hijas y esposas ejemplares.

Los caballeritos que asistian á la mesa, fuérase por que se penetraron de las razones que habían oido, ó por adulár á las señoras, que sería lo mas cierto; luego que el coronel hizo punto en su discurso, comenzaron á repicar con los cubiertos en los vasos y platos, y á gritar muy alegres: *vivan, vivan las señoras mugeres y su juicioso defensor,*

A seguida brindaron por última vez á salud del bello secso, y luego que calmó un poco la bulla, dijo el licenciado Narizes: señor coronel: justamente merece V. estos aplausos, pues ha toma-

do con demasiado calor la defensa de las madamas, y la ha desempeñado con ayre. Vamos, si todas las interesadas hubieran escuchado á V. le tributarian mil elogios, y aun deberían erigir un monumento de gratitud á su memoria.

No lisonjearian mi vanidad, respondió el coronel, pues yo no he defendido á las mugeres, sino la razon, de cuya parte me pongo cuando se ofrece.

A mas de que no sé si me habré equivocado en algo de lo que he dicho. Si asi fuere, yo me subscribiré gustoso á otra opinion mejor, pero mientras no se me haga ver, estaré por la qne llevo ecspuesta ¿que le parece á V. señor cura?

Asistia á la mesa un respetable eclesiástico como de sesenta años, hombre de muchas luces muy timorato, y de un génio cortés afable y jovial.

A éste fué á quien el coronel divi-

gió la palabra, y el dicho eclesiástico la contestó en estos términos,

Ciertamente, señor coronel, que las opiniones de V. me parecen tan antiguas como seguras. Son de aquellas, que por sabidas se callan; pero se callan tanto, que infinitos las ignoran, ó afectan ignorarlas, especialmente por lo que toca à hablar mal de las mugeres sin son ni ton y mil veces despues que los hombres han sido las causas originales de sus vicios.

Ordinariamente á cualquier hombre le gusta una muger bien atabiada, ó como dicen *bien puesta*, cuando la pretende, pero asi que la posee como suya, no la quisiera tan modista por lo que le importa. Entonces es el hablar contra el lujo y vanidad de las mugeres.

¿Mas para que hemos de corroborar con ejemplares una verdad tan comun y visible? Cuando los hombres se *desvelan por* agradar à una muger, sus

defectos les parecen gracias; pero así que las consiguen, se cansan de ellas, y aun califican de vicios sus virtudes. Entonces, quiero decir, cuando la pretension no la dirigió un fin honesto; sino un capricho ó un apetito puramente animal, entonces se disminuye á los ojos de tales hombres la hermosura de la muger, se le notan defectos en que antes no se habia reparado, pero ¿que ¡mucho si en tal caso, como dije, las mismas virtudes parecen vicios? Cuando llega esta época fatal, su recogimiento se apellida hipocondria: su economia, mezquindad: su prudencia, sonzéra: su cariño, falcedad: su fidelidad, falta de mérito: su alegria, locura: sus atenciones, liviandades: su devocion, hipocrecia: sus generosidades, desperdicios: ¿y en una palábra, en tan deplorable situacion cuanto hacen por agradar enfada. ¡Pobres mugeres! nada les es mas comun que *verse sujetas* â tolerar los caprichos é

imprudencias de un hombre sin talento y sin amor.

Cuando oigo declamar á la mayor parte de los hombres contra la facilidad de amar de las mugeres, y los veo tan constantes en seducirlas, me acuerdo de unos versos, que sobre ésto escribió con tanto acierto nuestra paisana sor Juana de la Cruz, monja del convento de san Gerónimo de esta capital, en los que hace ver, que los hombres, casi siempre, tienen la culpa de la liviandad de que acusan á las mugeres, segun ha dicho V. señor coronel; porque efectivamente, los hombres quisieran á las mugeres de mantequilla para sí, y de pedernal para los demás; y aun algo peor: luego que han logrado seducirlas con los artificios mas vivos, y con los mas astutos fingimientos, se fastidian de ellas; (como se fastidia cualquier miserable mortal de todo aquello que consigo *temporal* y perecedero) y enton-

ces llaman liviandades y coqueterias, lo que antes sacrificios y favores.

Tal es la suerte de las pobres mugeres entre los hombres nécios y malvados. Toda muger, y especialmente toda hija de familia, aun antes de llegar á la pubertad, deberia estar impuesta de éstas verdades, para no fiarse de los hombres, y precaverse en cualquiera estado de sus torcidas calificaciones y desprecios.

Toda niña deberia crecer en la firme creencia de estos cuatro principios.

1. Que en esta triste vida todo cansa, todo fastidia; sino ès la posesion de Dios por la gracia.

2. Que los hombres cuando mas finos y rendidos dicen que adoran, que aman é idolatran á las mugeres, entonces es cuando ellos se aman mas á sí mismos, y á lo que aspiran es á sus intereses particulares, de manera que no aprecian sino á las mugeres, en quienes ven ó *se presumen* que hay alguna cosa que

lisonjea su gusto.

3. Que segun estos principios, es muy fàcil que la muger desagrade al hombre, luego que éste la considere como suya, lo que se verifica mas pronto y casi siempre cuando la solicitud se ha entablado con medios inhonestos, ó con miras ilícitas. El antiguo poeta español Quevedo dice: *si quieres aborrecer á tu amiga casate con ella;* y dice bien, por que en clase de dama tiene la muger la libertad de ser ó no ser de aquel hombre, y éste muchas veces se modera en maltratarla, temiendo perderla en virtud de aquella misma libertad; pero casandose, no tiene témor que lo refrene, y entonces la muger sufre todo el yugo del despotismo.

4 y último. Es prudencia, conforme á lo dicho, que las mugeres desconfien de sus mas constantes adoradores: que antes de decidirse, ecsaminen bien el corazon de aquel que las incline, y cuan-

do se miren *suyas*, traten de complacerlos cuanto puedan, para que la posesion no vuelva en desagrado las anteriores finezas, y se conviertan los esclavos en tiranos.

Çayó el cura, y el licenciado guiñandole el ojo le dijo: no va mal, señor cura: uno deja la apologia de las mugeres, y otro la toma. No hay que hacer, con cinco pares de abogados como ustedes que ellas tubieran, infelices de los hombres, ya no podriamos averiguarnos con sus mercedes. Si sin eso son tan endiantradas, ¿que fuera si á cada paso encontraran quien les alzara por dos cartitas? ¡Oh! entonces quisieran ensillarnos.

Callese V, señor Narizes, ó señor tranera, dijo Eufrosina: mi hermano y el señor cura han dicho el evangelio son ustedes muy falsos, muy maliciosos, muy malagradecidos, muy habladores y muy todo. Primero enredan á una pobre muger y luego la dejan en la pelaza y hablan de ella.

Quien los vé cuando estan enamorando á nna pobre muchacha, ¡que finos son! ¡qne atentos, que rendidos! ¡que de promesas hacen,! ¡que lágrimas derraman! ¡con que juramentos no aseguran que serán firmes hasta la muerte! Todo cuanto hacen y dicen parece la mera verdad. Son mas dulces y derretidos que caramélos en boca de muchacho. Vaya, si mienten con tanta viveza qne aun ellos mismos lo creen; pero ¡infelices de las tontas que tienen la desgracia de rendirse! por que apenas lo hacen, cuando saben ustedes dar la vuelta y dejarlas, y á algunas qnien sabe como; y esto es á buen componer, si no es que despues de abandonarlas, hablan de ellas las tres mil leyes, cuentan cuanto á pasado á sus amigos, dicen que Fulana es una loca una fea, uua zonza y una coquetilla comun, riendose todos alegremente á costa de la desgraciada muger;, y mordiendo su honor *publicamente* en los paseos, tertu-

lias y villares. Bien haya la que no se fia de ustedes como dice el señor cura, pues entre los hombres, apenas habrá bueno uno entre ciento, y creo que me estiendo mucho.

Con iguales espresiones acaba sus versos la monjita, que cité dijo el cura, y Enfrosina le suplicó los repitiera, á lo que contestó: con mucho gusto lo haré, señorita; pero pues ya hemos concluido, y estan alzando los manteles, darémos gracias á Dios de que nos ha dado de comer mer sin merecerlo,

Señor cura, dijo d. Dionisio: V. está en su casa y hará lo que quisiere; pero ya dias ha que prescribió esa costumbre. Tal vegestoria solo se queda para la gente ordinaria, ó cuando mucho para los frayles y muchachos colegiales, que comen en refectorio; pero en las casas desentes no se estila semejante ceremonia.

Pues yo conozco algunas casas de-

centes, dijo el cura, donde todavia está en moda dar gracias á Dios cuando se acaba de comer, y ciertamente me hace fuerza: por que no resucitará esta costumbre cristiana, cuando todos los dias resucitan otras, acaso gentiles, que ya estaban hechas polvo en el olvido; y me hace mas fuerza: cuando considero lo liberales y francos que somos para dar gracias. Por el mínimo favor damos *muchas*; pero ¿qué mas, si hasta por las mentiras declaradas, que llaman cumplimientos, damos gracias á montones.

Nos ofrece alguno su casa ó su empleo, aunque sea de boca, le damos *muchas gracias*: dicen que nos desean un bien estar ó el alivio de nuestras enfermedades, y pagamos que nos lo digan con *muchas gracias*: nos dan espresiones para algun deudo, y volvemos nosotros *muchas gracias*: nos convidan á alguna parte á donde no queremos ó no podemos asistir, y nos escusamos

con muchas gracias: nos ofertan alguna cosa, que perjudica nuestra salud ó nuestra bolsa, y lo rehusamos, dando *muchas gracias* al oferente. En fin, ya dije, somos liberalisimos para dar gracias por cuanto hay; y no como quiera, síno *muchas á miles, infinitas.*

Solo para con el Autor de la naturaleza somos en esta matéria demasiado económicos ¡que digo! somos escasos, mezquinos, miserables. Para todo el mundo tenemos mil gracias en la boca; pero no quedan ningunas que tributar al Hacedor Supremo que cria los manjares que comemos, que nos facilita el tenerlos y nos conserva la salud y apetíto para gustarlos. ¿Si tendrá Dios alguna obligacion de darnos algo? ¿ó si nosotros tendremos tan merecidos todos los beneficios que recibimos de su liberal mano? por que solo asi parecerémos menos culpables ante sus ojos aun*que no le* manifestemos nuestra gratitud

ni con palabras.

Yo bien sé que en algunas casas se tiene por incivilidad ó payada ésto de dar gracias á Dios despues de comer, y algunos se abstienen de hacerlo, aun estando acostumbrados en sus casas; especialmente cuando se hallan en mesas de funcion, que llaman de cumplimiento; por que lo demas no lo hacen, y les dá verguenza de parecer cristianos en lo público; pero por lo que toca á mi, digo que mas quiero pasar entre los muchos por incivil, rustico ó payo, que no entre los sensatos, por Hugonote ó irreligioso cuando menos; y así procuro dar buen ejemplo por mi parte. De algo me han de servir sesenta años de edad, y treinta y cuatro de ministro del Dios de los cristianos.

Diciendo ésto el cura, sin esperar respuesta, por que no la tenia lo que acababa de decir, comenzó á rezar la oracion del Señor, dió gracias y todos lo

acompañaron dócilmente, diciendo yo entre mi: si en todas las mesas donde asisten sacerdotes hubiera alguno tan celoso como éste cura, que se encarga de dar gracias á Dios, y á los seculares buen ejemplo, pronto veriamos restablecida ésta loable costumbre de nuestros padres.

Luégo que pasó ésta religiosa sesion, repitió Eufrosina al cura el encargo que le hizo de que dijera los versos, y el buen eclesiástico cumplió su palabra como se verá en el capitulo que sigue.

CAPITULO II.

Refiere el cura los versos, y se trata sobre la profanidad de las mugeres y el modo con que puede ser lícito en ellas el adorno.

CIERTAMENTE, señores, dijo el cura: *que habrá* fastidiado á ustedes el ser-

mon; pero como estoy hecho á predicar, se me olvidó que estaba en una mesa; bien que no me arrepiento de lo dicho, por que como estoy seguro de la religiosidad de ustedes conozco que la omision de dar gracias, no es efecto de impiedad, sino por seguir la moda hasta en ésto; aunque tambien estoy seguro de que desde hoy será otra cosa; y así, variando de asunto, oiga V. señorita, como se espresó la madre Juana Ines en defensa de su secso, y con que gracia reprehende á los hombres que hablan mal de las mugeres, despues que las seducen. Dice asi.

Hombres nécios, que acusais
á la muger sin razon,
sin ver que sois la ocasion
de lo mismo que culpais:
Si con ansia sin igual
solicitais su desdén,
¿por que quereis que obren bien,
si las incitaís al mal?

Convatis su resistencia,
y luego con gravedad
decis que fué liviandad
lo que hizo lá diligencia.
Parecer quiere el denuedo
de vuestro parecer loco.
al niño que pone el coco,
y luego le tiene miedo.
Quereis con presuncion nécia
hallar á la que buscais,
para pretendida, Thais, (*)
y en la posesion, Lucrecia. (**)
¿Que humor puede ser mas raro
que el que falto de consejo
el mismo empaña el espejo,
y siente que no esté claro?
Con el favor y el desdén
teneis condicion igual,

(*) *Una pública ramera.*

(**) *Una romana tan honrrada, que se mató por no sufrir su honor ultrajado por la fuerza...*

quejandoos si os tratan mal,
burlondoos si os quieren bien.
Opinion, ninguna gana,
pues la que mas se recata,
si no os admite es ingrata,
y si os admite, es liviana.
Siempre tan nécios andais,
que con desigual nivel
á una culpais por cruel,
á otra por fácil culpais.
¿Pues como ha de estar templada
la que vuestro amor pretende,
si la que es ingrata ofende,
y la que es fácil enfada?
Mas entre el enfado y pena,
que vuestro gusto refiere,
bien haya la que no os quiere,
y quejaos enorabuena.
Dan vuestras amantes penas
á sus libertades alas,
y despues de hacerlas malas,
las quereis hallar muy buenas.
¿Cual mayor culpa ha tenido

autora de las estrofas que ha referido el señor cura; y así escribió á su favor, y acaso sin la mayor noticia en la matéria, como que era una religiosa enclaustrada en un monasterio, y no una muger del mundo. En atencion á ésto, no fué mucho que manejara la pluma tan á favor de su secso, por que no fué leon el pintor, y así ella pintó á los hombres y disculpó á las mugeres como quiso. Si hubiera sido hombre el autor de los versos, hubieran éstos salido á favor de los hombres, y se vieran pintadas las mugeres en ellos, con unos colores nada ventajosos.

Efectivamente, en este caso poco trabajo costaria al poeta probar que las mugeres siempre tienen la culpa de que las seduzcan los hombres. Ellas dan la matéria y los hombres disponen la forma. ¿Qué importa que no ruegen descaradamente, que las seduzcan ó enamoren, si lo dan á entender con sobrada claridad?

Ustedes, señores, habrán advertido el modo con que las pateras llaman á los marchantes. *Aqui hay pato grande*, dicen, *venga V. mi alma: aqui hay pato grande con tortillas con chile. Venga V.* Las almuerceras obran de distinto modo en la apariencia; pero que tienen igual ó mas eficáz virtud en la realidad, pues aunque no llaman con la boca á los que pasan, provocan su apetito con mas arte, poniendo en sus puertas las cazuelas de sus almuerzos ó meriendas, muy olorosas y compuestas con ramilletes de rábanos y lechugas.

Así son las mugeres que quieren ó captar la benevolencia de los hombres ó arrancarles el dinero. Todas llaman: la diferencia está en el modo. Las coquetillas infelices se paran en las puertas de sus accesorias, ó pasean de noche por los portales y lugares acostumbrados, acompañadas de un muchacho ó criada tra-[illegible], son las que van diciendo: tri-

casa se alquila. ¿Quien no advierte el espiritu de éstas pobres? pues éstas son las pateras.

Las no infelices no se valen de éstos arbitrios vergonzosos, pero sí, de otros que no les van en zaga en la sustancia. Tal es la profanidad en el vestir, la libertad en el hablar, y aquella estudiada afectacion de todas sus operaciones. A que fin sino para provocar á los hombres, son esas, medias color de carne, esas traspa-rencias de los puntos conque se descubren las espaldas, esos desgotes que hacen saltar los pechos desnudos, esos contoneos al andar, esos melindres y monadas al reir, al saludar y al hablar, ¿en una palabra, ese conato tan escrupuloso para parecer bien y hacerse amables de nosotros? ¿No es verdad que estas tales se parecen bien á nuestras almuerceras, que aunque no llaman á los hombres con la boca, los provocan con su *diligencia y compostura*; En efecto, las

mugeres pobres gritan su deseo, y las no pobres lo dan á entender; pero todas *lo venden su pato*, como dicen las indias.

Desengañémonos, señores: siempre los hombres han buscado la disculpa de sus estravios en las mugeres, y éstas en aquellos; pero lo cierto es que tan malos son unos como otros, mas por lo que toca al punto de seduccion, ellas son peores que ellos, por que si los hombres las seducen, es por que las mugeres se dejan seducir, y no solo les facilitan el camino, sino que los incitan á ello y casi se los ruegan, como lo he probado; y ùltimamente, si no hubiera tantas mugeres descocadas, no habria tantos hombres atrevidos.

Dejó de hablar el licenciado; y Eufrosina, disimulando mal la incomodidad, que tenia, dijo: ¿que le parece á V. señor cura, y que buen concepto debemos las mugeres al maldito Nariguetas? Pa-

ra él no hay una buena, ni sabe hacer distincion de estados, clases ni condiciones. A todas mide con una misma vara. La casada, la doncella virtuosa, la viuda honesta, la señora decente, son lo mismo que las abandonadas de la calle! Vamos, que ésto es una picardía intolerable, y solo V. señor licenciado Narices, se puede producir de ésta manera. Si yo no creyera que hablaba de chanza y solo por hacernos enojar, diría que era V. temerario y un malcriado, pues aunque fuera verdad cuanto dice, deberia no decirlo delante de unas señoras, que lo entienden. Esto es falta de política y buena crianza. Ni mi lacayo se produciria de ese modo.

No, no hay que atufarse, caballera, decia con mucha sorna el abogado: yo no barro con todas las mugeres. Se què las hay muy virtuosas, honestas y ejemplares; pero se pueden perder en*tre las que no* lo son, en fuerza de su

escaso número, si se pone en comparacion, hablo solamente de las descaradas, profanas y provocativas. Si aqui no hay ninguna que lo sea, como yo lo creo, no hay para que enojarse, pues yo no cito ejemplares señalados. En una palabra, entren todas, y luego salgan las que yo no he metido; pero estoy seguro que nada he dicho que no lo demuestre la ecsperiencia. ¿Que dice V, señor cura?

¿Que he de decir respondió el cura, sino que, haciendo la distincion debida, y la protesta que V. acaba de hacer de qne no habla en general, sino solo de las mugeres que con sus trages ó acciones poco honestas incítan á los hombres, dice muy bien; pero advierta V. que tampoco á estas mugeres defiende la madre Juana Inés en los versos que escribió y yo he dicho; sino á las timoratas y recatadas, que son seducidas dentro los muros de su misma honestidad. Bien se colige de sus mismas palabras

que éste fué su espiritu, y no el de defender la liviandod de muchas de su secso. Oiga V. sus palabras otra vez.

Combatis su *resistencia,*
y luego con gravedad
decis que fué liviandan
lo que hizo la diligencia.

Bien claro esta que nuestra monja habló en pró de aquellas, que hacen *resistencia,* á la seduccion; y no de las que convidan á ella. ¿A éstas quien las á de defender cuando se hacen objetos de abominacion para Dios y para los hombres? Hablo especialmente de las mismas que V. ha hablado. Esto es: de las muy profanas y escandalosas.

El Espiritu Santo aconseja que se huya de las mugéres compnestas con demasiado lujo, y que no se entretengan *con ellas,* por que han sido muchas ve-

es el escollo de la inocencia. (*)

La verdadera virtud ó el mérito verdadero, dice un Luterano convertido, saca su lustre de si mismo y no busca un realce en el oro y en la plata, que solo es estimado entre las mugeres, los tontos y el vulgo, el cual ordinariamente juzgan del individuo por la profanidad ó adorno de su trage.

Pero, señor cura, decia Eufrosina: ¿que todas hemos de vestirnos con habitos de capuchinas ó enaguas de jergetilla? De ninguna manera, respondia el párroco: en toda sociedad hay variedad de clases, y en cada clase debe guardarse el órden que le toca, pues saliendo de él se hace cualquiera singular.

Tan estraño y ridiculo seria en un capitan de milicia traer una capilla de fraile, como en un fraile lampazos de capitan. Esto quiere decir, que cada

[*] *Eccl. cap.* 9.

uno debe vestirse segun su estado y condicion, y por eso dice aquel refran vulgar *vistete como te llamas.* No se ha de vestir la secular como la monja, ni la casada como la viuda, ni la jóven como la vieja, ni la señora como la plebeya: ni la ama como su criada, ni nadie con trage que no le pertenece. Entonces sería un desorden y una asombrosa confucion.

En esta inteligencia, yo no estoy mal con la decencia respectiva á cada clase de personas, ni con la misma moda. Declamar contra ella en lo general, mas es un capricho de la ignorancia que un zelo por la virtud. Moda no es otra cosa que el uso de esto ó de otro nuevamente introducido entre los hombres. Hay modas útiles, las hay diferentes y las hay malas. Estas son y deben ser reprobadas por todo hombre sensato, las primeras deben seguirse, y las indiferentes, pueden ó no, adap-

tarse, segun el gusto de cada uno. Por ejemplo: ¿quien negará que el túnico en las mugeres, y el pantalon en los hombres, á mas del adorno, proporcionan comodidad y ecónomia? Luego esta moda es útil y debe admitirse entre las personas de buen gusto sin el menor escrupulo.

Ahora, que el túnico ataque por detrás ó por delante, que el pantalon sea de casimir ó de punto, es una cosa indiferente porque puede ser ó no ser, segun el gusto de cada uno, y de que sea así ó asado no se sigue ningun reato moral.

Pero si el pantalon es de un género trasparente, si está tan ajustado al cuerpo que de á legua se conoce que es hombre el que lo trae: si el túnico esta delgado y estrecho que al dar el paso se deja ver la pierna, si el corpiño es tan pequeño y muy escotado que descubra los brazos, pechos y espaldas

entonces ya esta es moda obsena, escandalosa y abominable, y portanto digna de reprobarse por toda persona de virtud. Lo mismo puede decirse de las modas. No el uso, el abuso que se hace de ellas, es la que las convierte en pecaminosas, é ilicitas. Dije que de *las mas*; y no de todas, porque hay algunas que son malas en si y no tienen por donde cohonestarse.

Los antiguos corceés que han subsitiudo á las cotillas, son un ejemplo de esta verdad. El uso de ellos es una moda harto perjudicial, y no tienen con qué disculparse su maldad. Yo no soy tan temerario que me atreva á decir que se use para elevar los pechos y hacerlos saltar como naturalmente fuera del escote del túnico. Dios me libre de ser tan malicioso. Alla se la hayan las señoras, pues cada una sabrá el santo fin con que se sujeta á esta mortificacion; *pero en lo* fisico es inegable que es

tormento demasiado pernicioso á la salud desde que se pone hasta que se quita. He observado que algunas señoras, espetadas en estos malditos cinchos, no tienen ni libertad para moverse..... poco he dicho. No son arbitras ni de comer á gusto, por que temen, y con razon, que el volumen del alimento las oprima mas, ó les rebiente el corcé; y así el dia que se lo ponen, ayunan á su pesar y sin ningun mérito; y ya se vé que esta moda no puede calificarse de buena ni útil de ninguna manera,

El céjebre Buffon condena las cotillas, los corceés y todos aquellos vestidos dolorosos, que con el vano pretesto de formar el talle, estorban la respiracian, impiden que la sangre circule con libertad, y causan mas incomodidades y deformidades de las que precaven.

Aun sería menos perjudicial esta moda si generalmente se usara con mas prudencia; pero me dicen. y no lo du-

do mucho, que hay señoras, á quienes el cochero ó lacayo atacan el corcé; ya se deja entender que ésta diligencia se hace para que esté muy apretado; y siendo esto así, no es estraño que muchas se hayan enfermado por este uso, capáz de matar con su continuacion á cualquiera señora delicada.

Bastante conocen ésta verdad, y temen sofocarse si se quitan derrepente los tales corcées, y por eso tienen buen cuidado de que se los afiojen poco á poco. Muy bien hecho; pero ¿no fuera mejor ahorrarse de esas incomodidades y esos riesgos? Sigase en orabuena la moda cuando sea útil é inocente; mas no nos constituyamos unos partidarios tenaces de todo uso nuevo, solamente porque es nuevo, por mas que estemos convencidos de que puede acarrearnos muchos perjuicios físicos ó morales. Esto no es ser modistas, sino esclavos serviles de las moda.

Pues, segun eso, señor cura, de-

cia Eufrosina; bien puedo yo seguir las modas sin cargo de conciencia.=Las útiles y honestos, si, señora: las que no lo sean, no. =¿Y con que regla mediré yo esa útilidad é inocencia?—¡Oh, señora!, respondió el cura: ahi esta toda la dificultad de la matéria.

Cuando no querémos sujetar nuestro amor propio á la razon, sino seguir sus naturales impresiones, entónces confundimos facilmente lo útil y honesto con lo agradable. Todo lo que alhaga nuestros sentidos y lisonjea nuestras pasiones nos agrada, y tenémos por útil é inocente, á lo menos en aquellas cosas que no son enormemente criminales ó espresamente prohibidas por la ley; y ésta es la causa de que frecuentemente se apelliden â las virtudes vicios. Por esto el espadachin provocativo se tiene por valiente, el avaro por económico, el pródigo por liberal y la muger profana por inocente partidaria del lujo.

La prudencia, señora. la prudencia es la mejor regla que nos debe servir para conoser cuando una cosa es útil y honesta, y cuando sea solamente deleytable, y este conocimiento no es dificil de adquirirse, en haciendo á un ladito el amor propio.

Hecha ésta diligencia, se le ocultará á ninguna muger que todo ecseso degenera en vicio? ignorará que toda profanidad es un ecseso de la moda ó lo que se llama lujo sobresaliente? ¿y no sabrá que este ecseso no puede menos que traher funestas consecuencias ya por el escandalo que ocasiona á los que lo notan, y ya por que en éstos gastos superfluos se aruinan á los padres ó maridos? Es imposible, por que á nadie se ocultan éstas verdades.

Pues ya tiene V. señora, en pocas palabras la regla con que conocer hasta que punto puede seguir la moda. *Vistase V.* conforme á su estado, pero

sin disipar lo necesario ni arruinar a su familia. Adornese enorabuena segun su clase; pero sin ser profana ni escandalosa. Ataviese como una señora decente; pero nunca como las trasparentes coquetillas, y entonces puede creer que entra en las modas con seguridad de conciencia.

Oiga V. por último, lo qne el sábiō Blanchar dice: sobre esto, para que viva mas tranquila, y para que vea que nuestra religion no es un espantajo aterrorizador, ni un tirano que nos impide el uso de los bienes que el Criador nos dispensó con tanta liberalidad, sino una buena madre que nos enseña, nos corrige y sujeta para que no abusemos de aquellos mismos bienes con ofensa de Dios, con perjuicio del qroximo y daño nuestro.

,,¡Cuantos pesares, dice Blanchard: ,,se prepara uno cnando no quiere aprender el secreto de medir su gasto con su ,,persona! La cáusa mas ordinaria de la ,,ruina de muchas personas, es que ar-

,,reglan su gasto segun su estado y no ,,segun sus medios, segun su ambicion, y ,,no segun sus riquezas. El lujo, hijo ,,del deleyte y de la vanidad, conduce á ,,la pobreza por unos caminos brillantes y ,,agradables; pero son solamente los lo- ,,cos los que lo siguen."

,,Una especie de lujo moderado en- ,,tra en las miras de la naturaleza, que ,,ha derramado, así en la tierra como en ,,los cielos, una magnificencia igual á su ,,grandeza; pues no ha prodigado tantos ,,beneficios á los hombres para prohibir- ,,les su uso. Pero lo que la razon nos ,,prohibe es un lujo ecsecivo, ó dañoso, ,,es todo goce superfluo que no está pres- ,,crito, ni por lo que es justo conceder á ,,su calidad, ni por lo que ecsige el uso ,,legítimo de la nacion en donde se vive, ,,y cuya modificacion no puede dejar de ,,merecer la aprobacion de las gentes ,,sensatas......"

,,¿*De* que sirve á las mugeres el ecse-

,,so ridiculo de adornos, la loca pasion de ,,modas y novedades, que cuestan tan ca- ,,ras y pasan tan pronto?

,,Yo sé que la Sabiduría permite se- ,,guir las modas, que no son sino indife- ,,rentes, y que no ofenden las costumbres, ,,ni desarreglan la hacienda. Aunque las ,,modas no sean lo mas frecuentemen- ,,te sino hijas de la incostancia y el ca- ,,pricho, las personas mas sábias se ven ,,algunas veces obligadas á conformarse y ,,someterse á ellas, por no parecer ridí- ,,culos."

,,La moda es un tirano peligroso,
,,del cual nada nos libra, y es forzoso
,,á su gusto y capricho acomodarse.
,,Pero siendo preciso sujetarse
,,á las leyes que impone locamente,
,,el sábio como piensa rectamente,
,,nunca el primero es para seguirlas,
,,ni el último en dejarlas ú omitirlas.

„ Si es permitido á ciertas condicio-
„nes el llevar vestidos ricos y magnifi-
„cos; es mas glorioso y estimable el que-
„darse un poco inferior á su estado. La
„modestia y el pudor serán siempre pa-
„ra las mugeres el mas bello ornamento y
„el mas noble adorno."

De lo dicho inferirá V. señora, la diferencia que hay entre una moda racional y la profanidad escandalosa, entre la decencia correspondiente á cada persona y el ecsesivo lujo; y segun este conocimiento tomará el camino mas seguro.

Dejó de hablar el eclesiástico, y tomando la palabra el coronel, añadió: cierto que el señor cura se ha ecsplicado con bastante solidéz, y su doctrina nada deja que desear en la matéria; pero yo quisiera que las señoras mugeres que son tan aficionadas á la ecsesiva compostura, advirtieran que, prescindiendo, si es que se puede prescindir, de los fundamentos morales que condenan el

demasiado lujo, hay aun otra razon muy suficiente para contenerlas en los límites de lo honesto, y obligarlas á no singularizarse ni el trage, ni el andar, baylar, conversar &c.

Saben muy bien que es un acsioma incontestable el que dijo el señor licenciado, de que si no hubiera tanta muger liviana, no habria tanto hombre atrevido: pero tambien saben que no es menos cierto que no siempre basta á las mugeres su honestidad y recato para dejar de ser ceducidas.

Hay hombres tan atrevidos y procaces, que cuando tratan de llevar al cabo su pasion ó su capricho, atropellan facilmente con la autoridad de los padres, con los respetos del marido, y aun se atreven mil veces á atacar la inocencia en los mismos santuarios de la virtud. ¡Cuantas niñas han salido de las clausuras á prostituirse, por no haber podido impedir las paredes de los con-

ventos y colegios la seduccion del insolente malicioso!

Para esta clase de hombres no basta á las mugeres ser honestas, es necesario que manifiesten su recato en su trage y en sus acciones en todas partes, si no quieren poner su honor en equilibrio.

Con solo que uno de éstos vea á una jóven demasiadamente compuesta, afectando el paso, haciendo muecas, y trayendo el abanico en continuo movimiento, tiene cuanto su temeridad necesita para confundirla con la muger liviana, aunque sea la doncella mas juiciosa, ó la casada mas honesta.

Lo peor es que muchas veces no pára en esto todo el mal. Quiero decir: no se contentan con tenerlas por coquetas, sino que lo aseguran así á sus amigos, jactandose falsamente de haber conseguido de ellas muchos triunfos. ¿Que se sigue de aquí? que aquella pobre niña *pierde* el crédito entre los demás,

porque de boca en boca pasa por una facil, y por esta mala fama, si es doncella, tal vez pierde un ventajoso casamiento, y si es casada, acaso se turba la paz del matrimonio por una inesperada casualidad. Bien conocen las mugeres que esto no es una ponderacion; sino una verdad innegable; saben que abunda esta clase de hombres habladores, á quienes distinguen con el vulgar adjetivo de *alabanciosos*.

Ellos hacen mal, ¿quien lo duda? pero si las señoritas se vistieran con menos profanidad, ellos no se atreverian tan facilmente á disfamarlas, pues es cierto que la muger honesta, casi siempre enfrena la lengua y el arrojo del hombre libertino.

Con que cuando el temor de Dios y el amor del projimo no estimulara á cualquiera muger á presentarse con modestia en el público, su amor propio la debia persuadir á ello, considerando que los hombres de que hablamos, por el

trage infieren la conducta de la muger, y sin mas datos, despedazan su honor alegremente.

,,Nada se debe temer tanto en las ,,mugeres como la vanidad, dice un au- ,,tor muy respetable. (*) Los cami- ,,nos que conducen á los hombres á la ,,gloria (1) y autoridad, les están cerra- ,,dos; y asi aspiran á distinguirse por ,,las gracias del cuerpo, y por ciertas ,,ecsterioridades del espíritu. De aqui ,,nace aquella conversacion dulce y atrac- ,,tiva, aquel grande aprecio de la her

(*) *El señor Fenelon en su educasion de las hijas.*

(1) *A la gloria mundana que consiste en el poder, autoridad, ó fama. Esta advertencia es inútil para los sensatos; pero como los libros andan en manos de todos, no queremos que algun ignorante crea que á las mugeres les estan cerrados los caminos que conducen á la gloria ó bien aventuranza eterna.*

,,mosura y gracias ecsteriores, y la de-
,,masiada aficion á los vestidos, y demás
,,adornos del cuerpo. Una peyneta, un
,,lazo, un túnico, (2) la eleccion de un
,,color, un riso, un poco mas alto ó mas
,,bajo, son para ellas negocios importantes.''

,,Este esceso va tomando cada dia
,,mas fuerza: el amor mudable de las mu-
,,geres, la aficion á los vestidos, la pasion
,,á las modas, juntas con el amor á la no-
,,vedad, tienen para con ellas tanto po-
,,der, que llegan á trastornar las clases y
,,á corromper las costumbres. Desde que
,,se vive sin regla en trages y muebles, se
,,vive tambien casi sin distincion de
,,personas......'' . . . .

,,Este fausto árruina las familias
,,y á la ruina de las familias se si-
,,gue la corrupcion de las costumbres.....
,,Esta es la causa de ecstinguirse insen-

(2) *He substituido esta voz á la de bata que dice el autor, porque sin alterar el sentido, realza la persuasion por ser el túnico trage del dia.*

,,solamente el honor, la fé la probidad, y ,,el amor natural, hasta entre los parien- ,,tes mas cercanos....

,,Todos estos males provienen de la ,,autoridad que las mugeres se han to- ,,mado, ó que algunos hombres lison- ,,jeros les han dado, de decidir sobre ,,las modas,..."

,,Procurese pues, dar á entender ,,á las mugeres desde niñas, cuanto mas ,,apreciable es la distincion que se lo- ,,gra por el camino de una buena con- ,,ducta, que la que se consigue por un ,,buen peinado, un buen vestido, ó ,,cualquiera otro adorno del cuerpo...."

,,Yo bien sé que, segun las cos- ,,tumbres de nuestro siglo, sería una ,,ridiculez el persuadir á las mugeres ,,jóvenes que vistiesen el trage de la ,,antigüedad; pero podrán, sin alguna ,,singularidad tomar el gusto de la sim- ,,plicidad de vestido siempre noble, agra- ,,*dable*, y conforme á las costumbres

,,cristianas. De este modo, conformán-
,,dose en el ecsterior con los usos de
,,nuestros tiempos, sabrian á lo menos,
,,juzgar con justicia de su ridiculêz: ellas
,,se sujetarian á la moda, pero la mi-
,,rarian como una esclavitud, y solo
,,la seguirian en lo que no pudie-
,,ran evitar...."

,,Entre todo, es necesario tener un
,,grande horror á la desnudèz de pe-
,,chos, y á todas las demás indecen-
,,cias del cuerpo. Aun cuando se co-
,,metan estas faltas sin alguna intencion
,,ó pasion desordenada, no deja de ser
,,una vanidad, culpable y perjudicial,
,,causada de un ecscesivo deseo de agra-
,,dar. Esta vanidad, culpable ante Dios
,,y los hombres, es prueba de una con-
,,ducta escandalosa y contagiosa al pro-
,,gimo. Este ciegó deseo de agradar,
,,de ningun modo conviene á una al-
,,ma cristiana, que debe mirar como
,,una *especie* de idolatria todo lo que

„la aleja del amor á su Criador, y del „desprecio de las criaturas. ¿Que se „pretende cuando se quiere agradar por „estos caminos? ¿No es el ecsitar las „pasiones de los hombres? ¿No pasan „demasiado adelante, por poco que se „les alumbre? ¿Acaso está en poder de „las mugeres el reftenarlos cuando pa„san mas allá de lo justo? ¿A quien „pues se deben imputar los ecsesos? „Prepara la muger con su indecencia „un veneno sutil, y lo vierte sobre los „que la miran. ¿Como se podrá juz„gar inocente?”

Hasta aqui este sabio moralista; pero concluyamos esta conversacion, que acaso ya fastidiará por lo larga; aunque ha sido demasiado interesante. ¡Ojalá y en todas partes se reflecciorara con atencion sobre estas verdades! tal vez algunas familias se librarian del deshonor y la miseria.

Finalizó su discurso el coronel y

despues de haber hablado cada uno de los concurrentes un poco sobre lo que quiso, se desbarató la asamblea.

CAPITULO III.

En el que se cuenta la caritativa conferencia que tuvieron estas señoras acerca de sus maridos y la célebre aventura que por una de ellas sufrió un viejo enamorado.

ASI como no basta que la semilla sea buena para que fructifique si no se siembra en buena tierra, así tampoco aprovechan las mejores mácsimas morales si no se reciben en un corazon bien dispuesto. Facil es concebir, que Matilde no solo gustó de la conversacion anterior, sino que se aprovecho de toda ella, como que era naturalmente modesta y enemiga de singularizarse.

No así Eufrosina y sus amigas, que habian estado en un brete, durante la plática de aquellos dos buenos señores, el coronel y el cura.

Inmediatamente que se desbarató la concurrencia y se quedaron solas, comenzaron á murmurar á rienda suelta de los piadosos consejeros, sin contenerlas mi presencia; ya se ve que Eufrosina me tenia por un boboń de mas de marca, y á mas de esto le devia yo el buen concepto de que no era chismoso ni enredador; y en esto, á la verdad, no se engañaba.

Con esta confianza decia Eufrosina á sus amigas: ¿que les parece, niñas? ¿cuando pensaban venir á mi casa á enojarse ni á convertirse? El Pánfilo del Nariguetas nos ha puesto de vuelta y media con sus burlas, y para rematar el cuento el cura y mi cuñado, nos han echado tres sermones de lo mejor. ¡Vaya, que han *quedado* ustedes frescas y consoladas

para no volver á semejantes visitas. Yo la verdad, que estoy demasiado corrida; pero disculpenme, amigas, que ya ven que no he tenido parte en esto.

No te apures, niña, decia la chatilla, de quien se habló en el capitulo primero del primer tomo de esta obrita; no te apures, ¿Que culpa tienes tu, de que el maldito Nariguetas, sea un bufon mal-criado, ni de que el cura y tu cuñado, sean unos imprudentes, impolíticos, que quieran convertir los estrados en iglesias ó santas escuelas? Dejalos que hablen mas que un loco, que con no hacerles caso se compone.

Ya se ve que si, decia Eufrosina: ¿pues que caso habia yo de hacer de sus sermones? Mi hermano los hecha bien seguido, y con tanto fervor como el que han oido; pero yo me rio de el y de sus sermones, y le digo que ha errado la vocacion de medio á medio, pues para misionero no tiene precio; pero aunque me

burlo de su sencillez en persuadiese que alguna vez he de acomodarme á sus ideas, no dejo de enfadarme de cuando en cuando con su tenacidad.

Yo no puedo negar que lo quiero, pues á mas de que es un buen hombre, al fin es mi cuñado y basta que quiera tanto á Matilde; ya se ve, que ella le ha cogido el lado de morir; por que mi hermana es el amen de cuanto dice su marido. Yo no he visto muger mas zonza ni mas condescendiente. Si don Rodrigo dice, sal, sale: si dice, no salgas, no sale: si quiere que se vista así, se viste: si quiere que de otromodo, tambien. En fin, ella lo obedece con mas puntualidad que una novicia á su prelada; y lo mas célebre es que se conoce que lo hace contenta y no por fuerza. Ya ustedes la conocieron de doncella, y se acuerdan de que era muy alegre, y tan cu-rra como la que mas; y ahora ya la ven hecha una vieja sesentona, que apenas sale de casa y eso vestida como quiera. Toda

su diversion es su almohadilla, y su llave, y todo su encanto, su hija y su viejo. Yo no sè como Matilde dió tan repentina vuelta.

No te admires, niña, decia Adelayda: si los viejos son el mismo diantre. Cera y pabilo vuelven á una pobre muger como la conozcan buena desde el principio. En este caso, los muy pillarones se vuelven unos santos delante de sus mugeres, y á fuerza de sermones y de meterlas en escrúpulos, haciendolas de todo, cargo de conciencia, se salen con cuanto quieren; y asi las tienen indecentes, encerradas, y hachas unas criadas de honor. No tienen ellas la culpa sino las bobas que los creen y los obedecen como las niñas á la maestra. ¿No advertiste que cuando predicaba tu cuñado, ni pestañaba Matilde? pues para que veas que bien enseñadita la tiene.

Si, decia Eufrosina: sí es mi her-

tiana una pobre tontita: quanto dice su marido lo cree como si lo dijéra un santo padre, no envalde él la quiere tanto y está tan contento con ella, como que no tiene una muger, sino una hija, que lo obedece al pensamiento. Yo en parte me alegro, porque no lo he visto reñir ni una vez. Deseos tengo de verlos enfadados siquiera un dia, y ya ven ustedes que esto es un milagro; porque casi todas las mugeres andamos á matame y te mataré con nuestros maridos por cualquiera pamplina.

Si lo es en efecto, decia Rosaura; yo tengo un marido que no lo merezco, porque me quiere en ecstremo; pero por no dejar de mortificarme, tiene un grandisimo defecto, y es ser mas zeloso que Judas. ¡Ay, niñas! ya no tengo vida con él: de su sombra se espanta. Siempre hede salir pegada con él, hecha llavero. Solo acá me deja *venir medio* sola; puedes creer, Eufro-

finita que tienes la túnica de Cristo, como dicen; y eso, ya ves que no se despega de mi Crisantita, que es mas chismosa el diantre de la muchacha que Barrabás: cuanto pasa y no pasa le cuenta á su papá: con esto, el le tiene mandado que no se separe de mi para nada, y no soy dueña de resollar, por que ya sabes que los muchachos son angelitos de Dios y testigos del diablo.

¡Ay, niña! pues tienes una pension terrible, decia Eufrosina: pero yo pienso que algo ponderas. No creo que don Fernando sea tan zeloso como dices. ¿No lo crees? contestaba Rosanra; pues aun no he dicho nada: Si entra un perro en casa, dice que aquel animal tiene dueño, y que alguna vez habrá ido acompañodo con él á visitarme: si me asomo al balcon y veo por una parte y por otra, dice que si por alli hade venir el señor: si estoy triste, piensa que es por otro, si estoy alegre, lo mismo; En fin, yo no

puedo hacer nada que no lo encele: de todo teme, todo lo asusta y de todo desconfia, y con esto me da una vida de los perros.

Si lo creo, decia Adelayda; pero ¿en donde dejaremos las mugeres de ser infelices? Mi marido peca por el estremo opuesto: él me permite cuanta libertad quiero, y no se mete conmigo para nada; pero no es porque me estima, sino porque ya se ha enfadado de mi y no me hace caso; y eso ¿porqué? porque de pocos dias á esta parte está envelesado con la maldita tuerta de todos mis pecados; pero me la hade pagar: si, jurada se la tengo: no me la hade ir á peñar por vida de Adelayda... ¿Pero que tuerta es esa? que yo no la conozco, decia Euforsina. = ¡A Dios no la conozco! Como á tus manos la conoces. ¿No te acuerdas de aquella que vive por santo Domingo? = ¿Cual? ¿la Hipolita? = La misma? = Pues niña, esa no es tuerta. Es un poco tur-

nitas pero le agracia, por que tiene los ojos dormidos, y es una muchacha muy bonita. Para mi es mas fea que el mismo diablo. decía Adelayda: será por que no la puedo ver: ¿Pero que motivo tienes para pensar que tu marido la trata? decia Eufrosina; porque don Feliz es muy hombre de bien y la Hipólita es una muchacha de mucho juicio: yo sé que frecuenta los sacramentos, y dias pasados estaba pretendiendo en las Brigidas.

?Ya ves todo eso? pues yo se mi cuento, decia Adelayda: esa es de las que las cogen á tientas y las matan callando. Con toda su hipocresia no le parece mal Feliz. =¿Pero que le has visto? —Nada: pero ¿que mas he de ver sino que el otro dia en el paseo se rompió su coche, y Feliz la hizo entrar en el nuestro con su madre, y desde entonces dió en visitarme, ya se ve que no por mi sino por el caballero, á mi no me acomodó nada semejante visita, y así traté de

desterrarla de casa, y lo consegui muy breve, poniendole mal modo, y no visitandolo. ¡Santo remedio! con esto se ha desteraado; pero que importa si el va á su casa, segun me han dicho.

¿Con que tu, no lo subes? decia Eufrosina, ni los has visto juntos? — No niña, Dios me libre de ver tal cosa, á pesar de que he hecho ya mis buenas diligencias para cogerlos, y nada he podido conseguir.

Pues, niña, decia Rosaura: yo pienso que tu pasas mala vida por celosa, y yo por que me celan sin motivo. Yo sufro á mi marido, y tengo que sentir con su génio celoso y endiantrado; pero tú, á ti misma no te aguantas tus celos; y no tienes razon para quitarte la vida; por que esa niña que dices, la conoces bien, y sabes que es media parienta de tu esposo, y así el haberle ofrecido tu coche estubo muy en el órden. No podia *haberse* escusado: el lance no era para

menos: la política y el parentezco lo estrecharon, y así la verdad, tú no tienes razon de haberte formado tan mal concepto de esa pobre niña; y sobre todo, dejate de ser celosa por que te quitarás la vida en cuatro dias.

Muy bien aconsejado, decia Camila: sin eso quien sabe como una la pasa con su marido, por que los hombres son el diablo. El que no peca por un lado, peca por otro, y nunca tiene una gusto completo. A mi no me vale no meterme con mi marido para nada. Yo lo dejo, caiga ó levante, y jamás le digo una palabra. Es verdad que yo con bien lo diga, nada le he visto, y el hasta ahora me trata muy bien, pero en esto de modas me tiene á pan y naranja: en pocas me deja entrar, y eso tales han de ser ellas. Siempre me predica la santa economía, y apenas le hablo sobre ésta ó la otra cosita que se usa y yo quiero, cuando me sale con que esta pobre, que no le alcan-

za el sueldo, que tenemos hijos, que aquellos gastos son superfluos, que mañana nos hará falta y todas aquellas disculpas que saben ellos dar cuando no quieren aflojar la plata.

Bien hayas, tú, que has dado en el punto de la dificultad, decía la chata; la mezquindad y la miseria de muchos maridos es la que los hace tan considerados y virtuosos, y los convierte en predicadores y misioneros contra las modas, como al cuñado de Eufrosina, á quien acabamos de oir predicar con tanto fervor.

A mi no me hace fuerza que predique contra el lujo mi cuñado, decía Eufrosina: el es algo mezquinillo y no tiene mayores proporciones. Lo que si, me incomoda demasiado es que todo viejo, gaste ó no gaste, convenga ó no convenga, á de declamar contra todos los usos nuevos, sin advertir que lo que se usa no se escusa.

¡Ay, niña! ¿no sabes en que está eso? decia la chata: pues no esta en otra cosa sino en que como ya pasó su tiempo todo lo del nuestro les enfada. Menosprecian el mundo no por que no les gusta, sino por que ya el mundo los abandonó á ellos.

No verás viejo que no haga del santurron, que no predique desengaños y reniegue de las modas y las modistas; pero ya digo: esto es por que no pueden mas. Saben que no hay muchacha que los apetesca, y mas si son pelados, y así se desquitan hablando mal de lo mismo que quisieran. Arredro vayan los vejancones hipócritas, que ya bien los conozco. Se parecen á la zorra que no pudiendo alcanzar las uvas de un parrál por diligencias que hizo, fingió una santa conformidad, y se marchó diciendo: *al cabo estan verdes.*

¡Que mala eres, chata de mis pecadas, que mala eres! decía Eufrosina: mi-

ya que juicio tan temerario has formado de los pobres viejos; pero despues de todo, es necesario confesar que dices bien; porque yo he conocido unos viejecitos verdes y arriscados como los mozos, que delante de las gentes los he oido predicar contra las modas, y abominar á las muchachas compuestas; y á solas los he visto mas enamorados que Cupido. Yo pudiera nombrar uno que otro que á mi misma me han echado mil polvillos de cuando en cuando con bastánte empeño, y si los oyeras platicar de la virtud y contra las modas y las mugeres, dirias que era la mera verdad; por que hacen unos consejeros que hasta ellos mismos lo creen.

Si, si lo creo, decia la chatilla: á mi me ha pasado lo mismo, y no de ahora, sino desde doncella. Tú conociste á mí madre (Dios la haya perdonado) y ya te acuerdas que era una señora verdaderamente virtuosa..... ¡ojalá fuera yo como ella! Pues, niña, iba á mi casa un mal-

dito viejo de mis pecados, á quien mi madre queria mucho, y lo tenía por un santo, por que todas sus pláticas eran del infierno, de la eternidad, de la gracia y de la virtud. Desde que entraba á visita hasta que salia, todo se le iba en contarnos la vida de san Alejo. Tenia la cabeza llena de orasiones, jaculatorias, ejemplos y milagros, y todo lo vaciaba á presencia de mi madre, y la buena señora estaba encantada con su don Ciriaco, que asi se llamaba el caballero.

Hablar delante de él de modas, ni por pienso. Todas decia que eran invenciones del diablo. No se podia decir en casa, cuando estaba el allí que nos habian ido á convidar para un bayle, aunque fuera á la casa mas honrrada; porque al instante le ponia á mí madre tanta cabeza, diciendole que esas eran unas ocasiones muy prócsimas para que las niñas doncellas perdiesen el recato y el pudor: que en los mejores bayles no faltaban jove-

nes libertinos que inquietasen á las niñas: que rara bayladora se lograba: que la demasiada frecuencia á tales diversiones era causa de la deshonrra de las casas, y de que se hablase mal de las niñas: que alli aprendian en una noche lo que habian ignorado en su casa toda la vida: que las madres de familia que llevaban á sus hijas á los bayles, sabiendo lo que son, y lo que sucede en ellos, no podian estar escusadas de pecado mortal, siquiera por que las esponian al peligro, y que el que ama el peligro en él perece, y así que si no queria arder para siempre en los infiernos, que tomára su consejo y no me llevara.

Mi madre, que habia menester poco, por que era una santa, y si me llevaba alguna vez á un bayle, era solo á ver baylar, y sin despegarse de mi para nada, y eso por que no la tubieran por desatenta; *luego que* oia al viejo condenado, resolvia no llevarme, y se disculpaba lo mejor

que podia. Con esto me quedaba yo echando sapos y culebras contra el entremetido consejero y muchas veces estube por decirle á mi madre lo que pasaba, y si no lo hice, fué por que temí que no me creyera y me echara un buen regaño.

¿Pues que te sucedió, niña? decia Camila, por que ciertamente que mirándolo despacio, el señor don Ciriaco decia el credo, y no podia menos sino ser un hombre muy cristiano y muy arreglado.

No era sino un pícaro muy hipócrita, decia la chata: como mi madre estaba alucinada, y no solo lo tenia por hombre de bien, sino por un hombre ejemplar, le permitia la entrada franca en mi casa, y muchas veces me dejaba sola con él en el estrado, cuando tenia que hacer en otra pieza; y entonces se descocia el perro viejo á su salvo.

Primero me empezó á enamorar con las majaderias del tiempo antiguo, dandome *muchas perlas*, diamantes y rubíes....

¡Ola! dijo Eufrosina: esas no son majaderias; sino un bello modo de énamorar. Sí yo hubiera tenido un pretendiente tan rico, sin duda no me caso con Langaruto; por que mi alma, dádivas quebrantan peñas. Tú, fuíste una tonta en no haberlo admitido mas que fuera mas viejo que la sarna.

No, no fuí tonta en eso, sino muy hábil, respondió la chata, tendiendose de risa: pues ¿que piensas que las perlas y los diamantes que me daba, eran engastadas en oro ó plata en algunas alhajitas? No hermana, me las daba envueltas en papel ..... Entiendelo de una vez; me las daba en verso, y no solo eso, sino soles y estrellas á millares. Ya veras y que rica estaria yo con semejantes preseas; pero en fin, este fué su primer ensayo.

Yo lo desprecié como era justo, y viendo èl que no me alucinaba con tonteras, apeló a los cariños y ternezas. Si tú lo vieras suspirar y llorar en mi pre-

sencia, hincarse delante de mi y querer besarme los pies como si fuera santa, levantarse derrepente desesperado, jurar, botar, renegar, y darse de bofetadas, hubieras echado las tripas de risa; porque no hay rato mas divertido que ver á un viejo verde enamorado y despreciado delante de lá muchacha que lo burla. Vaya, si estos viejos supieran el ridiculísimo papel que hacen en semejantes lances, y la mofa que hacemos de ellos, sin duda que no se meterian á enamorar.

Yo le decia á este abuelo mil claridades; pero él las escuchaba como si fueran requiebros. Es gana, le dije muchas veces: V. se cansa, y pierde el tiempo. No quiero á V. no lo quiero. Yo soy muchacha, y si me caso, ó quiero á alguno, será algun muchacho como yo; no á un tata señor que me espante con su tós. Ya V. es muy viejo y muy baboso, ya tiene un pie aqui y otro en la se-

pultura: piense V. en rezar, y encomendarse á Dios, pues está V: mas para la otra vida que para esta. Vayase V. noramala, ya se lo he dicho.

Todas estas boberas y mas, le decia yo cada rato; pero no me valia: yo no he visto viejo mas sinvergüenza. El viendo que no podia conquistar mi corazon con sus versos y faramallas, se valió de otro arbitrio para seducirme; pero ¿que arbitrio, niñas! el mas soéz, desvergonzado é inicuo que se pudiera imaginar. Ya soy muger casada, y todovia me avergüenzo de acordarme. ¡Que bien dicen, que los viejos libertinos y relajados son mas indignos que los mozos!

¿Pues cual fué ese arbitrio, niña, preguntó Eufrosina: que yo creo que sería terrible, pues te pones colorada al acordarte? Con razon, contestó la chata: sí era de los mas atrevidos. Pues vean ustedes que no pudiendo conseguir *nada de mi* como he dicho, trató de pro-

vocarme contandome los cuentos mas obsenos que se pueden imaginar, leyendome unos versos dictados por el mismo Asmodeo, y propasándose á hacer en mi presencia algunas acciones tan feas que yo no quiero ni acordarme.

¡Ay, niña! dijo Rosaura; esa era una grandísima picardia. Yo creo que eso lo hacia cuando estabas sola con él; pero ¿por qué no lo dejabas con la palabra en la boca, y te ibas adonde estaba tu madre? = Por que mi madre me hubiera regañado, diciendome que no fuera malcriada, ni dejara sola la visita. = ¿Pero por que no le decias lo que pasaba? — Porque no lo hubiera creido. = ¿Y por que no le decias que te espiara y escuchara al viejo, cuando te quedabas sola con él? = Por que el viejo era muy malicioso, y solo me hablaba de ésto, cuando estaba bien seguro de que mi madre estaba en parte desde donde no lo podia escuchar. = Pero yo, en ese caso, hubiera procurado tener

alguna compañia á mi lado. =Cuando podia, lo hacia así; pero no siempre habia esa proporcion; por que mi familia era muy corta. No se cansen, niñas: el viejo era muy malicioso; y mi madre era muy cándida. Ahora conozco que es verdad, que no conviene que las madres sean tan buenas, esto es, tan sencillas y confiadas por que cualquiera las engaña.

Bien que, por otra parte, yo no culpo á la pobrecita de mi madre: por que ¿quien no se hubiera engañado con la hipocresia del santurron maldito? La inocente señora, que en paz descanse y mis palabras no le ofendan, solia decirme algunas veces; hija, ¡que bueno es el señor don Ciriaco! toma sus consejos mira qué de estos hombres ya no hay muchos. Cuando yo lo veo sentado, platicando contigo, me parece que estoy oyendo á tu difunto padre, y suelo decir entre mi: ahora en mi casa está la virtud en el estrado. Así se esplicaba mi madre.

Consideren ustedes como no estaria aturdida, ni como yo era capáz de haberla persuadido á que aquel viejo era mi costante y lascivo seductor, cuando muchas veces estaba el diciendome cosas que por no oirlas hasta me tapaba las orejas; entraba mi madre á ese tiempo, y el perro viejo, al instante bajaba los ojos, mudaba de tono y enredaba la conversacion con ella de este modo: ¿no es verdad, señora, que le digo bien á esta niña que no hay cosa como el pudor y la honestidad en las doncellas, porque así se hacen amables de todo el mundo, y particularmente de Dios, que es á quien debemos agradar sobre todas las cosas? Pues, por que en todas partes está, y vé hasta nuestros mas escondidos pensamientos.

Otras veces decia: le digo á esta niña que sea muy recatada con los hombres, y muy devota de San Luis Gonzaga, para que el santo le alcance la castidad, que es una virtud angelical. Yo

pel tan escandaloso le he hallado á su niña en la almohadilla, si teniendo V. tanto cuidado con ella, admite esos papeles, que no los admitiera la ramera mas pública de Méjico, ¿que fuera si V. se descuidára con ella? Siento decirlo; pero ya me parece que á la hora de esta, su niña de V. perdió todo lo que tenia que perder. En fin, lea V. el papel y haga lo que quiera, que es su madre, y quien ha de dar cuenta á Dios de ella. Diciendo esto, dió el papel á mi madre y se marchó para la calle.

Mi mamá tomó el papel, y mientras se puso los anteojos para leerlos, pensaba yo en huir ó disculparme; pero nada me resolví; y así me quedé como una estatua, temblando mas de colera que de el susto.

Apenas leyó el primer verso, cuando, escandalizada, y llena de enojo, rompió el papel, me afianzó de los cabellos, me tiró al suelo y me dió tal tarea

de golpes y patadas que si las criadas no me defienden, me mata allí mismo sin remedio.

Ya yo libre de sus manos, me disculpé como era natural, y le conté cuanto me habia pasado con el viejo. Esto, lejos de serenarla, la irritó de tal modo que si he estado sola, me vuelve á dar otra tanda de bofetadas. ¿Eso mas? me decia; ¿eso mas, grandisima puerca tambien eres habladora y deslenguada? ¿no te basta ser una cuzca disoluta, sino que quieres hechar la culpa de tus liviandades y picardias á un hombre tan virtuoso y tan honrrado? ¿que dieras grandisima perra, por parecerte á la suela de un zapato viejo del señor don Ciriaco? Pero anda hija vil y deshonesta, que no me has de volver á poner á otra vergüenza. Has de acabar tus dias en san Lucas (*) ó en la casa de pobres.

(*) *Casa de correccion de mugeres.*

Considerén ustedes como me quedaria yo en este lance, viendome golpeada y aborrecida de mi madre, y al mismo tiempo con mi honor en opiniones entre las criadas, pues mi madre en lo mas vivo de su colera, se produjo indiscretamente con peores espresiones que las que he dicho.

Yo temia que cumpliera su palabra, porque era muy resuelta, y que de la noche á la mañana me pusiera en unas recogidas; pero ya no sentia yo tanto tan injusto castigo, sino que se quedara riendo el maldito viejo.

¿Y se quedó? preguntó Camila. ¿Cuando se habia de quedar? dijo la Chata. Yo me vengé de un modo muy bonito, y fué éste. Andaba en solisitud mia el que ahora es mi marido: aquien yo, la verdad, no queria mucho; pero ¡lo que es el deseo de una venganza! No tenia otro hombre de quien valerme para conseguirla, y asi me decidí á acasarme con

él, con tal de que me vengara pronto.

Apenas mi madre se descuidó tantito conmigo, cuando le mandé razon de cuanto habia pasado, asegurándole ser suya si tomaba una satisfacion por mí; y se daba traza de que mi honor quedase en su lugar; pero que todo habia de ser muy breve.

No se le dijo la criada á ningun sordo; porque en la misma noche quedó hecha toda la diligencia á mi satisfacion. Mi novio solicitó un amigo de su confianza, y entre los dos sorprendieron al viejo en la calle de los mesones, lo metieron en un coche que para el efecto previnieron, y se lo llevaron al egido. Allí en aquel campo desierto lo sacaron, lo amarraron á una de las ruedas del mismo coche, le quitaron los calzones, y con la cuarta del cochero le dieron una vuelta tan desaforada, que por poco lo matan. A lo menos, mas de veinte dias estuvo en cama.

No paró en ésto. Luego que se acabó el cruel miserere, lo subieron al coche, encendieron un cerillo, sacó mi novio un pedaso de papel y un tintero, y poniendole una pistola á los pechos, le juró matarlo allí mismo si no ponia una carta á mi madre restituyendome mi credito, contando el pasage como fué y pidiendo perdon de la calumnia que me habia levantado.

El triste viejo que se vió entre aquellos sayones, que tales le parecerian, sin el menor recurso y bien azotado, creyó de buena fé que cumpliria su palabra si no obedecia en el instante, y así quiso que no quiso, puso el papel como se lo dictaron, y lo firmó como era regular.

Hecha esta diligencia, le intimaron que cuidado como volvia ni á pasar por mi calle porque lo habian de hacer tasajos. El infelíz viejo juró y rejuró que *ni se volveria* á acordar de mi. Con

gesto, lo llevaron hasta cerca de su casa, adonde el pobre llegaría casi arrastrándose. Yá yo no volví á saber de él.

—Pues, niña, ¿que no volvió á tu casa cuando sanó? dijo Eufrosina; por que era regular que él se quisera vengar de tu venganza. —Pues ya no le quedaron esas ganas, decía la chata: Lo cierto es que al otro dia, cuando mi madre me dijo que me vistiera para llevarme ante el corregidor, ya tenia yo la carta en mi mano; y con esta satisfaccion le dije: mamá: voy á vestirme, pero no para ir á ver á ese señor, sino para que nos vayamos á misa como siempre. Irá V. adonde yo la llevare, me dijo mi madre muy enojada; pero yo le dije muy humilde: sí, señora: mas antes será bueno que lea V. esa carta que le envia el señor don Ciriaco, á quien no sé como pagarle los favores que le debo.

Mi madre me echó una mirada muy séria: tomó el papel y se puso los

antojos. Hemos de estar en que su merced conocia muy bien la letra y firma del viejo, como que habia sido su apoderado en cierto negocio; mas con todo eso le cogió tan de sorpresa este papel, que segun le leyó mas de cuatro veces: no queria creer á sus ojos. Sacó otras firmas de él, las confrontó, y asegurandose en que la última era de la misma mano, no pudo menos que llenarse de gusto y de ternura, al ver que yo no era como habia dicho don Ciriaco; y asi echándome sus brazos, comenzó á pedirme perdon, y las dos á llorar á un mismo tiempo.

Asi que nos serenamos, me preguntó que como habia llegado aquel papel á mi poder, y entonces yo le referí sencillamente lo que habia pasado, quien lo habia hecho, por qué interez, y la palabra que yo tenia empeñada, y que cumpliria con su licencia.

Mi madre me prometió que como el

sujeto fuéra á mi igual, no habria embarazo, ya por que con aquella accion habia manifestado que me amaba, y ya por que ella no queria verme espuesta á semejantes lances; pero mientras, me decia su merced: tendré yo muy buen cuidado de no dejarte sola ni con un Anacoreta del desierto, al fin será hombre, y no hay que fiar de nadie en ésta materia mientras vivamos en el mundo ¿Quien habia de pensar qne don Ciriaco era un hipócrita? ¡Ah! que bien dicen, que entre santa y santo pared de cal y canto. En fin, mi madre quedó satisfecha, yo contenta y mí novio mas; por que ya me comenzó á visitarme, confrontó con mi madre, se trató de nuestro casamiento, y se verificó muy pronto y muy á gusto.

Bastante es el que nos has dado con la graciosa aventura de tu viejo, dijo Eutrosina; y me acuerdo que la contaste para hacernos ver que cuando declaman contra las modas, contra los bayles y con-

tra las mugeres compuestas, no es por virtud, sino de corage de que ellos ya no pueden gozar de estas cosas. Ya se yó que tú no dirás esto tan en general.

No, ni lo permita Dios, decia la chata ¿como habia yo de ser tan temeraria? Uno es uno y otro es otro. Una cosa es la chanza y otra es las veras. ¿Como hemos de dejar de conocer y confesar que hay muchos señores mayores muy honrrados, y verdaderaménte virtuosos, así como hay jovenes lo mismo que hablan contra los vicios ó por obligacion, como los padres de familia y los predicadores, ó por caridad y en clase de consejo como ahora el señor cura y tu cuñado De todo hay, y yo solo hablo de los viejos verdes, hipócritas y mezquinos que quieren hacer de la necesidad virtud, que con los buenos no me méto ni quiero oirlos, porque no me acomoda que me asusten. Yo conozco que dicen bien; pero soy muchacha y me gusta la moda, y los bayles, y

el coliseo, y los toros, y la orilla, y la alameda y todo cuanto hay, y tengo dinero y no me he de enterrar en vida; sino que he de pasear, y me he de divertir bien y á mi gusto, que para eso me casé y no me quise meter á capuchina.

Bien hayas tú, niña, decia Eufrosina; bien hayas tú que eres de mi modo de pensar. Nos divertirémos ahora que somos muchachas y tenémos con qué, que mañana serémos viejas y tal ves pobres, y no habrá ni quien nos dé la mano si nos caemos. Así se lo suelo decir á mi cuñado; pero no es menester mas para que comience á predicar.

Luego me dice: si: todo se puede hacer; pero con órden, sin escandalo, sin profanidad, sin desperdicio; por que ese dinero que se gasta tan superfluamente en modas y bureos, al fin ase falta à la familia. Llegará tiempo en que muchos hijos desearán para carneros lo que sus padres han tirado en toros......De que mi

hermano se suelta por este tono, no hay quien lo pueda sufrir, y yo lo que hago es dejarlo y no hacerle caso.

Y eso es lo que debemos hacer, decia la chata; por que los hombres son fatales, y amigos siempre de llevar la suya adelante, y así lo mejor es no hacerles caso.

Mi marido es un Juan Lanas, que no me mortifica demasiado. Sin embargo, por no dejar de tener alguna falta, ha dado en que sus hijos han de ser muy bien criados, y sobre esto cada rato hay en casa campaña; por que el quiere criarlos de un modo y yo de otro.

Yo dejo que los muchachos corran, griten, traveseen, que coman cuanto hay y á las horas que quieran; y él siempre banda riñendo porque ya uno se rompió la cabeza, por que el otro está empachado, porque aquel es soberbio, porque este es vengativo; y así por todo. Yo luego le digo: ¿dejalos, hombre, que *hagan lo que* quieran, estan en su edad; es

fuerza de tiempo al tiempo, no pueden ellos comenzar por donde nosotros acabamos, son muchachos. &c.: pero nada me vale: al señor no le entran puntas. Mira tú, que si alguna cosa me desesperaba, era oir llorar á un muchacho. ¡Caramba! que por no verlos abrir el huacal, era yo capáz de quitarles mi camisa, y por esto me sucedió el otro dia una mano bien pesada.

No sé como diantres vió Luisillo la repeticion de su padre, que se le olvidó sobre la mesa. Inmediatamente comenzó á llorar por el tintin: á los principios se lo escondí; pero tanto lloró, y tanto me molió, que por fin se la dí, creyendo que no le habia de hacer nada; pero no fué asi, porque en un descuido se le cayó de la manita y se hizo pedazos.

Consideren ustedes qual seria en casa luego que vino el señor, y supo la avería del reloxito que estimaba sobre las niñas de sus ojos; y [illegible]

en efecto era bueno, de música y como curiosidades. Un veneno se volvió el hombre contra mi. Esa es mucha indolencia, me decia, y mucho consentimiento. Así se educan los muchachos licenciosos, soberbios y malcriados, enseñandose á salirse con cuanto quieren sea justo ó injusto. ¿Que respeto te han de tener tus hijos cuando crezcan, si desde muchachos los enseñas á que tú has de hacer lo que ellos quieran, y no lo que tú les mandes? Ahora dices que son chiquitos y no sabe n lo que hacen; pero lo cierto es, que los muchachos saben mas de lo que tu piensas. Conocen muy bien que con llorar han de conseguir lo que quieren: estan acostumbrados á que por no oirles, les dén gusto, y por eso lloran y mas lloran hasta que lo consigen.

Semejante modo de consentir y malcriar á los muchachos, mas que amor es tirania, pues así se hacen sobervios, orgullosos, descontentos, ambiciosos y por-

on sufridos, con cuyas bellas cualidades no es mucho que sean infelices mientras viven.

La semilla de los hombres pícaros y de las mugeres sin honor, no son sino los muchachos y muchachas malcriados. Consiente á Luis como hasta aquí que él te dará el pago cuando crezca. Si ahora me rompió el relox, de grande te romperá la cabeza. Aun no tiene malicia y ya tiene caprichos. Ya te acuerdas del mal rato que te dió el otro dia por los imposibles; con que sigue, sigue malcriándolo, que tu lo llorarás.

Tal fué el sermon que me hecho mi buen marido, que los echa largos como el cuñado de Eufrosina, y me fué preciso aguantárselo hasta la bendicion, porque estaba el hombre muy enojado por su relox.

Y se enojo con justicia á mi entender, dijo Camila: ¿qué fué eso de los imposibles? Cosas de los muchachos, con-

testo la chata: mira tú, que el otro dia empezó Luis á llorar por que queria jugar con mi hilo de perlas, y tanto me molió que hasta que se lo dí, y al dárselo le dije: toma, que un dia eres tu capáz de querer imposibles. ¿Quien se volvió á acordar de semejante espresion? Pues cátate ahí, que cuando menos pensé comenzó el muchacho á llorar otra vez con mas fuerza, y á pedir los tales imposibles: le dabamos dulces, viscochos, fruta y quantas golosinas habia en casa ó pasaban por la calle; pero no habia modo de callarlo; por que como todo lo conoce, no se lo podian negar. Este es dulce, decia, estas son rosquitas, estas son peras, yo quiero imposibles, yo quiero imposibles, denme imposibles. Ya me desesperaba yo, no sabiendo como contentar ó que darle al maldito muchacho para que se callara, hasta que la costurera advirtio darle una cosa que no hubiera comido, y en el ayre nos acordamos de esos frijoles

gordos que llaman ayacotes, los que él no habia visto en su vida.

Al instante fué una criada á buscarlos á los bodegones, y no paró hasta que los encontró y las trajo. Los pelo en el momento y se los dimos secos y con sal. Como él no los conocia, y le ponderamos que habia costado mucho trabajo hallarlos, creyó que así era y pasaron los frijoles por imposibles. Todos los dias se acuerda su padre de este chiste y me da con esto en la cara.

En verdad que estuvo bien gracioso, y tú te verias harto apurada, dijo Eufrosina. Continuaron aquellas señoras hablando de sus maridos y de sus hijos largamente, hasta que tocaron en el punto de las modas, y comenzaron á disputar sobre como sería mejor un túnico de iglesia si morado ó negro, si con mangotes de punto ó con guantes, y así sobre otras cosas de estas, que no me divertian ni una migaja.

Entonces me levanté con disimulo y me

fuí á mi vivienda, donde se continuó por el coronel la última conversacion de la chata, pero con el juicio y solidéz que acostumbraba.

CAPITULO IV.

Que trata de la primera educacion de los niños, y de otras cosas que no disgustarán al lector.

COMO me dilaté en la vivienda de Enfrosina, me estrañó el coronel, y me pregunto el motivo. Le contesté que me habia estado divertido oyendo platicar á la señora doña Eufrosina y sus visitas. Esto ecsito su curiosidad, y quiso saber las materias que se trataron en la conversacion, y yo lo satisfice, contandole lo que no lo podia agraviar, como fué lo de los imposibles de Luisillo.

Reian grandemente los señores con *este cuento*, especialmente Matilde, que

apenas lo queria creer, hasta que su marido le dijo: no te haga fuerza, hija mia, la tal impertinencia de ese niño, porque todos los consentidos son lo mismo. El Abate Blanchard trae otro caso igual. Tenia una señora un niño de estos, enseñado á que le habian de dar cuanto queria. Los criados estaban impuestos á obedecer su gusto, porque el niño no habia de llorar sin que se le complaciese. Engreido con esta costumbre, un dia comenzó á llorar y mas llorar con tal tenasidad que lo oyó su madre, y llena de cólera reconvino al criado que lo cuidaba, diciendole que ¿por qué no le daba al niño lo que queria? El criado respondió señora: es imposible que yo le dé lo que quiere, pues me pide que le baje la luna y la ponga en un vaso de agua. Bien puede pues, estar llorando hasta el fin del mundo, que yo no le bajaré la luna. La señora quedó convencida de la im-

pertinencia de su hijo; pero el autor no dice si quedó corregida.

Ninguna cosa contribuye tanto á corromper las costumbres de los niños, y á hacerlos orgullosos y malcriados, sino la indiscreta condescendencia de las madres. Conducidas por un amor ecesivo y por un imprudente cariño, contemporizan con ellos en cuanto quieren. Por tal de que el niño no llore, le dan todo lo que apetece, en el momento que insinúa su voluntad con las lágrimas. De aquí nace que se crian indociles, orgullosos é impertinentes; pierden á sus padres el respeto y el amor al mismo tiempo, y enseñados á hacerse obedecer con el llanto, no agradecen los mismos agasajos, creyendo que se les deben de justicia.

Como estamos convencidos, dice Blanchard, de que de los llantos de un hijo bien ó mal comprehendidos, ó *bien ó mal* dirigidos por la ternura de

las madres, hace casi todo el arte de la primera educacion, añadiremos algunas reflecsiones juiciosas que hace á este asunto *Mr. Rosseau* en su *Emilio*, en donde entre tan gran número de errores muy perniciosos, se hallan verdades útiles. ,,Los primeros llantos de ,,los niños (dice) son ruegos: si no se ,,cuidan de ellos, en breve llegan á ser ,,órdenes: comienzan por hacer asistir, ,,y acaban haciendose obedecer......"

,,Los largos llantos de un niño que ,,no está atado ni enfermo, y que no ,,le falta nada no son sino llantos de ,,habito y obstinacion: no son obra de la ,,naturaleza, sino de la que los cria, que ,,por no saber tolerar la importunidad, ,,la multiplica, sin advertir que hacien- ,,do callar hoy al niño, lo ecsita á llo- ,,rar mañana mucho mas. El único me- ,,dio de curar ó preaver esta costum- ,,bre, es no hacer aprecio de sus llan- ,,tos; pues nadie quiere tomarse un tra-

,,bajo inutil, ni aun los niños. Lloran ,,porque conocen que llorando consiguen ,,lo que quieren; pero si se tiene tanta ,,constancia para negarles, como ellos por-,,fian para pedir, facilmente ceden, se ,,disgustan de sus llantos, y no vuelven ,,á llorar mas. De este modo se les ahor-,,ran las lágrimas, y se les acostumbra ,,á no derramarlas, sino cuando el dolor ,,les fuerza á ello......"

,,No necesitan los niños para llorar ,,todo un dia, sino percibir que no se ,,quiere que lloren. Lo peor es que la ,,obstinacion que contraen, sigue por ,,consecuencia en su mayor edad. La ,,misma causa que los hace llorones á ,,los tres años, los hace cediciosos á los ,,doce, discolos á los veinte, imperio-,,sos á los treinta, é imsoportables toda ,,su vida."

Luego que un niño manifiesta las primeras señales de conocimiento, [con-*tinúa el Abate citado*] es necesario pre

caver en el toda obstinacion é indocilidad. La porfia es el defecto de la mayor parte de los niños; pero se puede decir que lo deben, casi siempre, á la primera educacion, pues se condesciende á todas sus fantacias. Lo que se les ha negado á sus ruegos, se les consede á su importunidad, á sus llantos, y á sus violencias; y aun los dejan vengarse y dar golpes. ,,Yo he visto, di- ,,ce el autor del *Emilio*, ayas y madres ,,imprudentes, animar la porfia de un ,,niño, escitarlo á pegar, dejarse pe- ,,gar ellas mismas, y reir de sus febles ,,golpes, sin pensar que eran otros tan- ,,tos homisidios en la intencion del ni- ,,ño furioso. y que aquel que quiere ,,pegar siendo chico, querra matar sien- ,,do grande.''

Estas son, querida Matilde, unas verdades tan evidentes que no necesitariamos que nos las acordaran los autores, si atendiermos con reflexion á le

esperiencia. No son los niños mas consentidos los menos llorones; lo contrario: ellos son los mas impertinentes y enfadosos.

Yo convengo en que es muy tierno y natural el amor á nuestros hijos, que causa pena el verlos afligidos y llorando, y soy de parecer que se les debe dar gusto en cuanto sea inosente y razonable; pero no generalmente en todo, solo por que no lloren y por escusarles un ligero sentimiento. Áqui está todo el daño de la imprudencia. Es lo mismo que querer curar un mal pequeño con un grave.

No es menester mucha penetracion para conocer los funestos resultados que trae á los hijos y á los padres la ciega condescendencia de estos, ni es tan dificil el poderla reprimir en los principios. Mientras los padres ó las madres amen á sus hijos como deben, les será fácil el desentenderse de sus llantos cuan-

do convenga, y para hacerlos sumisos y obedientes.

Si un niño llorara por coger con su manita un alacrán, seguro está que la madre mas indolente se lo diera, aunque llorara hasta no mas, ¿y por qué porque conoceria que aquella sabandija era venenosa, y que podia picarlo y acarrearle la muerte, ó un gravisimo daño á su salud: ¿pues por que no tiene igual cuidado en no permitirles que logren sus caprichos como que son siempre nosivos, y bastantes á envenenarles el espiritu, y á acarrearles unas enfermedades morales de su vida?

Por desgracia, ordinariamente los niños no se ven rodeados sino de un enjambre de mugeres ignorantes, que con muy buena intencion conspiran á hacerlos mal criados insufribles. Las madres; las nodrizas ó chichiguas las ayas ó pilmamas, las maestras, las parientas, las *amigas* y hasta las criadas de las casas,

¿que hacen sino pervertir el espiritu d niño desde los principios, fomentar s caprichos, inspirarle errores, apoyar s s falsas ideas, defender sus estravagancias y adular sus inclinaciones á diestro y á siniestro.?

La ira, la envidia, la venganza, la falsedad, el disimulo y otros efectos como estos, no se notaran tan temprano en las criaturas, si los que están encargados de su educacion y asistencia fueran siempre, como debian ser, gentes de probidad é instruccion que sofocaran las malas semillas del vicio en sus principios; (*) pero sucede lo contrario: quiere el ni-

(*) Todos los hombres nasemos con pasiones, y estas son las semillas del vicio por la prevaricacion del primer padre; pero con el auxilio de la razon, estas mismas pasiones pueden ser semillas de virtudes. El enseñar á los niños á sujetar sus pasiones á la razon, seria el grande arte de acostumbrarlos á sofocar la mala semilla del bicio y sus principios.

ño alguna golosina, sea lo que fuere, á cualquiera hora, y aunque se conozca que le ha de hacer daño y que no tiene hambre porque acabo de comer, se la dan porque no llore, y asi lo enseñan á goloso. Ve un juguete en poder de otro niño, lo pide y llora por el, hasta que se lo dan, y así le fomentan la envidia. Se tropieza con el perro, se cae y llora; y al momento cogen al perro y se lo presentan para que lo golpeè y así le inspiran la venganza. Llora otras veces por lo que se le antoja, y para callarlo le dicen: no, mi alma, no llores: los niños lindos, como tú, no lloran; eso se queda para esos muchachos feos como el hijo de la cocinera; y este es un propio modo para inspirarles sobervia y vanidad, haciendoles formar un alto concepto de si mismos, y enseñandoles á abatir y despreciar al infeliz. Si con esta y otras diligencias semejantes aun no se calla, le hacen un ruido estraño, ó le señalan un

cuarto obscuro, diciendole, que por allí ha de salir el viejo, el coco ó la bruja, que se lo ha de comer, y con tan terrible amenaza se logra que no llore; pero de paso se hace pusilanime, y se dispone su fantasia para admitir en la mayor edad las mas crasas supersticiones. Si quiebra un vaso ó hace otra travesura y lo regañan, no falta quien lo defienda diciendo que no fué el niño sino el gato, y así aprende á mentir y á disculparse á toda costa.

¿Pero para que he de insistir en probar con ejemplares una verdad que se nos entra por los ojos? Ello es cierto que hay personas que si estudiaran por principios el arte de malear á los muchachos, no lo habian de hacer con tanta gracia como lo hácen sin ningunos estudios, sino por una mera aficion al niño.

Lo peor es que mil veces los hijos se educan mal, contra las sanas intenciones de sus padres; ó ya por que no pue-

den encargarse de observarlos todo el dia, ó por que las madres son abandonadas y opuestas á su modo de pensar, y entonces tienen los padres que ceder, conociendo el perjuicio, por no chocarse, y acaso perder la paz del matrimonio. Felices los casados cuyas voluntades van acordes en un asunto de tanta gravedad; pero mas felices los hijos á quienes cupo en suerte tener tales padres!

Asi hablaba el coronel cuando interrumpió su conversacion una visita. Esta fué la madre de la niña Gertrudis ó Tulitas, como le decian: aquella ahijada del coronel, á quien confió el cuidado de Pudenciana siendo muy tierna. Tenia ya Tulitas como diez seis ó diez y siete años, y era no solo bonita, sino muy hacendosa, humilde y grangeadora. Su madre.... parece que la estoy mirando; era una señora como de cincuenta años: blanca, entrecana, de ojos azules, de una nariz *muy* afilada, de un cuerpo muy bien

proporcionado; y aunque con muchas arrugas y pocos dientes se conocia que no seria despreciable en sus quince.

Su trage era un túnico azul de indiana con un cuellecito blanco, un rebozo de Sultepec y un pañuelo conque se abrigaba la cabeza. Luego que entró, y pasaron las acostumbradas salutaciones, se sentó; y dirigiendo la palabra al coronel, le dijo: ¿que habrá V. dicho, compadrito, que cuanto ha que no paresco por acà? pero ya ve V. los trabajos de una pobre muger sola, que le aseguro á V. que no tengo lugar ni de rascarme la cabeza. Todo el dia se me va en hacer la diligencia, y con todo eso sabe Dios los trabajos que he pasado; pero ya su Magestad ha querido abrirme camino, y eso es lo que vengo á noticiarle á V. y á mi comadrita, que sé que se han de alegrar de mi bien.

Es verdad que si, dijo el coronel: no sabe V. cuanto me agrada esa noti-

cia, segun mis cortas facultades, siempre he procurado contribuir á sus alivios, lo que manifiesta que me ha debido bastante estimacion. Pero cuenteme V. despacio esa su buena fortuna, haber si puedo participar de ella nuesra Tulitas . . . .

— ¡Ay! y como que si ha de participar la pobre muchacha, decia la madre: pues vea V. compadrito, que un señor que se llama don Gervasio es muy caritativo, Dios se lo page, ha dado en visitarme de pocos dias á ésta parte, y como me ha visto tan sola en mi cuartito y tan pobre, me ha tenido lastima, y me ha preguntado ¿que si no tengo nada seguro? ¿que de que me mantengo?, y otras cosas; y cuando le he dicho que no tengo; sino tal cual costura, y la caridad que V. me suele hacer. se ha compadecido mucho de mi; pero desde el otro dia que le dije que tenia una niña grande acá, se compadeció mucho y me dijo ¡Valgame Dios! ¡que lastima ¡que miserias se ven en este Mexico!

Estar una madre separada de su hija, y una pobre niña arrimada en casa agena, y fuera del abrigo de su madre! ¡Jesus que cosas! Pero V. señora, me decia: ¿porque tiene á esa niña lejos de su lado? ¿no sabe V. que al ojo del amo engorda el caballo y al lado de la madre se hacen felices las hijas? Vaya, que V. no debe de querer á esa pobre criatura.

Si la quiero, Señor, le decia yo: de fuerza la he de querer, si es mi hija, no nació de las yerbas: sabe Dios lo que lloro cuando me acuerdo de ella, sin imbargo de que está como en su casa. Entonces me preguntó que donde estaba y como se llamaba. Le dije que acá con su padrino, que ella se llamaba Tulitas, y le di sus señas. El señor se alegró mucho al oirme, y me dijo que ya la conocia, que era de mucho mérito, y era una lastima que careciera de su madre: que si la unica causa de esta separacion era la pobreza

que no tuviera yo cuidado, pues él era rico y solo, y no tenia en que gastar su dinero sino en hacer obras de caridad: que sacara yo á mi niña para que me acompañara: que contara todos los dias con dos pesos diarios; que buscara una casita de diez ó doce pesos, y una moza para que nos sirviera: por que lo que hace á la ropa, que el tendrá buen cuidado de que no nos falte nada, y para que yo no pensara que estos eran ofresimientos de boca, me dejaba dos onzas de oro para que buscara yo la casa y que en cuanto la hayara, le avisara para que comprara los trastos que me faltaran

Ya ve V., compadre, que de estas fortunas no se hallan todos los dias, y quizás Dios le ha tocado el corazon á este caballero para que nos remedie; y asi vengo á darle á V. los agradecimientos por el tiempo que ha tenido á Tulitas en su casa, y ha llevarmela para que me acompañe por que ya tengo yo to-

mada la casa; y está en ella la mo-
moza, que el mismo señor me la buscó.
Tiene mil gracias. Ayer me llevó dos
camas muy buenas, y un baulito con
dos piezas de Bretañas, diez varas de
indianilla fina, cuatro pares de medias,
dos tapalos, uno de seda y otro de tra-
falgár, y otras muchas cositas, que so-
lo me enseñó, y cerró y se llevó la
llave; porque dice que hasta que Tuli-
tas esté en casa me la dará, y le re-
galará á ella una cajita de alajas que
era de su muger y no tiene á quien
darsela; y asi, compadre, yo vengo por Tu-
litas, por que esta ocasion no es deperder.

Oyó el coronel todo el razonamien-
to de la vieja, y luego que acabó, le
dijo: en verdad, comadre, que ese ca-
ballero es demasiado bueno. ¿Conque co-
noce á Tulitas, la ha visto en el bal-
con y dice que tiene mucho mérito, y
despues de esto quiere hacerle á V. bien
y buena obra? ¡Valgate Dios por cara

dades! Si V. fuera sola, ó si la hija que tiene, fuera fea, yo le apostára mis orejas á que no encontraba un caritativo semejante; pero es cosa muy comun favorecer á las bonitas con exceso, cuando las feas no hallan ni quien les dé los buenos dias.

No sea V. cándida, comadre: esa no es caridad, es un anzuelo una red que se tiende para que caiga el inocente pez. Quien sabe si yo juzgaré con temeridad. No conozco al tal señor. Acaso será un hombre muy virtuoso y su corazon estará limpio de malicia; pero digale V. que les haga lo caridad que quiera á las dos; pero á V. en su casa y á la muchacha en un convento; y en haciendolo asi, jure V. que es un hombre de bien y que hace perfectas caridades.

Ya se lo he dicho asi, compadre; mas á eso me dice, que él no es tonto para tirar su dinero en esas cosas:

que los conventos y colegios no sirven si no para criar flojas y holgazanas, pues no se entran en ellos las muchachas sino por necesidad, y por moda, para que les digan, niñas de convento: que allí lo que aprenden son muchas monerias y ridiculeces: que salen mas hipócritas que cristianas, pues acompañandose con muchas viejas superesticiosas, sirvientas necias, y niñas forzadas, ó que están allí á fuerza, y que tienen bastante malicia para enseñar sus malas mañas, las aprenden facilmente sus amigas, y pierden en los conventos la sencilléz, que conservan en sus casas al lado de sus madres; y por ultimo, dice el señor, que es boberia meter en colegio ó convento á una niña, que no tenga vocacion de ser monja, sino que piensa en casarse pues en una clausura con dificultad se proporcionan novios; y que supuesto que mi hija no ha de ser monja *por que ó no* tiene vocacion ó no tiene

Cote, que mejor es que se quede en la calle con migo, pues asi se consigue que me asista y acompañe, y que tal véz, mañana ú otro dia se case con ventaja; lo que sucederá si la metemos en convento; porque santo que no es visto no es adorado.

Todo esto me dice el señor, y ya ve V. compadre, que dice muy bien, por que yo he visto mucho de lo que me ha dicho, y tengo muchisima esperiencia, como que de muchacha estuve en convento, y allí supe muchas cosas, y aprendi mil tonteras y malas mañas; porque lo que era bueno y lícito lo tenia por pecado, y escrupulizaba de ello, y asi se enfadaba el confesor conmigo cuando le decia; acusome, padre, que dije delante de los hombres en reja que me dolian las piernas, que tenia un tumor en una nalga, ó una roncha en el ombligo, que son partes del cuerpo, que yo llamaba con unos nombres que aun

en los fandangos hacen reir. Mi confesor, como dije, se incomodaba de esto y me regañaba muy seguido. Me acuerdo que un dia... víspera, por cierto, de la Ascencion, me dijo: ya le he dicho,... y porque mi confesor era muy santo y muy seriote. A nadie hablaba de tú, ni platicaba, si no por mucha fuerza, fuera del confesonario, Ni recibia ningun regalito de sus hijas, ni queria á unas mas que á otras, ni admitia papelitos, ni escribia ningunos ni servia de empeño, ni hablaba en el confesonario sino de asuntos de conciencia, ni apoyaba virtudes, ni creia revelaciones, estasis ni arrobamientos, (*) ni.... Dejese.

(*) *La vieja no supo esplicarse. El padre, quiso decir, que no creia las visiones del sueño, histérico, vanidad é hipocresía con que quieren engañar al confesor; pero sí creería los efectos verdaderos y singulares de la gracia Divina.*

V. de tantos ais, comadre, decia el coronel: que yo no quiero saber la vida de su confesor; aunque por lo que me ha dicho, conozco que era un buen ministro de Dios; pero eso no viene al caso. Diga V. que fué lo que le dijo la víspera de la Ascencion, y acabe su cuento antes que se me olvide lo que yo le he de contestar.

Pues, compadre, decia la vieja: lo que me dijo mi padrecito.... ni asi queria que lo dijeramos sus hijas, sino mi confesor ó mi director. Vea V. que tal era de sério; pero enfin, me dijo: era menester un diccionario particular para confesar á las necias de conventos como tú, ó una singular inteligencia para comprehender sus fraudes y gazmoñerias. Ya te he dicho que te confieses en castellano y no en esa gerigonza que no entiendo, sino á costa de mil preguntas. Tambien te he dicho que te confieses sin rodeos, y sin buscar frases con

que ocultar ó disimular tus faltas, porque este modo de confesarse es efecto de una muy refinada soberbia y tontería, pues crees que Dios cuyo lugar ocupo, se engeñará con el artificio con que tratas de diminuir tu culpa y te perdonará mas facilmente, ó á lo menos, me quieres engañar, para estar bien conceptuada conmigo; lo que es una simpleza, pues el concepto que yo debo formar de tí, y el que tú debes querer que forme, es el que convenga á tu salud espiritual, y no á fomentar tu vanidad ni tu ignorancia.

¿Que te importa engañar al confesor, ni que este te tenga por una santa, si el que registra los rincones del corazon sabe que no eres virtuosa, como aparentas, sino una soberbia que vienes á la sagrada piscina de la penitencia, no á purificarte de tus culpas con corazon contrito y humillado, sino á revolcarte en tu mismo cieno, y á salir

del baño saludable mas manchada de lo que entraste.

Te he dicho que la verdadera virtud no está reñida con la sinceridad: que los escrúpulos son perjudicialicimos para adelantar en el camino de la perfeccion: que hay escrúpulos de almas timoratas, y escrúpulos de hipócritas, como los tuyos. Te vienes á confesar de que le diste un palo al gato de tu nana (*) y no te confiesas de que se lo diste por vengarte de ella, ni de que te quisiste vengar porque te regañó porque la desobedeciste yendote al patio á platicar con esa moza que te ha enseñado tantas cosas que nunca debias saber, y porque te ha evitado esa compañia que ha sido tan perjudicial á tu conciencia.

Cuanto trabajo me ha costado sa

(*) *Ya se dijo quienes se llaman* nanes *en los conventos.*

carte todas estas cosas, y hacerte confesar las culpas mortales que tú querias ocultar ó con malicia, ó con ignorancia culpable, pues tú, seguramente, no querias confesar otra cosa sino que le diste un palo al gato, lo cual no puede ser culpa grave. Ya verá V. que tal seria mi confesor.

Era muy bueno, dijo el coronel, pero no sé si me admire mas de la candidéz de V. en confesar sus pecados ó de la memoria que conserva la reprehension de su director pues la sabe como una relacion; por que ese estilo se hecha de ver que no es el de V. sino el de su confesor.

Pero, despues de todo, es necesario que V. advierta que ese señor no dice bien en todo lo que le ha dicho. ¡Es verdad que en los conventos ó colegios de mugeres hay defectos que seria de desear se corrigiesen; mas en que parte no los hay en esta vida mortal y miserable? Es tambien verdad que algunas se entran en los conventos, ó [illegible]

tejo, ó por necesidad ó por fuerza, y no son éstas, seguramente, las que cumplen mejor con sus obligaciones; pero no es menos cierto que tales casas no se fundaron para ser hospicios de disipadas, frívolas ni holgazanas, sino para ser los planteles de la virtud, y los asilos de la inocencia, como efectivamente lo son. Los confesonarios son crisoles donde esta se prueba, y los púlpitos, teatros en que se publica y se panegiriza cada dia. Y si no hubiera sido por los conventos, colegios y casas de enseñanza y clausura, establecidas para defender la virtud y honestidad de muchas, ¿cuantas á esta hora, hubieran sido tristes víctimas sacrificadas á su indigencia y al libertinage de una tropa de infames seductores?

La utilidad de semejantes piadosas fundaciones es innegable, por mas que en ellas entren algunas personas díscolas, y no falten defectos que seria muy del caso corregir.

Llamo defectos á muchas preocupaciones, que no dejaran de parecer ridículas á los sensatos, por mas que sus patronos las quieran vestir con el trage de la virtud.

Una de ellas es que las niñas que entren en este ó en aquel convento ó colegio, no usen túnico ni tápalo, ni el pelo abierto y caido sobre la frente, como lo usan todas las jovenes decentes en sus casas, por mas honestas y virtuosas que sean; y aquí tenemos una preocupacion no solo estravagante, sino que puede ser perjudicial en algun caso.

Nada dificil es probar lo ridículo de esta prohibicion, si se advierte que el túnico y el pelo colocado sobre el casco ó sobre la frente es ya en el dia un uso muy comun, y tan honesto en sí, que las señoras timoratas lo llevan sin el menor escrúpulo, y con razon; por que el túnico ni la basquiña, el tapalo ó el paño *de rebozo* no harán ni á una sola muger

virtuosa ó prostituida, y aqui se verifica que el hábito no hace al monge.

Ahora, se debia advertir, por las enemigas de los túnicos y frages del siglo, que no todas las niñas que entran en los conventos llevan designio de quedarse en ellos, ya por falta de vocacion ó ya de dote. Muchas entran por aprender las lavores, costuras y curiosidades que aprenden las mugeres hacendosas, muchas, por necesidad, muchas por antojo y algunas por fuerza. Todas estas van con la intencion de salirse luego que aprendan lo que quieren, ó cuando mude su suerte, ó cuando ya no quieran estar, ó no quieran que estén los que las mandan.

¿No es cosa bien estraña que se les prohiba á todas estas su propio trage? Y por último, si el túnico, si el tapalo, si el pelo asi ó atado, son escandalosos en los conventos, si se han de ver como retraentes de la virtud, ¿por *qué en muchos* se permite? ¿Dirémos que

Estas son las preladas mas laxas ó menos preocupadas.

Los perjuicios que acarrea esta preocupacion contra los túnicos, no son ni raros ni remotos. Hay muchachas pobres que desean recogerse en un convento: acaso hallan este, ó el otro bien hechor que les ayuda para pagar su colegiatura, ó piso, como llaman vulgarmente; ¿y que sucede? que no entran y pierden esa coyuntura, y tal vez se estravian en la calle, por que no tubieron valor para dejar el trage con que las criaron, ó proporciones para variarlo; y he aqui un daño para esa pobre, el que puede acaecer con demasiada frecuencia.

Si yo quisiera que dentro de los conventos ó colegios se admitieran todos trages que usan las señoras en la calle, seria un temerario; por que esta permision general abriria la puerta al lujo y á la profanidad, opuestos á la moderacion y modestia que deben educarse en

tales casas, pero, lejos de tal heredad, solo deseara que se permitiera que se vistieran las niñas en las clausuras, segun se visten fuera de ellas las jóvenes honestas y timoratas, pues de este modo sin ofensa de la virtud, se corregia esta preocupacion, que mil veces he visto apellidar ignorancia y ridiculéz.

No quisiera hablar de otros defectos que se notan en semejantes comunidades que si no son tan públicas como el que acabamos de refutar, no son menos frecuentes ni perjuciciales. Las predilecciones que las *nanas* (*) tienen con esta niña mas que con aquella: las amistades intimas de unas niñas con otras: las confianzas mutuas entre unas, y la indiferencia con otras; la estimacion y aun distinciones que gozan las ricas sobre las pobres: (†)

(*) *Asi llaman las niñas á las monjas á cuyo cargo están.*

(†) *Esto se ve y fuera mejor que no se viera. Se escribe para que se corrija*

la ecepcion de chismes: los cuentos que libremente se permiten, y aun se fomentan de espantos, de visiones, y aun de milagros apócrifos é imaginarios (*) y otras cosillas á este modo, originan zelos, envidias, rencillas, murmuraciones, escrúpulos nécios, pensamientos temerarios, supersticiones, y un enjambre detestable de vicios, y aun tanto mas detestables cuanto que se provocan y ejersitan entre muchas personas, que tienen que vivir juntas, y fiscalisarse muy de este defecto donde lo haya.



(*) Son muy frecuentes semejantes relaciones apócrifas que hacen mas daño del que parece. Se refiere con sencilléz que la madre Fulana difunta era una santa: que hacia tal y tal penitencia: que hizo tal y tal milagro &c., y sin otra confirmacion sino una vulgar, aunque piadosa tradicion, se cree todo. Se encomiendan á la dicha monja, y se veneran sus reliquias como si estuviese declarada por santa. No es este el espíritu de la Iglesia. Esta es una materia en que tan malo es no creer nada como creer mucho.

cerca. Si el santo rey David decia, que era bueno y agradable el vivir los hermanos enlasados por la caridad como si fueran todos uno solo: yo digo, y cualquiera dirá, que es malisimo y mas que terrible vivir desunidos y entre chismes y alborotos los hermanos que viven juntos, y si son las hermanas, es peor que peor. ¿Y de que frase nos valdriamos para ponderar la malicia y la gravedad de la culpa de aquellas que se aborrecen de muerte, que se procuran poner en mal con las superioras, que se hacen cuantos daños pueden, que se malquistan mutuamente y llegan hasta anegarse las comunes salutaciones, ó lo que dicen *quitarse la habla*? Apenas se pudiera creer, *si no se viera*, que entre cristianos prevaleciera tanto el espíritu del odio y la venganza que llegará hasta á tener por agravio la vista y el eco de la voz del objeto que aborrecen. Teman estos infelices, teman la ira de Dios

están confirmados en gracia.

Mas por último señora comadre: lo que no tiene duda es que cuando ese don Gervasio su nuevo protector repugna tanto que entre Tulitas en convento, no lo anima seguramente el espíritu de san Pablo, ni el de algun otro apostol ó santo Padre; sino la concupiscencia de la carne. Bien claro me esplico; pero si V. no lo entiende, sépase que no la quiere encerrada, por que no puede serle útil dentro de la clausura. Afecta compasion ácia la muchacha, y disuade á V. de que la asegure en un colegio, no por virtud, ni por amor que la tiene; sino por que en la calle tiene libertad para seducirla, y esperanza de satisfacer sus apetitos, la que no hallára tan franca en un convento. ¡Malditas sean esas caridades! Oiga V. una fab···ita que hize años pasados al asunto, quizá porque está en verso la retendrá V. en la memoria y servirá de

provecho á la madre y á la hija. El apologo trata de un lobo y un cordero, y dice así:

¡Ay, infeliz de tí! me compadeces
tan jóven y metido entre esos palos,
que ni te dejan ver el mundo alegre,
ni gozar de las yerbas y los pastos.
Ven: sal por la rendija que te ofrece
la estaca que aqui falta. Yo no paso
á libertarte, amigo, porque tengo
un gran cuerpo, no quepo, estoy pesado;
pero tú, que eres chico, sal ó brinca,
y ya verás que vida nos pasamos.
Te llevaré á comer la dulce grama,
te pasearé por todos los sembrados.
El tomillo y el maiz, alfalfa y trigo
te prevendrán un delicioso plato.
Un lobo malicioso y lleno de hambre
asi le hablaba á un corderillo incauto.
El tonto lo creyó: salió, y al punto
el *compasivo* lo hizo mil pedazos.
¡Oh, cuantas jovencillas infelices
víctimas son de un seductor tirano.

por creer, como el cordero incautamente, su fingida promesa, y falso alhago!

¿Que tal comadre? ¿Le gusta á V. la fabulita? pues aprovechese de ella en beneficio de Tulitas. En casa no le falta nada de lo preciso. Si no come en banquetes, no tiene hambre: si no viste con lujo, no está desnuda, y si no la tiene V. á su lado, vive segura de que está en una casa de honor.

Conque vea V. lo que hace y no la esponga á ser víctima de un lobo seductor: no sea que despues tenga V. y ella que llorar su ligereza y falta de consejo.

¡Ay! no compadre, decia la vieja: V. piensa muy temerariamente del señor don Gervasio. ¡Sobre que es tan bueno el pobrecito! tan rezador, tan caritativo, y despues de todo, ya es señor grande, y no se ha de meter en esas cosas.

Vaya, comadre, decia el coronel: ó V. es muy cándida, ó quiere parecerlo. Ese señor tan bueno, tan reza-

dor, tan caritativo y tan viejo, es un hombre, y un hombre que quiere beneficiar á V. porque sabe que tiene una hija bonita que le gusta, y no se resuelve á hacer toda la gracia que ha ofrecido sino hasta que la muchacha esté fuera de mi casa. ¡Eh! no sea V. ignorante: él quiere que le venda V. á su hija: satisfacer su apetito á costa de cuatro pesos y despues abandonar á las dos.

Deseche V. sus favores, desprecie sus promesas, deje á su hija en mi casa, confórmese con su suerte, sirva á Dios en su estado y viva segura de que no le faltará que comer por que primero le faltará el sol, que deje de cumplirse su palabra divina. No se espante V. señora, ni arrugue las cejas al oirme asegurar que no le faltará la subsistencia si teme á Dios, porque yo no lo digo, sino el mismo Señor, que no puede engañarse ni engañarnos porque es infalible en sus promesas.

nos seria facil hacer un catálogo de sus nombres.

Conque no sea V. boba: conozca el mundo: conozca á los hombres: no fie de sus promesas: cuidese á sí misma y deje á su hija en mi poder, que esto les importa y nada mas.

Cuando yo esperaba que la buena bieja agradeciéra los saludables consejos del coronel y el interés que tomaba por la felicidad de Tulitas, se levantó de la silla y con un ayre de enfado dijo: V. dice muy bien, compadre; pero yo he venido resuelta á llevar á mi hija; porque lo que no le doy, no se lo debo quitar ni he de echar esta fortuna á puerta agena. A mas de que quien la ha de querer mas que yo que soy su madre, y sabe Dios lo que me ha costado; y con todo eso, muy bien se que va segura; porque el señor don Gervasio Protasio es muy hombre de bien y *muy cristiano*, y muy caritativo, y muy

liberal, y muy honrado, y muy todos y por fin, yo no debo juzgar vidas agenas, ni Tules es chiquita: ya sabe bien donde le aprieta el zapato, y si ella fuere tonta y se dejare engañar, allá se lo haya: su alma en su palma, y Cristo con todos; y así compadre, yo le agradezco á V. mucho, y à mi comadrita los dias que la ha tenido en su casa, y con su licencia me la llevo. Anda, niña, recoje tus trapitos y vamonos.

El coronel se incomodó, como era regular, con la terquedad de la vieja, y así se retiró diciendole que hiciera lo que quisiera. La niña repugnaba el irse por el amor que tenia á los señores, y porque era naturalmente juiciosa; pero instando su madre mas y mas, tuvo que obedecer contra su gusto.

Recogió su ropa, y abrazando á doña Matilde y Pudenciana con la mayor ternura, sin poder articular una

palabra porque el llanto no se lo permitia, se salió de aquella casa que justamente veia como un asilo.

Todos sentimos la ausencia de Tulitas, porque era una muchacha muy amable; pero mas que todos, el coronel que preveia sus futuras desgracias.

A pocos dias recibí orden de mi padre para que borrase colegiatura, y me retirara al pueblo en donde recidia, porque estaba enfermo y le era necesaria mi asistencia. Se hizo así, y dispuso el coronel mi marcha, la que verifiqué con no menos sentimiento que Tulitas.

CAPITULO V.

En el que el coronel discurre sobre lo útil que sería que las mugeres aprendiesen algun arte ú oficio mecánico con que subsistiesen en caso de necesidad.

AL fin de los cinco años de mi ausencia me regresé, á esta capital; y lue-

go que llegué á ella, fuí á buscar á mi buen amigo el coronel.

Se deja entender que á el efecto me dirigí á la casa de don Dionicio Langaruto, quien con su esposa doña Eufrosina me recibió con bastantes muestras de cariño: me hicieron mil preguntas y repreguntas acerca de las tierras de donde habia estado, á las que yo contesté unas veces con verdad y otras sin ella, seguro de que todo cuanto dijera lo habian de creer, solo porque yo decia que lo habia visto; bien que en esto no hice mas que mentir con la autoridad de viajero.

Así que estos señores se cansaron de preguntarme, les pedí razon del caballero coronel y su familia, y me dijeron que ya no vivia con ellos; porque habiendose enfermado doña Matilde, fué preciso al coronel llevarla al parage que llaman la Tlaspana, á que mudase temperamento, y que cuando se

restableció su salud, tomó casa frente de la Alameda por ser mas cómoda que la que ocupaba en su compañía....

Luego que supe esto, les pedí las señas de la casa. me las dieron, y al instante me despedí de aquellos señores, porque ya se me hacian siglos los minutos que tardaba en ver á mi apreciable don Rodrigo.

Cuando entré, estaba doña Matilde tocando en su clave, y el coronel leyendo un libro; pero no bien me vieron, cuando dejaron ambos los objetos de su diversion, y se levantaron apresuradamente para abrazarme.

Yo correspondí sus cariñosas demostraciones con las palabras y señales que en semejantes casos dicta la urbanidad, el amor y la gratitud. Doña Matilde disparó sobre mí una descarga cerrada de preguntas acerca de las particularidades de mi viage y de las tierras que *había* visto, á lo que yo contesté con

mas prudencia que en casa de doña Eufrosina, y procuré, cuanto pude, economizar las mentiras, como que sabia que el coronel no era nada vulgar, y podia sorprenderme cuando yo estuviera mintiendo mas alegre.

Mucho sentimiento manifestaron estos dos señores cuando supieron que habia fallecido mi padre. Ciertamente que me es muy desagradable la noticia, me dijo el coronel, porque tu padre fué mi amigo verdadero, lo traté mucho, analizé su caracter y siempre lo adverti virtuoso sin supersticion, sabio sin vanidad, benéfico oculto, buen padre, buen esposo, buen hijo y hombre de bien á toda prueba. Los que lo conocieron como yo en esta capital, y los que por tantos años lo trataron así dentro como fuera del real colegio de Tepotzotlan, donde fué un médico apreciable, serán perpetuos panegiristas de sus virtudes. Ni dudo que los pobres de aquel pue-

blo llorarán su falta, y acompañarán con lágrimas su entierro. El llanto de los infelices socorridos, siempre riega los túmulos de sus benefactores. Procura pues, no olvidar las mácsimas que te inspiró, de religion y de moral cristiana, y de esta manera honrarás su memoria, pues por el fruto se conoce el arbol.

Acabó su discurso el coronel, que se me quedó bastante impreso en la memoria, y despues de haber ablado de otras cosas, le pregunté por la niña Pudenciana. Está allá adentro, me dijo su mamá, y con visita, ¿quieres verla? Sí deseo verla, le respondí, pero si está con visita cumpliré mi deseo otra ocasion. Vamos ahora, dijo el coronel, pues la visita que tiene es de confianza, y ella misma se alegrará de verte. Diciendo esto, nos levantamos de los asientos y fuimos á ver á Pudenciana.

Entramos á su cuarto y la hallamos muy divertida bordando un pañuelo

lo. Luego que me vió, se [illegible] y me hizo aquel buen [illegible] que se debia esperar de su [illegible] y [illegible] rigida educacion.

Muy diferente fue el [illegible] que recibí de Pomposita [illegible] de visita, pues embelesada en [illegible] se un rizo, se miraba al espejo [illegible] atencion que no la [illegible] hasta que doña Matilde la [illegible] éxtasis diciéndola: mira [illegible] tá aquí ¿Que ya no lo conoces [illegible] le, Entonces Pomposita volvió la [illegible] me reconoció un breve rato, y [illegible] ayre de proteccion solo me dijo: bese *V. la mano.*

Yo no puedo menos que reprehenderme al advertir un estilo tan [illegible] ño y petulante, que se propasaba á [illegible] político, porque sin hablarme otra cosa, dirigió la palabra á su tia, diciendola: estoy he[illegible] veneno contra la maldita costu[illegible] V. que carec[illegible]

lo lloraran su falta, y acompañarán con lágrimas su entierro. El llanto de los infelices socorridos, siempre riega los túmulos de sus benefactores. Procura pues, no olvidar las mácsimas que te inspiré, de religion y de moral cristiana, y de esta manera honrarás su memoria, pues por el fruto se conoce el arbol.

Acabó su discurso el coronel, que se me quedó bastante impreso en la memoria, y despues de haber ablado de otras cosas, le pregunté por la niña Pudenciana. Está allá adentro, me dijo su mamá, y con visita, ¿quieres verla? Sí deseo verla, le respondí, pero si está con visita cumpliré mi deseo otra ocasion. Vamos ahora, dijo el coronel, pues la visita que tiene es de confianza, y ella misma se alegrará de verte. Diciendo esto, nos levantamos de los asientos y fuimos á ver á Pudenciana.

Entramos á su cuarto y la hallamos muy divertida bordando un pañue-

Luego que me vió, se levantó y me hizo aquel buen recebimiento que yo debia esperar de su cariño y bien dirigida educacion.

Muy diferente fué el tratamiento que recibí de Pomposa que estaba allí de visita, pues embelesada en componerse un rizo, se miraba al espejo con tal atencion que no la tuvo para saludarme, hasta que doña Matilde la llamó de su éxtasis diciéndola: mira, niña, quien está aquí: ¿Que ya no lo conoces? Háblale. Entonces Pomposita volvió la cara me reconoció un breve rato, y con un ayre de proteccion solo me dijo: *beso á V. la mano:*

Yo no puedo menos que sorprehenderme al advertir un estilo tan vano y petulante, que se propasaba á impolítico, porque sin hablarme otra cosa, dirigió la palabra á su tia, diciéndole: estoy hecha un veneno contra la maldita costurera. Vea V. que caraco-

les me hizo tan feos: parecen escaleras arruinadas. Unos mas altos, otros mas bajos; estos de aquí mas grandes, y los de este lado mas chicos, y todos ellos sin proporcion, ni simetría; y lo peor es que así he venido por la calle. ¡Voto á mis pecados! que no me lo advirtiera mi mamá! ¡Que habran dicho de mi las gentes! El coronel se sonrió, y la dijo: pues acaba tu obra y vamos á comer que ya es hora. Con esto, nos fuimos todos á la sala, y la dejamos atareada en su importantísimo negocio.

Pudencianita me contó como ya sabia leer, escribir, contar, coser, bordar, dibujar, y estaba aprendiendo á tocar el clave con su madre. Otra cosa sabes que no le has dicho á Joaquin, dijo el coronel. Es verdad: se me habia olvidado, dijo Pudenciana: ya sé componer relojes. ¡Componer relojes! repetí yo con mucha admiracion. Ese oficio ó arte es *propio de* los hombres, y por lo mis-

mo en V. será una rara habilidad. Pasará por tal, dijo el coronel; pero solo entre aquellas personas preocupadas que piensa que en la almohadilla se ensierra todo lo que necesitan ó lo que pueden saber las mugeres. Aunque yo no encuentro una razon sólida para que sean escluidas del conocimiento de las artes y oficios, en que se ejercitan los hombres. De aquellas artes digo, que no requieren fuerzas fisicas, sino solo una constante aplicacion.

Mucho mas estraño esta esclucion, cuando considero que las mugeres son infatigables en el trabajo que pueden soportar, por prolijo que este sea. ¿Quien tendrá la paciencia que ellas para sacar un cambray superfino con mucha cuenta y cuidado, treinta mil hilos, para dar dobles puntadas y lazaditas y hacer unas filigranas primorosas? ¿Quien no se cansará solamente de verlas ensartar guardando *dibujo* y proporcion, millares de

cuentecillas de chaquira para hacer una trenza, una cigarrera ú otra cosa? Lo mismo digo de todos sus artefactos.

Pero si á proporcion del premio hemos de juzgar del mérito de las obras, ninguno tiene las de las mugeres; porque ningunas hay mas mal pagadas. ¿Y esto de que proviene, sino de que la aguja, el dedal, y las tijeras son los únicos instrumentos que manejan todas? esto es: todas las que son mugeres. Para una camisa hay docientas costureras, y para una cosita de primor y curiosidad, hay comunidades y congregaciones de curiosas. (*) Por esta razon, las que trabajan por necesidad, abaten el precio de sus costuras hasta el estremo, para encontrar algo que hacer. Esto consiste en que todas las mugeres,

(*) *Tales son las Viscaynas, Belén, la Enseñanza, y todos los conventos de religiosas y colegios de niñas.*

que quieren serlo, no saben sino una misma cosa. Si todos los hombres fueran pintores, la miniatura mas preciosa valdria dos reales.

De que sea tan mal pagado el trabajo de las mugeres, resulta que aun las mas laboriosas no pueden sostenerse con la aguja; y si alguna lo consigue, es á costa de su salud y siempre á las orillas de la miseria.

La viuda que queda pobre y con hijas grandes y bonitas, como no tenga mas arbitrio que la almohadilla para sostenerlas, bien se puede considerar en el camino del precipicio; á no sér que la detenga una virtud muy sólida, pues por una parte la constante seduccion que las ofrese mejorar de suerte en un momento, y por otra, la necesidad que urge y oprime sin cesár, son unos alicientes que conducen á la prostitucion con tal vehemencia que para resistirlos es necesario el poder de la divina gracia.

palabra porque el llanto no se lo permitia, se salió de aquella casa que justamente veia como un asilo.

Todos sentimos la ausencia de Tulitas, porque era una muchacha muy amable; pero mas que todos, el coronel qué preveia sus futuras desgracias.

A pocos dias recibí orden de mi padre para que borrase colegiatura, y me retirara al pueblo en donde recidia, porque estaba enfermo y le era necesaria mi asistencia. Se hizo así, y dispuso el coronel mi marcha, la que verifiqué con no menos sentimiento que Tulitas.

CAPITULO V.

En el que el coronel discurre sobre lo útil que sería que las mugeres aprendiesen algun arte ú oficio mecánico con que subsistiesen en caso de necesidad.

AL fin de los cinco años de mi ausencia me regresó, á esta capital, y lue-

go que llegué á ella, fuí á buscar á mi buen amigo el coronel.

Se deja entender que á el efecto me dirigí á la casa de don Dionicio Langaruto, quien con su esposa doña Eufrosina me recibió con bastantes muestras de cariño: me hicieron mil preguntas y repreguntas acerca de las tierras de donde habia estado, á las que yo contesté unas veces con verdad y otras sin ella, seguro de que todo cuanto dijera lo habian de creer, solo porque yo decia que lo habia visto; bien que en esto no hice mas que mentir con la autoridad de viajero.

Así que estos señores se cansaron de preguntarme, les pedí razon del caballero coronel y su familia, y me dijeron que ya no vivia con ellos; porque habiendose enfermado doña Matilde, fue preciso al coronel llevarla al parage que llaman la Tlaspana, á que mudase temperamento, y que cuando se

restableció su salud, tomó casa frente de la Alameda por ser mas cómoda que la que ocupaba en su compañía...

Luego que supe esto, les pedí las señas de la casa, me las dieron, y al instante me despedí de aquellos señores, porque ya se me hacian siglos los minutos que tardaba en ver á mi apreciable don Rodrigo.

Cuando entré, estaba doña Matilde tocando en su clave, y el coronel leyendo un libro; pero no bien me vieron, cuando dejaron ambos los objetos de su diversion, y se levantaron apresuradamente para abrazarme.

Yo correspondí sus cariñosas demostraciones con las palabras y señales que en semejantes casos dicta la urbanidad, el amor y la gratitud. Doña Matilde disparó sobre mí una descarga cerrada de preguntas acerca de las particularidades de mi viage y de las tierras que *habia* visto, á lo que yo contesté con

mas prudencia que en casa de doña Eufrosina, y procuré, cuanto pude, economizar las mentiras, como que sabia que el coronel no era nada vulgar, y podia sorprehenderme cuando yo estubiera mintiendo mas alegre.

Mucho sentimiento manifestaron estos dos señores cuando supieron que habia fallecido mi padre. Ciertamente que me es muy desagradable la noticia, me dijo el coronel, porque tu padre fué mi amigo verdadero, lo traté mucho, analizé su caracter y siempre lo adverti virtuoso sin supersticion, sabio sin vanidad, benéfico oculto, buen padre, buen esposo, buen amo y hombre de bien á toda prueba. Los que lo conocieron como yo en esta capital, y los que por tantos años lo trataron así dentro como fuera del real colegio de Tepotzotlan, donde fué un médico apreciable, será perpetuos panegiristas de sus virtudes. Ni dudo que los pobres de aquel pue-

les me hizo tan feos: parecen escaleras arruinadas. Unos mas altos, otros mas bajos; estos de aquí mas grandes, y los de este lado mas chicos, y todos ellos sin proporcion, ni simetría; y lo peor es que así he venido por la calle. ¡Voto á mis pecados! ¡que no me lo advirtiera mi mamá! ¡Qué habrán dicho de mí las gentes! El coronel se sonrió, y la dijo: pues acaba tu obra, y vamos á comer, que ya es hora. Con esto nos fuimos todos á la sala, y la dejamos atareada en su importantísimo negocio.

Pudencianita me contó como ya sabia leer, escribir, contar, coser, bordar, dibujar, y estaba aprendiendo á tocar el clave con su madre. Otra cosa sabes que no le has dicho á Joaquin, dijo el coronel. Es verdad: se me habia olvidado, dijo Pudenciana: ya sé componer relojes. ¡Componer relojes! repetí yo con mucha admiracion. Ese oficio ó arte es *propio* de los hombres, y por lo mis-

mo en V. será una rara habilidad. Pasará por tal, dijo el coronel; pero solo entre aquellas personas preocupadas que piensa que en la almohadilla se ensierra todo lo que necesitan ó lo que pueden saber las mugeres. Aunque yo no encuentro una razon sólida para que sean escluidas del conocimiento de las artes y oficios, en que se ejercitan los hombres. De aquellas artes digo, que no requieren fuerzas fisicas, sino solo una constante aplicacion.

Mucho mas estraño esta esclucion, cuando considero que las mugeres son infatigables en el trabajo que pueden soportar, por prolijo que este sea. ¿Quien tendrá la paciencia que ellas para sacar un cambray superfino con mucha cuenta y cuidado, treinta mil hilos, para dar dobles puntadas y lazaditas y hacer unas filigranas primorosas? ¿Quien no se cansará solamente de verlas ensartar guardando *dibujo* y proporcion, millares de

cuentecillos de chaquira para hacer una trenza, una cigarrera ú otra cosa. Lo mismo digo de todos sus artefactos.

Pero si á proporcion del premio hemos de juzgar del mérito de las obras, ninguno tiene las de las mugeres; porque ningunas hay mas mal pagadas. ¿Y esto de que proviene, sino de que la aguja, el dedal, y las tijeras son los únicos instrumentos que manejan todas? esto es: todas las que son mugeres. Para una camisa hay docientas costureras, y para una cosita de primor y curiosidad, hay comunidades y congregaciones de curiosas. (*) Por esta razon, las que trabajan por necesidad, abaten el precio de sus costuras hasta el estremo, para encontrar algo que hacer. Esto consiste en que todas las mugeres,

(*) *Tales son las Viscaynas, Belén, la Enseñanza, y todos los conventos de religiosas, y colegios de niñas.*

que quieren serlo, no saben sino una misma cosa. Si todos los hombres fueran pintores, la miniatura mas preciosa valdria dos reales.

De que sea tan mal pagado el trabajo de las mugeres, resulta que aun las mas laboriosas no pueden sostenerse con la aguja; y si alguna lo consigue, es á costa de su salud y siempre á las orillas de la miseria.

La viuda que queda pobre y con hijas grandes y bonitas, como no tenga mas arbitrio que la almohadilla para sostenerlas, bien se puede considerar en el camino del precipicio; á no sér que la detenga una virtud muy sólida, pues por una parte la constante seduccion que las ofrese mejorar de suerte en un momento, y por otra, la necesidad que urge y oprime sin cesár, son unos alicientes que conducen á la prostitucion con tal vehemencia que para resistirlos es necesario el poder de la divina gracia.

Para precaber estas fatales consecuencias, seria de decear que todos los padres de familia, especialmente los pobres, enseñasen á sus hijas algun arte ú ejercicio que fuese compatible con la delicadeza de su secso. No encuentro yo enbarazo para que las mugeres pobres segun su inclinacion se dedicasen á ser sastres, músicas, plateras, relojeras, pintoras, y aun impresoras. (*) Cualquier oficio de estos, seguramente les proporcionaria mas ventajas en los tiempos críticos de la necesidad, que no las costuras mas trabajadas.

Mas esto no quiere decir que no se apliquen las mugeres á la aguja, á la cosina y á todos los quehaceres domésticos en su primera edad. Esta fuera una eregia social. Cada miembro del

(*) Cuantas objeciones generales se pueden oponer á este dictamen son *tan* debiles, que se destruyen con un soplo. Quitense del mundo las preocupaciones y serán mas felices *los mortales*.

estado debe estar en aptitud de desempeñar aquellos cargos, á que ordinariamente se destinan los de su clase, y siendo el primer cargo de la muger cuidar de su marido, de sus hijos y su casa, es de su primera obligacion aprender á cumplir con este cargo, el que no llenará nunca la muger, rica ó pobre, que ignore á lo menos comó se sazona un puchero, como se hace una camisa, se asiste á un enfermo, y se conserva el órden económico y aseado en una casa.

Por tanto toda muger, desde su niñez debe instruirse en estos pormenores, solamente por que es muger; anque sea rica, por que no sabe si llegará á pobre; pero las que no tengan facultades; despues de saber lo mas preciso, podrian con mejor fruto aprovechar el tiempo que gastan en aprender á bordar, deshilar. labrar, embarcenar ensartar chaquira, y hacer florecitas de seda ó de papel. Yo hablo,

aqui como en mi casa y como padre de mi hija, cada uno en la suya hará lo que le dicte su prudencia ó su gusto.

A éste tiempo entró Pomposita en el comedor hecha una Filis, con los rizos tan bien puestos como si se los hubiera medido â compás y con la mas esacta geometria.

Nos sentamos á la mesa, y durante la comida, se habló de varias cosas. Entre ellas me contó el coronel como Doña Eufrosina habia dado á luz dos niños, que ecsistiéron poco en el mundo, por que las chichiguas y pilmamas les dieron protamente sus pasaportes para el cielo. Doña Matilde no tuvo mas que á Pudenciana y acaso se esterilizó por alguna imprudencia con que la trataron en su parto sagun el coronel temia.

No dejó de hablár Pomposita; pero con un aire de orgullo y dé satisfaccion, que yo no cesaba de admirar y no tanto por su vanidad cuanto por su estilo ampolludo y pedantezco.

Finalmente, se concluyó la comida, las dos niñas se fueron á divertir con los pájaros y macetas, y nosotros nos fuimos á la sala á pasar la siesta.

Entonces me dijo el coronel como se habia separado de la casa de su cuñada, por escusar un rompimiento á causa de las frecuentes disputas que se ofrecian, por no ser las dos familias de igual modo de pensar. Yo quiero mucho á Pomposa y á sus padres, añadia el coronel; pero no puedo conformarme con sus costumbres. Una de las cosas que me hacian contrapeso para la educacion de mi hija, era el genio de Pomposa y el mal ejemplo que la daba. Ya tú conoces mi caracter y el de Matilde, como que casi te criaste con nosotros, y ya verás que bien me pareceria que quisieran hacer á Pudenciana andariega, ociosa bayladora, vana, presumida y altiva; pues todo esto y algo mas seria al lado de su buena primita; por que las malas costumbres se contraen muy facilmente, y mas cuando

hay ejemplos que las insinuen, y partidarios que las justifiquen ó que pretendan justificarlas.

Yo siempre procuraba irle á la mano á mi cuñada en muchas cosas, pero gastaba en vano mi saliva. Ella es de capricho, y quererla persuadir una verdad que no le acomoda, es lo mismo que querer ablandar una vigornia con la mano.

Reflecsionando seriamente en las fatales consecuencias que podia acarrearnos su tan inmediata compañia, la he separado, pretestando primero la enfermedad de Matilde, y despues la comodidad que me proporciona esta casa; y de este modo hemos salido en paz; aunque yo no he conseguido enteramente el fin que me propuse; pues como por una parte nos amamos, y por otra los vínculos de la sangre estrechan nuestra amistad, lo que se ha logeado es alejar las casas y disminuir las ocasiones; pero no cortar estas del todo, que es *lo que yo* deseara. Todos los domingos vie-

ne Pomposita ó envian por Pudenciana, y no hay paseo ni frasca, á que no nos conviden con instancia; y lo peor es que muchas veces es preciso contemporizar por no ofender las leyes de la amistad ó de la política, por no parecer ridículo y misántropo.

Apoyé como era justo, el discurso del coronel, y por saber que juicio hacia del afectado estilo de su sobrina, le dije: entre las nulidades que V. ha observado en la niña Pomposita, luce su instruccion lo mismo que una perla entre muchas piedras falsas. A lo menos, así me parece, despues que en la mesa la oí esplicarse en algunas materias con términos tecnicos ó propios de lo que se trataba, lo que me hace creer que esta bastante instruida.

Debia estarlo, contestó el coronel; porque tiene bastante capacidad; mas ha llenado su entendimiento de impertinencias y vagatelas, y con esto ha conseguido hacerse una erudita á la violeta, y bachillera

perduradle. Los hombres de juicio la compadecen al tiempo que los tontos la celebran.

Toda la causa de la ignorancia y pedanteria de Pomposa ha sido la indolencia y falta de precaucion de su padre. Al principio no cuidó de que se instruyera, y des pues la permitió leer indistintamente los libros que el habia comprado para adornar su gabinete. Con esto la muchacha ha picado de todos y de cada uno sin el menor discernimiento y se ha llenado de multitud de ideas eterogeneas ó diferentes entre sí. las que saca á la plaza cuando quiere, y como carece del verdadero conocimiento de las materias que trata, al mismo tiempo que de la legítima significacion de los términos con que se ecspresa, las mas veces habla unos desatinos tremendos; y en verdad que es una lástima pue no haya aprovechado sus luces, pues cuando raciocina con juicio se conoce que no es tonta y que ha leido algo.

Y aun eso es una maravilla, dije yo; porque siempre he oido decir que la muger mas habil no pasa de tonta.... V. dispense, señora doña Matildita, que yo no digo lo que siento, sino lo que he oido decir, y esto por que el señor coronel me diga si aciertan ó no los que sé profieren de ese modo.

Seguramente no, dijo don Rodrigo, y tú me has oido decir varias veces que las mugeres pueden saber tanto como los hombres mas instruidos. Esto se prueba por la causa y por el efecto. Por la causa, porque siendo la alma el receptáculo de la sabiduría, y no careciendo las mugeres de alma, se sigue que tienen la misma aptitud que los hombres.

Ahora, que esta disposicion sea en unas mayor ó menor que en otras, que las mas no la cultiven, no prueba que a tengan, ni que no la puedan ocupar en cosas útiles. Ya adviertes que hablo del entendimiento. A los hombres

sucede lo mismo. Entre ellos, unos tienen mas talento que otros, y unos mejor que otros lo emplean.

La educacion bien ó mal dirigida en ellos, y la clase de vida á que nacen sujetos hace que unos tengan entendimientos ilustrados, y otros volgares ó incultos; pero asi como fuera necedad decir que todo payo, que todo cargador ó cochero es tonto por ser cochero, cargador ó campesino; asi lo es persuadirse á que toda muger es tonta solamente por que es muger, pues la que tenga una regular capacidad y aplicacion, podrá aprender lo que la enseñaren y hacerse sabia; como se han hecho innumerables, cuyos ejemplares prueban esta verdad por el efecto.

Un gran catálogo se podia escribir de las mugeres que se han distinguido en el mundo por sus sobresalientes luces. Desde el siglo XIII comenzó á brillar el secso en la carrera de las cien-

cias. La primera muger que se nota, dice Mr. Tomás en su *pintura de las mugeres*, es la hija de un caballero Bolonés, que cultivó el estudio de la lengua latina y de las leyes. A los veinte y tres años habia ya pronunciado en la iglesia mayor de Bolonia una oracion fúnebre en latin; sin que hubiese menester para ser admirada, ni las gracias de su juventud, ni de los demas echizos de su secso. A los veinte y seis recibió el grado de doctor, y leyó públicamente en su casa la instituta de Justiniano. A los treinta logró por su grande reputacion una catedrá en que enseñó el derecho á un prodigioso concurso de todas las naciones. Reunió en sí las gracias de muger y las ideas de hombre, y cuando hablaba, hacia olvidar el mérito de su belleza.

En el siglo XIV se renovó el mismo ejemplar en dicha ciudad, y se repitió otro semejante en el XV.

Catalina de Rivera en el mismo siglo compuso varias poesias.

Aloisia Sigea de Toledo, mas célebre que las tres antecedentes, además de latin y griego, supo el hebréo, el arábigo y siriaco: escribio una carta en estas cinco lenguas al Papa Paulo III, y fué despues llamada á la corte de Portugal; allí compuso muchas obras y murió jóven.

Ustedes se cansarian de oir hablar de semejantes mugeres, si yo tratara de compilar sus nombres. Baste saber que en todos tiempos han sobresalido muchas en las ciencias, y en todos los pueblos cultos, á proporcion que ha reynado en ellos el buen gusto.

En lo antiguo maravillaron á Roma y á Grecia, y en lo moderno Italia, España, Francia, Inglaterra y la Europa toda ha sido teatro en que han lucido los talentos elevados de las mugeres. *Aun hoy* vive en España la señora do-

ña María Rosa Galvez, famosa poetisa como lo acreditan sus obras y especialmente sus tragedias.

Ni se ha quedado nuestra América envidiosa de tales glorias. Muchas señoras americanas han sido pruebas de esta verdad, y si no fuera por no singularizar, yo nombraría algunas que Méjico conoce.

Todo lo que manifiesta que las mugeres sabrán á proporcion de sus talentos y del cultivo que les dieren sin que sea su secso un estorbo para aprender, ni menos un motivo que justifique su ignorancia.

Esto digo porque se observa frecuentemente que muchos padres y madres no solo no se afanan en cultivar los talentos de sus hijas, sino que se creen ecsentos de esta obligacion, y tienen por perdida toda la instruccion que pudieran recibir. La niña lee mal, escribe peor, no conoce un número, ignora los

fundamentos de su religion, comete al hablar mil barbarismos, está llena de supersticiones, y últimamente, es una criatura la mas ignorante de la familia, no importa, *es muger*, no ha de ser sacerdotiza, ni jurista, ni médica &c &c., y así nada se pierde con que no sepa ni hablar.

Así se esplican muchos padres con su método de educacion, creyendo que porque sus hijas son mugeres quedan á cubierto de la nota de ignorantes y ellos de la que les acarrea su indolencia; pero en realidad ellos siempre pasan por unos descuidados entre los sensatos y hacen á sus hijas un agravio; pues abandonar á estas por mugeres, es lo mismo que decir: *mi hija es muger, pues mas que sea una béstia.*

Lo peor es que al tiempo que se descuidan en enseñarles á las mugeres lo útil, se pone el mayor esmero en llenarles la fantasia de necedades, y en

que aprendan lo que jamás debian saber.

Si son bonitas, desde muy tiernas se les hace conocer su mérito con las repetidas alabanzas que se les tributan: si son de genio vivo, se les persuade que tienen gran talento: si son locuaces ó habladorcillas, se les significa que son sábias, y en una palabra si baylan, si cantan, si tocan ó tienen alguna minima habilidad, se la encarecen con los mas lisonjeros encomios. Las pobres mugeres creen que no tienen mas que saber y que son en su clase Salomones.

Con semejante método ¿que hay que estrañar que el comun de las mugeres sea necio, superficial, vano y soberbio? ¿pueden ser mas cuando no se les enseña otra cosa? ¿y culparémos al secso de ignorante y sutil, ó á los padres que lo educan entre las vagatelas é ignorancia?

Las ejemplos de estas mugeres ilus-

res que he citado, prueban hasta la evidencia que el secso es capáz de saber y de pensar lo mismo que los hombres enseñados; mas no por esto digo que se dediquen todas las mugeres á los estudios sérios y abstractos, ni que todas aspiren á merecer regentar una cátedra, ni pronunciar una oracion en una iglesia. Esto sería pretender que saliesen de su esfera. Las mugeres sabias y varoniles, no son comunes; pero se citan para demostrar que el secso no es embarazo para tener ni saber cultivar un buen talento, como se piensa vulgarmente.

Sin embargo, estas mugeres raras (*) son mas para admiradas que para seguidas, y yo estoy muy lejos en persuadir que se hagan las mugeres estudiantes. A la verdad, que no han na-

(*) Raras, en comparacion de todo el *secso;* pero muchas en lo particular, y bas*tantes* á hacer regla para nuestro intento.

cido sino para ser esposas y madres de familia. En sabiendo cumplir con estas obligaciones, seguramente serán mugeres sabias en su clase, y utilísimas á la sociedad; ¿pero acaso es muy poco lo que tienen que aprender las que desean desempeñar estos cargos perfectamente....? A este tiempo entró el ranchero Pascual, y su visita interrumpió el discurso del coronel, que continúa en el capítulo sesto.

CAPITULO VI.

En el que se da razon del motivo de la visita de Pascual: el coronel finaliza su discurso, y se refieren otras cosas.

ENTRO Pascual, como se ha dicho, arrastrando las espuelas, y quitandose su disforme sombrero, saludó á los señores en estos términos: ave María. se-

ñores amos; ¿como les va? ¿como les ide? ¿como está su prenda? No hay novedad, Pascual; dijo el coronel: ¿que ocurrencia te trae á la ciudad?=

¿Que me ha de trer, señor amo, si no un asunto de muy gravisima importancia? y yo espero en que sus mercedes me sacarán del apuro por vida de la niña Pudenciana. El cuento es que Culás mi hijo el grande ha dado en que se quiere poner en gracia de Dios con Marantoña la hija de tio Benino el marido que fué de la Carranza, aquella que tenia arrendado el molino prieto años pasados, cual molino vendió don Celidoño á don Andres el cojo por la malobra que le hizo á su hija Petrona el mayordomo Juan Blas cuando hubo aquellas heridas por el amigo de......

Bueno está, Pascual, decia el coronel: sigue tu cuento y dejate ahora de ensartar cosas que no vienen al caso. *Estás* diciendo que tu hijo se quie-

se casar con esa hija del tio Benigno. Ya esto queda entendido: ¿cual es el empeño que traes? = El empeño es que yo como quera que no soy muy ansina, sino que sé muy bien que tengo mi alma y me he de morir como todos se mueren, y sé la dotrina de cuerito á cuerito, y sé que el catasismo dice: darles estado no contrario á su voluntá, no me quero disponer al gusto del muchacho; y ansina lo dejo que haga lo que quijiere; y una vez que se quere casar, que se case muy denorabuena; yo no se lo empido; á bien que ya es grande, y mi compadre el mestro escuelero dice que no es tonto, sino muy ladino y muy destruido; porque á lo menos el diantre del muchacho sabe mas que no yo; porque sabe ler y echa unos retos en las loas sin turbarse; porque es muy memorista, y lotro dia hizo un diablo en una pastorela que la gente se quedó con la boca abierta, y yo [illegible]

miedo de que no le hicieran daño....=

Como yo te lo voy teniendo á tí, pues segun lo impertinente y cansado que estás, creo que no acabas tu relacion en ocho dias.=Perdone su mercé, señor amo, qué yo no estoy cansado. Quedára yo bien de cansarme de Tacubaya acá que no está mas que un paso. Pero el cuento ès que Cholas se quere poner en gracia de Dios, y yo quero que su mercé y mi ama, scan los padrinos, porque solo ansi será todo bueno.=

Si asi te hubieras esplicado desde el principio, se habrian ahorrado tantos episodios importunos. Está muy bien: seremos tus padrinos con mucho gusto; pero dime ¿cuales son las circunstancias de la novia?—Ella no es fea ni muy bonita, respondió Pascual: es pastlerita: tendrá diez y ocho años y muy trabajadora, y es para cuanto su mercé la busque: Si es para la cocina, ase una

tortillas que parecen un papel de blancas y delgadas, y si sus mercedes comieran de sus manos unos chiles rellenos, un mole de guajolote, una chanfayna y otros guisados como estos, hasta se chapáran los dedos. Si es por lo que hace á cuidar un hombre es un reguilete, por que sabe coser, lavar, y tejer unos atadores y señidores que es un primor; y que le diré á su mercê de cuidar las cosas de la casa, y del campo y los animales? ¡O! paraeso es una lumbre el diautre de la muchacha; porque ella sabe donde dan quince y el sope y volverse con el medio; porque sabe cuando está culeca la gallina, cuando se ha da echar, cual ès el cochino sebon, cual el de media seba, que vaca está jorra y cual no, y hasta para sembrar conoce el tiempo, y si su mercê la viera coger la garrocha y layar y sacar veinte sulcos derechos, era mano de que la rebentara. En fin,

por lo que toca á trabajadora, es la muchacha de lo que hay poco, y yo le digo á Culás que no la topará más mejor aunque la busque con un cirio pascual. A fé que no son ansina las señoritas de la ciudá, que no saben hacer nada ni ayudar á sus maridos, sino que todo queren que se los pongan en las manos; y bueno juera que se contentaran con no saber buscar la torta; lo mas pior es que saben tirar cuanto busca y alquiere el pobre hombre. Por una parte, para todo han de menester mozas. Para guisar una olla y un principio, queren cosinera; para remendar sus trapos, queren costurera: para lavar su ropa, queren lavandera: para hacer la cama y barrer la casa, queren recamarera: para hacer los mandados, mandadero: para dar el gasto, ama de llaves: para cerrar la puerta de su casa, portero, y para cada cosa un criado; de manera que yo, me espanto de verse-

mo su mercé y mi ama doña Matildita viven con una ó dos mozas cuando mas, y no luego esas señoras que yo no sé de que les sirven á sus maridos, pues hasta para criar á sus hijos necesitan alquilar chichis como si ellas no tuvieran las suyas. Ya se acuerda su mercé del cuento de los perritos. Ya se vé que si no saben hacer nada, saben deshacer los caudales con esos puntos, telarañas, modas, coliseos, tertulias, toros, bayles, paseos y todas esas cosas en que gastan el dinero de sus maridos y el ageno. ¡Ah fucha en semejantes mugeres! ¡que gusto que mi hijo Culás se va á casar con una probe ranchera, y no con una señorita de ciudá. Ya se vé que yó ¿cuando lo hubiera consentido; aunque me hubieran pesado á puro oro al muchacho y me lo hubieran ido á pedir padres descalzos? ¡Gracias á Dios que mi Culás no fué de ciudá!

Y gracias mil á la eterna Mages-

tad, dijo el coronel, porque has acabado tu narracion imprudente aunque sencilla. Para alabar las virtudes de tu nuera no es preciso murmurar las costumbres de las ciudadanas. Es cierto que hay algunas de estas lo mismo que las has pintado; pero no lo son cuantas te parecen. En todo cabe la reflecciòn juiciosa, y no debemos aventurarnos á confundir los culpados con los que tienen solo las apariencias, lo que sucede á cuantos como tú, no saben hacer las justas distinciones.

Es una verdad incontestable que hay algunas mugeres de mediana, y aun de escasa fortuna, que olvidandose de su condicion, aspiran á competir en lujo con las señoras de la mas elevada gerarquía, y para realizar sus desordenados deseos no escusan á sus pobres maridos mil disgustos y continuos empeños, con los que arruinan sus casas, pierden el crédito, se hacen el objeto de

la murmuracion de los conocidos, y dejan por último, á sus infelices hijos por patrimonio, la holgazaneria y la miseria. Este es el fruto ordinario de la inmoderacion y desperdicio.

Pero cuando confesamos que estas mugeres obran con desarreglo y sin cordura, no hemos de asegurar lo mismo de aquellas señoras que por razon de su estado sostienen una decencia sobresaliente al comun de las demás, y mucho menos si tienen suficientes proporciones para sostenerla. Cada individuo de la sociedad debe portarse como los demás de su clase, cuando puede hacerlo buenamente. Este es el órden, el que se invierte ó por un ecceso de disipacion, ó por un abandono ó mezquindad miserable.

Un mismo mueble puede ser necesario, indiferente y gravoso, segun fuere la persona que lo tenga. El coche, *por ejemplo*, será necesario á una se-

ñora de título, muger de un togado &c.; será indiferente para una señora particular, y será gravoso para una que no tenga lo preciso para mantenerlo. Si todos nos contuvieramos en nuestra esfera, tendriamos menos necesidades y aflicciones.

Ya se ve que nó por que digo que las señoras principales hacen bien en manejarse según su clase, se ha de entender que harán mal cuando por modestia ó otro motivo de virtud, cercenen algo de su lujo correspondiente. Algunas ha habido en esta fatal época que con la mayor prudencia han sabido disminuir el gasto de sus casas y despedir cuantos criados han considerado escusables, sustituyendo ellas y sus hijas sus lugares.

Otras hay que manifiestan en cuanto pueden la indiferencia conque ven el relumbron del mundo y se manejan con una sencillez admirable.

¿Pero que diremos de aquellas señoras ricas, que han tenido el heroismo necesario para cercenar el lujo en obsequio de los pobres? Raras han sido estas á la verdad, pero no falta una que otra en nuestro siglo corrompido. Ninguna alabanza es igual á su merito en mi concepto; pero viven seguras de que su caridad queda bien escrita en el libro de las eternas recompensas.

Como Pascual se quedaba en ayunas de las tres partes de lo que el coronel nos decia, no pudo sufrir mas; y asi á este tiempo, que le pareció oportuno le dijo: pos señor amo, ya me voy. A bien que ya voy contando con el favor de sus mercedes para el apadrinamiento de Culás, y agora solo quero que su mercé me preste veinte y cinco pesos que me pueden faltar para el completo de los derechos del señor cura y otras cosas.

El coronel le dió el dinero, y le

previno que volviese á avisar la víspera de la boda. Con esto se fué Pascual muy contento, dejandonos harto que reir con sus simplezas.

Apenas habia salido el ranchero, cuando entraron las niñas Pomposita y Pudenciana, y se sentaron con nosotros.

A mi no se me habia olvidado que el coronel cortó el discurso á la entrada de Pascual, y como deseaba oirlo hablar, le supliqué acabase de decir que cosas debian saber las niñas que se criaban para ser algun dia madres de familia.

Don Rodrigo condescendió con mi gusto y nos dijo: no es poco lo que tiene que aprender una niña que probablemente se haya de sujetar al matrimonio, por que tiene que instruirse en muchas cosas que deberá despues enseñar.

Es indispensable (dice un autor respetable (*)) que una niña de estas apren-

(*) *El ilustrisimo señor don Francisco de*

da á leer y y escribir correctameute. Es una vergüenza, pero cosa muy comun, el ver que mugeres dotadas de entendimiento y de civilidad, no saben pronunciar lo que leen; ellas ó se paran en donde no deben, ó leen cantando, cuando debieran pronunciar simple y naturalmente, con firmeza y arreglo á la puntuacion. En órden á escribir cometen frecuentemente muchos errores notables, ó en el modo de formar los caracteres, ó en el modo de juntarlos. Enséñeseles. pues, á las niñas, cuando menos, á hacer las lineas derechas y á formar los caractéres limpios y legibles.''

,,Tambien es necesario que las niñas sepan la gramatica de su lengua. No es esto decir que la aprendan por reglas, como los gramaticos aprenden la lengua latina; sino que se les acostumbre sin ayre de leccion, á no tomar un tiempo por

Salignac de la Motte Fenelon arzobispo de Cambray, en su librito titulado: *Educacion de las hijas*.

otro, á servirse de tèrminos propios, y puros, á ecsplicar sus pensamientos con órden, con limpieza y de un modo corto y presiso: por este medio se les pondrá en estado de que puedan enseñar algun dia á sus hijas á hablar bien sin ningun estudio Se sabe que en la antigua Roma la madre del Grauco contribuyó mucho con su educacion á formar la grande elocuencia de sus hijos."

"La ciencia de la aritmética y su uso es indispensable á las niñas. No ignoro que esta ciencia es espinosa para muchas gentes; pero el habito tomado desde la infancia de hacer varias especies de cuentas con el socorro de las reglas, facilitará la ecsactitud, y dulcificará la amargura. Todos saben que el buen uso de esta ciencia es tan necesaria para el gobierno de las casas, que apenas se hallará familia de algunos intereses que este bien gobernada sin ella."

"No será fuera de proposito que

tengan aquellas noticias de la jurisprudencia que pueden necesitar en el discurso de su vida. Por ejemplo: que sepan la diferencia que hay entre un *testamento* y una *donacion*: que cosa sea *contrato*, *substitucion*, *division de herencia*, las principales reglas del derecho y costumbres de su pais, que son necesarios para hacer dichos actos validos. Deberian asi mismo saber que cosa sea *propio*, *comunidad*, *bienes muebles*, é *inmuebles*, y en fin, algunas otras cosas que se juzguen necesarias para el buen gobierno de una madre de familia. No solo cuando lleguen á casarse, sino cuando en un convento se vean encargadas del gobierno económico, experimentarán la necesidad de estos conocimientos para manejarse, y para no ser engañadas.

„Si ha de ser casada, denseles reglas para la economia doméstica, para criar bien los hijos, para conducirse con la familia, y finalmente, enseñesele el modo

de gobernar bien todas aquellas cosas, que segun las apariencias ha de manejar"

Todo esto y mas, quiere el señor Fenelon que sepan las hijas que han de ser madres, y aunque todo es útil y necesario, ya nos contentariamos con menos. Mucho sabrá en nuestros tiempos una señora que sepa ser muger, cuidar lo que el marido adquiera, asistir en su casa, y no desentenderse de la educacion de sus hijos, sin prescindir de estas forzosas tareas, fiada tal vez, en que tiene dinero, pues este suele faltar, y entonces los hombres echan de ver al instante todos los defectos de las mugeres.

Las riquezas mientras duran suplen la inhabilidad de las mugeres; pero luego que faltan, se hace mas intolerable su ignorancia. Por esta razon se puede decir que en cierto modo el dinero es perjudicial á aquellas personas que naciendo con el, no tubieron la fortuna de lograr unos *padres activos* y prudentes, que dirigie-

ren bien su educacion. Esto es comun en hombres y mugeres. El pobre instruido y laborioso padece sus cuitas; pero jamás pisa los umbrales de la miseria; antes mil veces se labra su fortuna con su industria; pero el rico inutil, vano y perezoso, luego que lo desamparan los doblones, caé de plomo en la mendicidad mas vergonzosa.

No es esta plaga poco comun. ¿Cuantos ricos hay que no saben, no digo adquirir un peso, pero ni conservar los que heredaron, y que si los gobiernos no los pusieran en clase de pupilos bajo la tutela de las leyes, disiparian en dos dias los mas pingües capitales. Ricos he conocido, que no saben leer una carta, y cuyas firmas apenas las entenderá el boticario mas habil, y ricas que no saben echar un punto en una media ni un dobladillo en un pañuelo. ¿Pero, que se puede esperar de unas personas criadas entre la adulacion, la holgazaneria y la ignorancia? Fel...

son sin duda aquellos niños, cuyos buenos padres aprovechan su dinero gastandolo en hacerlos útiles á sí y á sus semejantes! Estos hijos no sentirán el peso de la miseria en el mas ingrato revés de la fortuna.

Cuando decia esto el coronel, paró un coche en la puerta de la casa, se asomó Pomposita al balcon, y entró luego luego diciendo: mi mamá, mi mamá, y viene con la señora Jacobita y con Labin. ¿Que Labin es ese? preguntó el coronel, y la niña respodió: don Enrrique Labin, tio, el mayor de Ungria. = ¡O! bien. Yo pensé que era algun criado de tu casa. El caballero Labin es un hombre muy circunspecto, y por su edad podia ser tu padre.

En esto entraron las visitas y pasados los primeros cumplimientos, dijo Eufrosina: hermano, no perdamos tiempo: Jacobita tiene un bayle esta noche con motivo del casamiento de su hermana Teodora. Le he merecido que ella misma haya ido en persona á convidarnos; pero quiero

que V. le haga la gracia de asistir á su diversion con Matildita y Pudenciana. Yo le he dado mi palabra de que V. no la desayrará; con que asi: vistete, hermana, y que se vista mi sobrina.

El coronel accedió, dando gracias á su cuñada y á la señora Jacobita por su espresion, y entrandose las señoras á la recamara á vestirse de gala, nos quedamos los hombres en conversacion.

El señor Labin era antiguo amigo del coronel, y tenia buen talento, bastante madurez y mucha gracia: con esto facil es inferir que confrontaba con don Rodrigo y que se trataban con una amistosa familiaridad.

El primero que habló fué el señor Labin, quien dijo al coronel: ¿qué le parece á V. compañero? ¿no se admira de verme de cortejante de una moza tan gallarda como su cuñada? Vaya, que V. no me juzgaba tan adelantado. Ya

verdad que no, respondió el coronel: cada dia hay nuevas cosas que observar, pero ya se vé que todos los maridos quisieran que los que cortejan á sus mugeres, fueran tan honrados como el señor Labin, con quien mi cuñada está demasiado segura de toda seduccion. Yo apostarè á que estaba V. de visita en su casa cuando fué la señora Jacobita á convidarla para el bayle, y ella le suplicó á V. que las acompañara á casa. Asi fué, dijo el oficial: las dos me instaron á que viniera, y me han comprometido á asistir á las bodas, de las que juzgo serán tan tristes sus fines como son alegres sus principios. ¿Y por qué?=Porque la novia tendrá diez y siete años, y el novio no pasa de diez y ocho. Ya V. verá compañero, que resultados podrá esperar una muchacha que se casa con un hombre, muchacho. En esta edad agita la sangre en los dos todo el fomes de la las-

trivia, se entregan á sus placeres á rienda suelta, debilitan su salud y se anticipan la vejez. La muger ó por su constitucion mas debil ó por los efectos de la concepcion, parto y lactancia, lleva siempre la peor parte: se enferma mas, se avejenta mas pronto, y cuando el marido tiene treinta años, se halla con que tiene por muger una vieja achacosa. Entonces abren los ojos, y se arrepienten de verse atado á una estantigua que tal le parece su muger. A este arrepentimiento se sigue la aversion del objeto que la causa, y á esta un odio que suele durar hasta la muerte. Tales son los efectos de los casamientos muy tempranos, especialmente por parte de los hombres. Yo, la verdad, siempre los reprobaré. Y con razon, dijo el coronel; porque los efectos que V. ha dicho, son consiguientes á las causas. Los antiguos debieron de observar los mismos funestos resultados que se notan en el dia

en semejantes matrimonios. Aristoteles es de sentir que el hombre debe tener doble edad que la muger con quien se case: de modo que el hombre de treinta años y la muger de quince harán un enlace proporcionado en razon de la edad, pues cuando él sea de cincuenta, ella será de treinta y cinco, y todavia no le parecerá vieja. Bien que aquellos que no son llamados para el celibato, y cuya contingencia corra peligro en tal estado, deven casarse muy jóvenes, conforme el consejo del Apostol.

A este tiempo salieron las señoras y las niñas muy compuestas, y habiendo dejado doña Matilde prevenido todo lo necesario y encargada su casa al cuidado de una señora vieja que la acompañaba, se fueron por la de doña Jacobita donde los esperaban los novios con una porcion de convidados.

Era muy cerca de anochecer cuando *llegaron*, ó llegamos, que yo tambien go-

gé de esa funcion. La sala estaba completamente iluminada, y surtida de señores, y señoritas jóvenes, sin faltar algunos viejos y viejas, de aquellos que no se cansan de divertirse en toda la vida, ó que van á estas frascas solo por comer de valde. Los ojos se les hiban acia las mesas del refresco que se dejaban ver en uno de los cuartos inmediatos; pero aun no era llegada la hora del combate, y asi se contentaban los mas golosos con lamerse los vigotes como el gato cuando ve el jamon que no puede atrapar entre sus uñas.

Mas dejando á un lado á estos hambrientos, se hace preciso decir como todos los de la casa de doña Jacobita y los deudos del novio cumplimentaron á porfia á las señoras doña Matilde, doña Eufrosina y sus niñas. Estas en la edad de trece años tenian unos cuerpos muy gallardos, y á mas de esto estaban bien adornadas, con lo que se llevaron luego luego

las atenciones de todos los petimetres de la sala, quienes se apresuraban á obsequiarlas, especialmente á Pomposita; ya por que sus padres no se espantaban de sus obsequios, y ya porque ella era mas bonita y mas familiar que Pudenciana.

A pocos minutos entró el ministro de la religion, y como si aquel acto fuera nupcial paso, trataron los padrinos de darle prisa. Efectivamente, se procedió á las solemnes ceremonias, y se enlazó ante Dios y los hombres aquel nudo, que hace las delicias de la vida cuando lo aprietan las voluntades de los contrayentes.

Concluido lo principal de la funcion, y pasados los abrazos y parabienes que en tales ocasiones se prodigan, entramos con los novios, padrinos, convidados y entremetidos, á la sala del refresco.

Alli competia la profusion con la cu-

riosidad. Habia dos mesas: una surtida de todo genero de dulces y helados, y otra de masas de viscocho, buen queso, jamones en vino, aceytunas y cuanto podia provocar el apetito de los esquisitos licores que abundaban. Mil arcos de flores y ramos de carturinas hacian la mas agradable perspectiva.

Colocados los circunstantes en forma de batallá, se dió por los padres y padrinos de los desposados la señal de ataque, y al instante acometieron á los dulces y demás golosinas con la mayor intrepidéz, de modo que en pocos minutos fueron todas derrotadas y desaparecidas por la glotoneria mas decidida.

Yo me diverti aquel rato, observando los genios y educaciones de todos, y decia para mi sayo: no hay duda sino que en una concurrencia de estas cada uno manifiesta sin querer sus principios; porque vi que los hombres que los habian tenido finos, solo se ocupaban en

servir á las señoras con el mayor comedimiento, cuando á otros todo se les iba en aprovecharse de lo mejor, despedazar sin orden, y embaular desaforadamente. Muchos haciendose corrientes, no solo comian ó devoraban cuanto podian, sino que llenavan las bolsas y pañuelos de lo mas esquisito, sin perdonar las botellitas de licores. Yo crei que alguno se habria guardado una fuente de plata si se la hubiera podido açomodar en el bolson de la levita. En fin, el refresco se concluyó sin quedar ni migajas para los sirvientes.

Ya con los estomagos habilitados, pasaron á la sala y se comenzó el bayle que acompañaba una completa orquesta. Alos principios se baylaron unas boleras, cuadrillas, y abalsado, pero los mocitos, cansados de ver estas piezas, comenzaron á baylar wals y contradanzas. Entonces todo se volvió bulla y alegria en los dos secsos.

En breve pasaron revista y manoseo con todas las jóvenes de la sala. Pomposita se llevó las atenciones y los primeros aplausos, no sé si por su cara, por su habilidad ó por su desenfado en el baylar; aunque seria por todo seguramente. Tuvo la gloria de cansar en el wals á cuatro señoritos y á los músicos; que ya daban al diablo la perseverancia de la infatigable bayladora.

Pudenciana no dejó de hacer su deber ni ocupó el asiento en valde, porque con permiso de sus padres bayló dos versos de boleras diestramente. Querian los curiosos provarla en el wals; pero ella bien enseñada por su padre, se escusó con que no sabia, y todos se quedaron deseando verla baylar este son favorito del dia; sin embargo del esfuerzo que hacia por su parte su tia doña Eufresina y el cándido de don Dionisio, quienes no dejaron de incomodarse con su tenáz resistencia.

Se continuó baylando, y como á las once de la noche, fatigados de valsar y contradanzar, comenzaron á baylar sonecitos del pais; pero luego que baylaron uno que llaman *el dormido*, se levantó el coronel y se despidió con su familia, pretestando enfermedad y muchas ocupaciones al dia siguiente.

Bastante hicieron por detenerlo; mas todo fué en vano; él se retiró; y á otro dia fué Eufrosina y su marido á verlo con achaque de saber si habian tenido novedad; pero la verdadera causa que los llevó fué la que se dirá en el capítulo siete.

CAPITULO VII.

En el que se descubre la causa de la visita de Eufrosina, que fué un sentimiento que tenia de su cuñado y la satisfaccion que este le dió.

Almorzando estabamos cuando doña Eufrosina entró con su marido, muy cuidadosa,

al parecer, por la salud del coronel; pero á poco rato, no pudo disimular el motivo verdadero de su visita; y así le dijo: muy bien conocí, hermano, que V. anoche no tenia otra enfermedad que su maldito genio hipocondriáco y escrupuloso. ¡Caramba, que es V. fatal! me hizo V. desesperar y me desayró como acostumbra, no consintiendo que baylara Pudenciana un valsecito, y esto, solo por que era empeño mio y se habian interesado al efecto aquellos caballeritos. Si, por eso fué, por eso; por que decir que no sabe baylar wals Pudenciana, es negar la luz del dia; y á mas de eso, que semejante muela se les podia encajar á los demás; pero no á mi que estoy cansada de verla baylar con Pomposita; pero ya se vé que V. lo hará por que se crie su hija recatada; aunque en esto de buena crianza nada le va á deber á la mia; por que yo y su padre tambien sabemos lo que se hace, y al fin es una

groseria que una muger no sepa baylar cuanto se usa, ni que por ser zonsa desayre á los que en una concurrencia la conviden. Yo por mi, hermano, ya me guardaré de suplicarle á V. nada en una publicidad, pues ya tengo mucha cesperiencia de que siempre se empeña en que quede mal.

No es para tanto, hermana, dijo el coronel: V. no debe sentirse porque no baylara wals Pudenciana. En verdad que se lo tengo prohibido, y me parece que con razon. Soy su padre y tengo cuanta autoridad necesito para impedirle todo aquello que me parezca mal.

No por eso pretendo que la educacion que yo le doy á mi hija sea nórma por la que se sigan los demas. Cada uno es dueño de su casa, y padre de sus hijos, y obrará como le pareciere. El mundo se compone de opiniones.

Vaya, vaya: ezo es tirar la piedra *y esconder* la mano decia doña Eufrosi-

ná á V. no le acomodan los bayles, por que ya es viejo.... si, por eso, y no quisiera que ninguno baylara: pues ya he oido decír que los bayles son buenos, y en todo el mundo se bayla, y yo y Pomposa hemos de baylar sobre el diablo. Quedabamos bien con meternos á recoletas tan temprano. Mi hija está en la flor de su edad; y cuándo yo no pueda baylar por vieja, no he de embarazar que bayle la muchacha; que eso fuera ser como el perro del hortelano. A mas de que hasta en los conventos de frayles y monjas baylan de cuando en cuando, vea V. porque no hemos de baylar nosotras que estamos en el mundo y todavia se nos menea un pie!

Dice V. muy bien, hermana, prosiguió el coronel: pero no ha dicho sino lo que yo; esto es: que todos piensan con su cabezá y cada uno hará en su casa lo que le pareciere.

No por esto crea V. que aborrezco

toda clase de bayles por mi humor tétrico ni por mi edad madura: mas viejo que yo era Sócrates cuando comenzó á tomar las primeras lecciones de bayle, y no perdió nada de su filosofia por esta aficion.

No ignoro que el origen del bayle casi se pierde en su misma antiguedad, y esta diversion ha sido universal en todo el mundo: aun entre las naciones bárbaras. Ella ha tenido parte en los cultos religiosos, en los enlaces de bodas, y en las particulares festividades de la paz y hasta entre los horrores mismos de la guerra.

Por tanto, pretender desterrar una diversion tan generalmente recibida seria un absurdo antisocial; porque el bayle en sí es indiferente, y solo malo, ó bueno, segun el uso que de él se haga, y conforme el espíritu con que se bayle. Santo fué el bayle de David delante de la Arca, y maldito el de los Israelitas al rededor del becerro; pero ¡cuan diverso fué el espíritu de estos bayladores

Baylar por alegria, baylar conservando las leyes del honor y la modestia, es buen baylar; no hay quien lo condene. Los reyes, los hombres mas juiciosos y timoratos han autorizado esta diversion no solo asistiendo, sino dando ellos mismos unos bayles suntuosisimos. Tales fueron los que dió Catalina de Médicis á los reyes de España, el memorable que dieron los padres del concilio de Trento en esta ciudad á Felipe II. año de 1562, y el muy distinguido que dió Luis. XII en la de Milan, rompiendo el mismo Monarca, y dansando en él los cardenales de san Severino, y de Narbona [illegible]

[illegible] estos bayles y todos los que sean regulados son loables, y pueden frecuentarse sin riesgo; pero [illegible] asi seguramente. Yo asistiré y llevaré á mi hija á los que me parezcan tales, acordándome que el sabio Blanchard dice, que en cuanto á saber baylar es un ornamento que es bueno procurarse, porque ser[illegible]

var el rigorismo muy lejos, impedir absolutamente el bayle á las personas de mundo, y no se puede condenar sino el abuso de él." Pero en virtud del parecer de este autor y por las obligaciones que me impone la religion sé que no debo llevarla á ciertos bayles que comienzan con ceremonia y etiqueta, y acaban en manoséo y retozo. Esto haré yo, pero no me opondré á que V. y los demás hagan lo que quisieren.

Calló el coronel, y doña Eufrosina, no pudiendo sufrir mas esta reprehension, varió de plática, y á poco rato se despidió con su marido.

A pocos dias encontré á Pulinas la ahijada del coronel; pero en un estado tan infeliz que no la conocia, porque estaba muy sucia, trapienta, descolorida, flaca, y enmarañada. La pobre me habló, y en un instante me contó sus desgracias, y como habia estado en la carcel y acababa de salir del hospital; y estaba arrimada en casa de una vieja que habia sido amiga de su ma-

dre. Yo me compadecí de ella, la socorrí con lo que pude y me despedí.

Le conté este pasage al coronel delante de doña Matilde y de su niña, y me dijo: no te admires. Tal es, casi siempre, el paradero de las jóvenes bonitas que no se saben apreciar, ni conservar su honor con constancia. El mundo las seduce, las alhaga y las lisonjea algun tiempo; pero al fin las abandona con infamia en los brazos de la miseria y de una vejez harto infeliz.

Despues que pasan alegremente un poco de tiempo pisando flores por el camino de la prostitucion; despues que marchitan su juventud con los placeres, bayles, fiestas y lujos, cuando menos lo piensan se hallan despreciadas de sus adoradores, hechas el juguete de todos, y encuentran en el hospital ó la carcel los mejores lugares en que llorar el fruto de su mal apreciada libertad. Gertrudis me compadece; pero tiene mil compañeras dig-

nas de la misma compasion. Yo no sé que esta muchacha no se hubiera perdido si no hubiera sido por su madre. —¿La preguntaste por ella?

—Si le pregunté: me dijo que habia muerto, y añadió muchos [illegible] de su conducta. Dios la haya perdonado, me dijo; ojalá no le hubiera conocido en [illegible]. [illegible] hizo [illegible], el mundo [illegible] tambien [illegible] infeliz [illegible] él. ¿Qué gané [illegible] sino haber perdido mi crédito, ni haber pasado lo que ella [illegible] sabe? Muy bien [illegible] yo [illegible] de mi [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] casada [illegible] mi madre. Dios se lo perdone, por la maldita codicia [illegible] dió al [illegible] don [illegible] de [illegible] originó toda mi ruina [illegible] que no [illegible] reparar en la vida. Diciendo esto [illegible] menzó a llorar [illegible]; [illegible]

ternillo bastante, le di alguna cosilla y me despedi como ya dije.

Repito, continuó el coronel, que es digna de mucha lástima Gertrudis. La frase con que ella culpa á su madre es bien adecuada. Por la codicia venden muchas á sus hijas y las hacen desgraciadas toda su vida: con razon estas les hacen despues semejantes honras. Si las muchachas que se abandonan por su gusto, se hacen acreedoras al desprecio universal, ¿de qué execraciones no serán dignas las madres impías que trafican vilmente con sus hijas?

En esto estabamos cuando entró el ranchero Pascual muy contento á avisar al coronel como para el inmediato domingo estaba prevenida la boda de Culás. Don Rodrigo recibió la noticia con agrado, y le dijo que el sábado estuviese en Méjico con ocho caballos buenos, porque queria ir la familia de su cuñado. Pascual ofreció hacerlo así, y dejando

muchas memorias á su ama, se fué para su rancho.

Me gusta este Pascual, decia el coronel, por hombre de bien y cariñoso. Sin embargo de que la malicia ha estendido su imperio por todas partes, se encuentran entre estos pobres rústicos algunas almas tan sencillas y algunos corazones tan limpios, que es preciso amarlos luego que se tratan. Por lo comun no conocen el disimulo, la mentira, ni la vanidad, y esto los hace recomendables para toda gente sensata. Ellos es verdad que ignoran la finura, cumplimientos y faramallas de las ciudades, pero en cambio poseen muchas virtudes morales y cristianas con las que pasan, en su estado, una vida feliz, y al fin aseguran la eterna. Por esto dice san Agustin que los indoctos arrebatan el cielo. Es una lástima que se eduquen tan groseramente, y que se instruyan tan poco en su religion.

Si muchos de estos tuvieran mejores conocimientos de Dios, de sus atributos y perfecciones, de la naturaleza en comun y de la suya propia, serian menos idiotas, mejores padres y maridos, y darian á sus virtudes mas brillo y elevacion, conservando las que poseen y adquiriendo las que no conocen.

¿Pero en que está, dije yo, que á pesar de la natural buena inclinacion de estas pobres gentes, las vemos algunas veces cometer unos delitos enormisimos, y los advertimos incurrir en unas boberias casi increibles, especialmente los indios, en los que se notan unos defectos tan comunes y generales que no parece sino que pasan por herencia de padres á hijos; porque los indios son mesquinos, rudos, embusteros, supersticiosos, desconfiados, y muchos borrachos y ladrones. ¿En que estará esto, quisiera yo saber? porque no comprehendo por qué en cada clase de gentes sobre-

sale cierta clase de vicios, que parece que le son privativos. En los ciudadanos veo resaltar la intriga, la falsedad, la adulacion, la vanidad, la sobervía y el orgullo, si son ricos; (*) si son pobres, los veo holgazanes, descuidados, atrevidos, sin vergüenza, necios y abandonados á los vicios mas torpes. En los payos ó gente rústica veo que sobresale la barbarie, el despilfarro, la grosería, y la supersticion. En los indios lo que ya tengo dicho y asi, discurriendo por las demás clases del estado.

Hijo mio, tu duda es curiosa è interesante, dijo el coronel; yo no sé si te la podré satisfacer. El clima, las costumbres, las leyes y la religion del pais donde se nace influyen poderosamen-

(*) Todo esto se entiende con la respectiva restriccion, pues no se puede hablar generalmente. Muchos ricos habrán con estos vicios y mas, y muchos pobres con otros, y alguno sin vicio notable &c. En todo cabe la escepcion.

te para formar el caracter de los hombres. Entiendo por caracter aquel apego y entusiasmo con que cada nacion conserva los modales que le enseñaron sus mayores, ó que ha ido adquiriendo en el discurso de los tiempos. La primera educacion que recibimos tambien influye mucho para formarnos el espíritu y para diferenciar nuestro caracter de aquellos que no la recibiéron igual.

Concebida la verdad de éstos principios, naturalmente se viene en conocimiento del motivo porque son tan varios los caractéres de los hombres, no solo considerados de nacion á nacion, sino tambien de provincia á provincia dentro de un mismo reyno.

En esta inteligencia, no es estraño que los payos, los pobres y los indios tengan un caracter diferente ó unas diferentes inclinaciones respecto de los ciudadanos, ricos ó instruidos. La educacion y los principios de estos son di-

versos de los de aquellos: por consiguiente, debe ser diverso el caracter de unos y de otros. Esto nada tiene de raro.

Busquemos en la educacion el origen de los vicios y de las virtudes de los hombres y no nos será dificil encontrarlo. Mientras la educacion sea burda y abandonada, los hombres serán groseros y se inclinarán á los vicios mas torpes. En el estado natural, cuando el hombre abandonado á sus pasiones, sin religion, sin leyes ni gobierno, sin seguridad y sin cultura, vageaba por los montes ó ya oprimiendo al desvalido, ó huyendo de el mas fuerte, ¿que eran si no unos barbaros, que tan pronto se engreian con el mas criminal despotismo, como se encorbaban bajo la esclavitud mas vil? De cualquier modo deshonraban la humanidad, ya tiranizando á los infelices, y ya sirviendo de infames instrumentos para que los poderosos satisfacieran sus caprichos.

En medio de estos casos progresivamente apareció la religion, se reunieron en sociedades, se juraron las leyes, se establecieron los gobiernos, y mira aqui al hombre convertido de asesino en filantropo, de ladron en custodio de los intereses de sus semejantes, de holgazan en laborioso y ultimamente, de salvage temible en ciudadano provechoso.

Tal ha sido la suerte de los pueblos, y tal es y será la de todos los individuos de la especie humana. Segun la idéa que se formaren de la religion y del gobierno, segun la sociedad en que se crien, la educacion que reciban y las costumbres que vean practicar, asi saldrán ellos como he dicho.

El pobre ranchero, el infeliz indio, el plebeyo abandonado, que ignora la religion que dice que profesa, que no conoce la justicia de las leyes, ni advierte la gravedad de los delitos que

comete; y á mas de esto, se ha criado en medio de una familia soéz, educado con los pesimos ejemplos de unos padres viciosos é ignorantes ¿qué podrá ser sino un inculto barbaján, y acaso un vicioso perdurable? Sin advertir la mutua conveniencia que nos resulta de sujetarnos á las leyes civiles, sin saber cuanto nos obligan las eternas, sin probar jamás los dulces frutos de las ciencias, y sin noticia de lo que es probidad, honor, y vergüenza: que puede ser, repito, un hombre de estos, sino un necio, un mal padre, un peor marido, y un pesimo individuo de la especie humana?

Tú me preguntarás que á quien le toca poner el remedio sobre estas cosas y velar acerca de la buena educacion de estas gentes, y yo no me detendré para decirte, que al gobierno. Los reyes en primer lugar, y en segundo los que tienen sus veces son los que tienen esta sagrada obligacion *conforme* el sagrado texto que ha constitui-

do Dios. dice el Ecclesiástico, (*) superior de estos individuos? pues ten cuidado de ellos. *¿Rectorem te posuerunt?... curam illorum habe.*

Nuestros soberanos, penetrados bien de este principio, han querido siempre desempeñar este divino precepto. Las repetidas y piadosas órdenes, que en todos tiempos han espedido para que se establescan escuelas en todos los pueblos, las academias que han erigido en este y en el otro continente, los colegios que han recibido bajo su patronato real, los premios que han querido se consagren al mérito &c. &c., son pruebas nada equívocas de que no han tratado de desterrar de entre sus vasallos la holgazanería y la ignorancia, y de consiguiente la miseria y el vicio, detestando como reyes católicos aquel inicuo acsioma del falso político Machiabelo que decia ser conveniente á las

(*) Ecclesiast. 31, 1. y 2.

Metrópolis mantener sus colonias pobres y estúpidas, como si la indigencia y la barbarie fueran mas poderosas para sujetar á los hombres á la razon que no la mediocridad y la doctrina ó enseñanza.

Los excelenticimos señores virreyes han cumplido por su parte las disposiciones de los reyes, publicando sus órdenes y haciendolas valer en lo posible. Pues si esto ha sido asi, dirás: ¿en qué consiste que en el reyno haya tanto holgazán, ignorante, y vicioso como se vé? No sé si atinaré con la respuesta; pero escucha: no siempre depende de las primeras voluntades el que se cumplan sus benéficas intenciones. Ni los reyes, ni los virreyes, ni los magistrados, ni cualesquiera superiores son como Dios que con un solo acto hace cumplir su voluntad por sí, sin necesidad de ageno ausilio. Todos los hombres somos muy miserables y limitados: siempre estamos dependientes unos de otros, y necesitamos

valernos de los demás para verificar muchas veces nuestros designios. He aquí la resolucion del problema.

Los reyes han querido que sus vasallos se instruyan y se eduquen rectamente: para esto han mandado se establezcan y fomenten escuelas en todas partes: sus vice-regentes han comunicado las reales órdenes á los jueces y curas de los pueblos, como que estos son los agentes inmediatos y á quienes corresponde llenar las benéficas intenciones del Soberano; y bien: ¿se cumplen en todas sus partes y como debia ser? Los resultados dicen que no, por mas que los subdelegados y párrocos digan que hacen cuanto pueden.

No ignoro que algunos de estos se desvelan y se afanan por que los indios de sus pueblos reciban la instruccion mas conveniente y proporcionada á su capacidad; pero tambien sé que no son los mas, y por esta verdad responde la estupidéz de los indios de casi to-

das las provincias del reyno.

No solamente en los pueblos se lamenta este descuido en la primera educacion de los pobres. En las ciudades y en la capital misma no se observa mejor con corta diferencia. ¿No ves la multitud de muchachos trapientos y haraganes que vagan todo el dia por las calles? ¿no te encuentras a cada paso con una tropa de vagamundos que handan jugando á los clavitos y al picado en las esquinas y plazuelas sin mas aparente ocupacion que vender villetes? ¿no te ha escandalizado al ver pedir limosna unas criaturas de cuatro y de cinco años? ¿Pues esto que prueba sino que tienen unos padres indolentes, y unos curas, que tal vez ignoran que tienen semejante clase infeliz de feligreses.

Despues que yo veo la abundancia de muchos perdularios que sobre cargan con su peso la sociedad, no me hace fuerza ver unos hombres borrachos tira-

dos en las calles como unas bestias, ni me admira que haya tantos ladrones y viciosos arrastrando una cadena, sufriendo unos azotes afrentosos ó pagando en el ultimo suplicio sus delitos. Nada de esto me admira por que es consiguiente á la abandonada educacion que recibieron; y seria un delirio esperar frutos sasonados de semillas ruines.

Ya ves aqui descubierto el origen de los vicios que especialmente notas entre la gente pobre é ignorante, y ves como no basta á impedirlo las mas sanas providencias de los reyes ni las eficases diligencias de los que gobiernan en su nombre. Los ojos que miran de cerca á sus pueblos y las manos que estan destinadas para repartirles el pan de la doctrina, son los que deben cooperar á esta grande obra.

Para ella no basta que haya escuelas en los pueblos ni en las feligresias. Se nesesitan indispensablemente dos co-

sas, y faltando una de ellas, las escuelas valdrán tanto como nada. Es pues, preciso que haya escuelas, pero que estén encargadas á maestros idoneos no solo para enseñar el catecismo y las primeras lesras á los muchachos. sino tambien buenas costumbres. ¿Mas, qué se podrá esperar de unos maestros, como yo los he visto, no solo ignorantes, sino tambien viciosos? Alguno he conocido que desde la mañana hasta la tarde estaba enviando por aguardiente. Todo el dia borracho ¿que podria enseñar á sus discipulos? y ¿que aprovechados saldrian estos con un ejemplo semejante?

No es raro hallar en los pueblos esta clase de individuos, ni es dificil encontrar sugetos de probidad é instruccion que desempeñen el titulo de maestros á satisfaccion de los curas; pero dotandolos regularmente; mas querer hallar hombres instruidos y á propósito,

que se sujeten á esta fastidiosa tarea por veinte ó catorce reales semanarios es imposible.

Dotense bien estas plazas y sobrará quien las ocupe dignamente. Si se me preguntára ¿que de que fondos debian salir estas dotaciones? yo dijera, que de las cajas de comunidad de los indios y de las particulares de los comerciantes y hacendados de sus pueblos, pues á todos alcanzaba el beneficio de la buena educacion de los muchachos.

No es esto tan dificil como parece. Si los señores párrocos persuadieran á los indios las ventajas que resultarian á ellos y á sus hijos de la buena educacion que estos les dieran, si les hicieran ver que era mas grato á Dios y provechoso á ellos que educasen bien á sus hijos que no que gastasen su dinero en fiestecitas, ni en vestidos de soldados en la semana santa, en comedias, loas, retos y otras frioleras inútiles, cuando no perniciosas á

ellos mismos, seguramente recibirian los paternales consejos de sus curas, por que el indio en concibiendo que le interesa alguna cosa, se presta á ella á costa de los mayores sacrificios, y abrazada por ellos esta idea, franquearian sus arcas, y se hallaria con que dotar maestros hábiles, que gobernasen sus escuelas, que es la primera condicion que se requíere para la buena educacion de los pueblos.

La segunda no es menos importante, y consiste en celar que los muchachos vayan á ellas, porque si nó, ¿de qué servirán los buenos maestros? Esto me parece menos dificil que lo primero en queriendo que lo sea los que mandan en los pueblos. ¿Que dificultad hay para saber ¿cuantos muchachos hay en un pueblo? ¿por qué no se podrán llamar por lista todos los dias como se hace con los soldados? Faltando alguno, ¿que teología se necesita para averiguar en quien consistió *la falta,* si en el muchacho, ó en sú

padre, ni para castigar irremiciblemente al culpado? y por último, ¿qué no pudieran hacer el maestro y el gobernador, aucsiliados por el subdelegado y el cura? Seguramente se conseguiria el fin y se llenarian muy en breve las intenciones de nuestros benéficos monarcas.

Lo mismo y con mas facilidad se podria hacer en las ciudades, y ves aqui, segun me parece, realizado el plan de educacion general en dos palabras, que hasta hoy tenemos en un pie lamentable: *buenos maestros que enseñen, y mucho cuidado para que los muchachos aprendan*. Si por fortuna á este cuidado se juntara algun amor del bien público de parte de los párrocos y jueces, y procuraran animar á la juventud con algunos premios y cariñosas distinciones, entonces yo aseguro que no muy lejos, dentro de diez años, se harian demasiado perceptibles las ventajas.

Pero yo me he distraido mucho en

esta conversacion, que quizá te habrá enfadado por prolija; aunque tú has tenido la culpa por haberme tocado en un punto que siempre he visto con el mayor interes y compacion. Son ya las doce, y se me habia olvidado que tengo que ir á casa del marques.

Yo le di las gracias por la confianza que me dispensaba, asegurandole que lejos de fastidiarme su conversacion siempre me era demasiado agradable por la instruccion que en ella recibia. Con esto, se despidió el coronel, yo entré á parlar un rato con doña Matildita y su niña, y á poco me despedí tambien.

CAPITULO VIII.

En el que se cuenta la desgraciada aventura de Pomposita, y el casamiento de Culâs y Marantoña.

AL dia siguiente pasé mi catre mi baúl y mi corto ajuar á la casa del coronel, y el

inmediato sabado llegó Pascual con los caballos. Sin pérdida de tiempo se avisó á doña Eufrosina para que dispusiera el paseo por su parte, y ella contestó: que por estar enferma iria en coche con unas amigas suyas; pero que don Dionicio y Pomposita irían á caballo.

En esa noche se dispuso todo lo necesario en las dos casas. A otro dia oímos misa temprano, y cuando volvimos de la iglesia ya estaba prevenida doña Eufrosina y sus amigas, don Dionisio, el anciano eclesiástico, el señor Labin, el Licenciado Narices y algunos otros.

¡Santa Bárbara sea con migo! dijo Pascual al ver tan grande y lucida comitiva. Todos oímos su desaforado grito, y lo vimos coser la barba con el pecho; pero á ninguno le ocurrió preguntarle la causa: tal estábamos de entretenidos.

Se ensillaron los caballos, y el de Pomposita se adornó con un famoso sillon.

Cada uno fué montado en el que le tocaba; pero ¿cual fué mi admiracion y la de muchos cuando vimos salir á la niña Pudenciana y á su mamá vestidas con sus túnicos de montar, calsadas con sus zapatos de botin, con acicates de plata, y adornadas sus cabezas con unos gorros muy preciosos.?

Inmediatamente que llegaron á donde estaban sus caballos, montaron en ellos con bastante ligereza y comenzamos nuestra agradable caminata.

El acompañamiento era tan grande y tan lucido que traia sobre sí la curiosidad de las gentes que encontrabamos por las calles, siendo Matilde y su hija los objetos que mas se llevaban la atencion.

Los caballeros que nos acompañaban se deshacian en elogios á Pudenciana, cuyo garbo les era demasiado agradable. *Unos* decian que parecia una Palas, otros *una* Amazona, estos, la Emperatriz de

las Rusias cuando fué al frente de sus ejércitos á atacar á la puerta Otomana, y todos á porfia la colmaban de alabanzas y le dirigian sus comparaciones mas ó menos adecuadas; pero segun podian.

Tan repetidas alabanzas lastimaban fuertemente los oidos de Pomposita, quien no pudiendo ya sufrir que ensalzasen tanto á su prima en su presencia, dijo: ¿qüe te parece, niña? cierto que has caido en gracia á estos señores. ¡Que bien ha hecho mi tio en enseñarte á andar á caballo como los hombres! Yo, la verdad, estoy envidiosa de esa tu rara habilidad, y desde ahora prometo que voy á empeñarme con papá para que Lailson (*) me instruya en el arte de la equitacion por si algun dia me viere en necesidad de hacer maromas en

[*] Felipe Lailson conocido en la europa y en esta América por su grande habilidad en el arte de la equitacion.

el circo; aunque tú estás muy adelantada y podrás hacerme el favor de enseñarme.

Pudenciana se puso colorada por la burleta de su prima; pero no se atrevió á responderle una palabra. Sus padres iban á tal distancia que no pudieron oir nada de esto; mas el caballero Labin se encargó de defenderla de este insulto, enfadado por la altaneria de Pomposa, á quien le dijo: señorita, tiene V. mucha razon para envidiar la habilidad de esta niña; pues lo es en efecto saber montar á caballo y llevar el cuerpo con la gracia que ella lo lleva. Nada hemos puesto de nuestra bolsa en alabarla; si V. anduviera asi, mereceria nuestros elogios igualmente. = ¡Ay! yo? ni pensarlo. Dios me libre de ser tan ridícula ni tan machorra que montara á caballo como hombre. Mi papá y mi mamá dicen muy bien que eso es una indecencia en una muger; y es querer

hacerse muy singulares el entrar por semejantes monerías.

Sus padres de V. dirán lo que quisieren; pero pienso que seguramente se equivocan. Yo he andado por diferentes partes de la Europa donde he visto que casi todas las señoras no montan de otra manera. Aqui en Mejico hemos visto seguir esta costumbre á algunas extrangeras y españolas; pero prescindiendo de los ejemplos, la razon y la experiencia nos manifiestan la bondad y la inocencia de este uso (*) El nada tiene de nocivo á la salud, cualidad que no falta á estos sillones. (*) Yo aseguro que con el mo-

[*] El señor Labin tal ves no ignoraria que Dios en el cap. 22 del Deuteronomio prohibió espresamente que el hombre se vistiera como muger y la muger como hombre; pero sabia que un caso de necesidad indulta de esta observancia y el caminar puede ser este caso, por eso defendiò la costumbre solo con esta ocasion, dejando á los teòlogos la resolucion dècisiva en la materia.

[*] Las propensas à hemorragias ó

vimiento del caballo ya no lleva V. la cintura muy á gusto, y no hemos andado media legua, ¿qué seria en un camino largo?

Tampoco tiene nada de indecente, usandose con las precauciones que esta niña. Ya V. habrá visto que apenas se apéa cuando, si quiere, con abrocharse los botones de otro modo ya está con túnico y enteramente en trage de muger.

Careciendo este uso de las malas cualidades de indecente y nocivo á la salud, tiene las ventajas de facilitar á una muger el cabalgar, de hacerla menos pesada á los hombres que la acompañan, de proporcionarle la carrera sin riesgo, de librarla, por consiguiente, de un peligro, y de precaver aun en el caso de que caiga, que se ofenda su honestidad.

Que me señalen iguales ventajas en

jos de sangre y las gravidas pueden recentir el montar á caballo de cualquier modo que sea.

el uso de los sillones; y si no los pueden señalar, sujetemonos á la razon, y cuando mas, que no admitan la moda: pero tampoco se burle nadie de quien la sigue, pues en esto acreditará su necedad. Tan malo es seguir las modas malas por capricho, como no seguir las buenas por preocupacion, y mas cuando la razon nos convence de su utilidad.

Tanto se embobó Pomposita oyendo al señor Labin, que se le cayó el paragua sobre las orejas del caballo. Este, sin embargo de su mansedumbre, se espantó al verse con aquel embarazo delante de los ojos, y sin esperar razones, dió la estampida, y á poco trecho cayó en tierra mi señora doña Pomposa mal de su grado; pero en tan indecente postura que, cuando menos, nadie dudó de que color eran sus ligas. Los mozos corrieron á atajar el caballo, y nosotros fuimos á toda prisa á socorrer á la desventurada.

Inmediatamente la levantamos y la metimos en el coche. Por fortuna no recibió mas daño que una ligera contusion. Su vanidad si quedó bien abatida, y mas cuando el señor Labin le dijo: señorita, siento mucho este accidente, y para que no lo vuelva á esperimentar, le aconsejo que aborrezca los sillones, y se acostumbre á cavalgar como su prima, pues asi irá siempre mas regura en los caballos.

Dejamosla en el coche, y continuamos nuestro paseo. El coronel y su esposa se juntaron con nosotros y fuimos andando y conversando todos alegremente, menos Pascual, que iba en su mula cabisbajo y pensativo sin hablar una palabra, manifestando que alguna pesadumbre oprimia su corazon.

El coronel reparó en su tristeza, y acordandose de la fervorosa esclamacion que acababa de hacer en Méjico á santa Bárbara, no pudo menos sino pre-

guntarle con el mayor empeño la causa de su afliccion: ¿qué tienes, Pascual, le decia: estás enfermo? = No, señor. — ¿Te has arrepentido de que se case Cujás? = ¡Ojalá fuera ese mi cuidado. = ¿Te falta dinero para alguna cosa precisa? = Aunque me falte y aunque lo tenga de nada me sirve agora. — ¿Pues que tienes, hombre, ensanchate, á ver si podemos consolarte. = Apurarme mas podrán sus mercedes por ora; pero eso de consolarme, ¿cuando? = ¿Con que nosotros podemos afligirte? ¿de que modo? Vamos, esplicate, no nos tengas en duda de ese enigma. =

Pues, señor amo, si no se ha de enojar su merce, voy á confesarle la purisima verdad; aunque me cueste arto trabajo decirla pero por eso se dice que mas vale vergüenza en cara, que rencilla en corazon, y que es mas mejor ponerse una vez colorado que ciento descolorido, pues al buen pagador no le duelen prendas. —

Vamos hombre, acaba con tantos refranes, que te nos vas volviendo Sancho Panza entre las manos. Despacha, ¿que es lo que tienes? ¿que te aflige?=

¡Que me ha de apurar, señor! ya sabe su mercé como el diablo que no duerme hizo que mi muchacho Oulas viera de buen ojo á Maraotoña, esa que va á ser su muger agora mismo, y luego que me lo dijo, le dije yo: hijo, yo estoy opuesto á cuanto tu quieres porque la muchacha es buena, y mas mejor es que te cases que no te quedes ansina; y yo luego luego di traza para pedirsela á su padre el tio Benino, quien no se hizo mucho de rogar, y como ya todo estaba de punto, quije que no quije fué menester buscar dinero, porque para todo queren dinero en esta triste vida y por el dinero bayla el perro, como su mercé sabe....

Estimo tus favores, dijo el corronel; pero sigue tu cuento sin rodear tanto, *pues* segun vas pienso que no lo acabas.

en ocho dias...

El eclesiástico y los demas señores suplicaron á don Rodrigo que dejase hablar á su criado cuanto quisiese y que se explicara conforme fuera su gusto, porque ellos no lo recibian menos al escucharlo. El coronel dijo á Pascual que continuára, y este con la misma sencillez que comenzó, prosiguió su cuento de esta manera: pos, señor: como era menester dinero, ¿qué hago? cojo y vendo un burro mestro, con perdon de sus mercedes, y dos bacas paridas, que por todo me dieron treinta pesos; á juera de esto, empeñé las tierritas de Culás en veinte pesos que hacen treinta..... cuarenta..... cincuenta pesos, y como no alcanzaba para los gastos, se acordará su mercé que le pedí veinticinco pesos prestados, que son cincuenta..... sesenta..... setenta..... setenta y una, setenta y dos, setenta y tres, setenta y cuatro, setenta y cinco pesos cabalitos sin medio mas ni medio menos.

limosna con mi familia. Al rey le cayó en gracia la ingenuidad y sencilléz de aquel labrador, y lo dejó consolado, resarciendole sus pérdidas generosament . Tú, Pascual, consúelate tambien, y está seguro no solo de que alcanza la comida que has dispuesto, sino de que sobra; porque todos estos señores son de muy poco comer. No calmó mucho esta esperanza la tristeza de Pascual, y asi continuó en silencio y con su cara de herrero hasta que llegamos á Tacubaya.

Poco antes de las nueve de la mañana serian cuando entramos en aquel ameno pueblecito, y al instante comenzaron á repicar en la parroquia. Muchos creyeron que el repique era por nosotros; mas se engañaron; pues fué el primero para llamar à la misa mayor, y estaban avisados los campaneros para que luego que entrásemos repicaran.

Pascual queria que los cocheros se

dirigiesen á su casa; pero el coronel mandó que fuesen á las casas curales. El párroco, que habia sido condiscípulo del coronel, y era muy su amigo, lo recibió con la familiaridad mas cariñosa, con mucha atencion à los demas señores.

Don Rodrigo, advirtiendo que ya se acercaba el tiempo de la misa, trató de que fuesemos á la casa de la novia para conducirla á la iglesia.

Ya estaban esperandonos los novios, sus padres, amigos y parientes. Culas estaba de gala con sus calzones de pana azul galoneados y bien surtidos de botones de plata: unas buenas botas picadas y bordadas de oro y azul, sus sapatos abotinados de cordovan, de los que llaman de boca de cantaro: una muy curiosa cotona de indianilla verde guarnecida de listoncito de color de rosa: su mascada del mismo color: su sombrerito redondo pardo y con toquilla y galon de plata, concluyendo este lujo con

una famosa manga de paño azul con dragona carmesí y galones y flecos de oro.

La novia no estaba menos decente en su clase, por que tenia un trage de indiana fina de fondo lacre; su mascada de las que llamaban de arco iris, sus aretes de piedra inga muy relumbrantes, unos tres ó cuatro hilos de perlas finas; aunque menudas, sus cintillos de iguales piedras que los aretes, una porcion de listones en la cabeza que sujetaba una peyneta de carei, y remataba su compostura con unas medias de seda nueva de primera y unos zapatos de raso color de rosa bordados de plata.

Culas era un mocetón alto y bien formado, rubio y como de veinte y seis años de edad, y Morantoña, como le decia Pazcual, seria como de diez y ocho ó diez y nueve, gordita, no muy alta, peró si blanca, güera, colorada, y con unos ojos grandes y negros, los que juntos á una *buena* tez de cara y á una boca pequeña, *encarnada* y habilitada de buenos dien-

tes, hacian una figura agradable.

Luego que pasaron las humildes salutaciones de todos aquellos pobres, sacó doña Eufrosina un túnico negro, una mantilla y un abanico: todo muy bueno. como que era de gala y queria que lo luciera la ahijada de su hermana; pero esta, luego que entendió que la iban á vestir con aquella ropa, poniendose mas colorada de lo que era. le dijo: ¡ay! no, señora: yo con su licencia no me pongo esos sacos prietos. Esos se quedan para las señoras como su mercé; pero ¡para mi que soy una probe paya! En mi vida me he puesto eso, ¿qué dirán mis amigas si me lo ven puesto? ya parece que las oigo. Dirán: mire la ranchera motivosa, ayer andaba arreando bacas con sus naguas de gerguetilla, y agora sale izque con túnico negro como una marqueza ó una conda. Asi dirán y otras cosas mas peores. Conque no, señora: yo iré á la iglesia con mi rebozo de seda que me ha com-

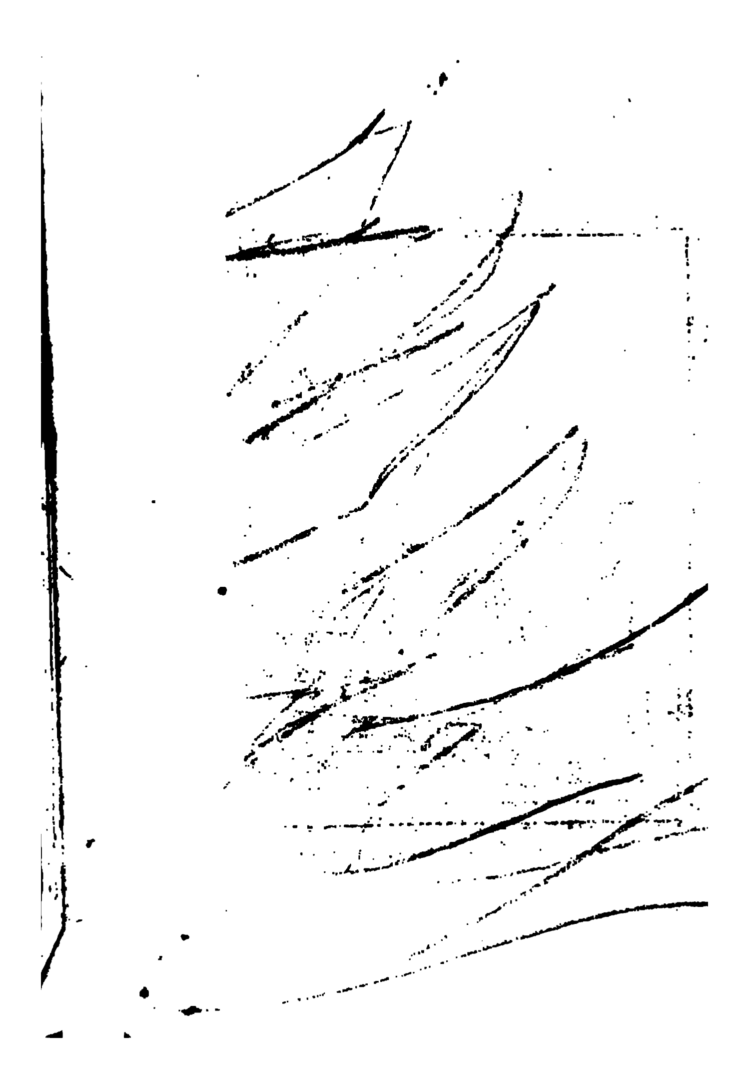
prado mi señor padre, y que se queden esos vestidos para los ricos ó para los probes que queran ser redículos.... ¿Pero esto como se tré? Preguntaba por el manejo del abanico. Se lo enseñó Eufrosina, *y ella abriendo con las dos manos se soplaba con mucha gracia y decia: pos mire: este si que es un bonito aventador.* ¡Ay! ¡cuanto muñequito tiene! ¡cuantas florecitas! y que varitas tan doradas! Este si lo llevaré para soplarme en la iglesia ansina que me apure la calor.

Todas se reian por la sencillez de Maria Antonia, quien hubiera llevado el abanico, como decia, si se lo hubieran dejado; pero doña Matilde le dijo: hijita, esto no lo puedes llevar si no te pones el túnico negro, y la mantilla; y á mas de esto, era menester que lo supieras manejar con garvo, y con una mano, porque si no, te harian burla cuantos te vieran. = ¡O! pos en siendo ansina, masque nunca lo lleve: que se quede allá, que la

T 2° L 250.



Este se q es un bruto aventador.



bien que si me apurare la calor, me so-plaré con la punta de mi rebozo, que esa si la se menear bien, con una mano y sin miedo de que se quebre, como puede suceder al aventador pintado.

El coronel dió prisa á las señoras para que nos fueramos á la iglesia porque ya se habia dado el tercer repique para la misa, y asi, poniendose Marantoña su rebozo, se dirigió la comitiva para la iglesia.

En el camino decia el coronel á doña Matilde: ¿has de creer que me gusta la novia?=¡Ola! ¿te gusta? púes casate con ella. ---No es eso lo que te digo: me agrada en ella su caracter sencillo y su juicioso modo de pensar ¿No oiste que oportuna leccion de conformidad dió á mas de cuatro que la escuchaban, cuando rehusó ponerse el túnico negro? Esta es mucha humildad! y moderacion en una payita joven, de quien se debia esperar que estubiera deseosa de parecer bien y de com-*ponerse*, aunque fuera de prestado, como

lo hacen tantas, aunque no esten de boda; pero Maria Antonia ha conocido la vanidad de este deseo, y no quiere esponerse á que sus iguales, envidiosas de su decencia, se la murmuren llamandola rota, y motivosa, como ella misma dice.

Como la iglesia estaba inmediata á la casa de donde salimos, no tubo tiempo el coronel para hablar mas sobre esto, y mucho menos, porque luego que de la torre nos vieron ir, hicieron señas de dejar. Con esto nos apresuramos.

Estaba ya el cura revestido, y luego que entraron los novios y padrinos, procedió á las sagradas ceremonias del matrimonio, y cantó la misa despues de ellas. Concluida, salió de la sacristia y nos condujo á todos á su casa.

Pascual estaba entreverado unas veces alegre y otras triste, acordandose de que no alcanzaba su comida para tantos, y mas triste se ponia al acercarse la *hora* de almorzar.

¡Pero cual fué su sorpresa y su alegria cuando oyó decir al cura: señores, vamos á la huerta á tomar alguna cosita, porque ustedes ya lo han de menester como que madrugaron y han caminado aunque poco! Diciendo esto, se levantó el cura de su asiento; hicimos todos lo mismo y nos dirigimos á la huerta.

Al entrar en ella se acabaron de trastornar Pascual, los novios, sus parientes. y poco faltó para que á nosotros sucediera lo mismo, al ver la magnifica sencilléz con que estaba todo prevenido.

La naturaleza por una parte, y por otra la curiosidad del cura habian formado en aquel frondoso sitio una huerta útil y un pensil ameno y delicioso. Las varias frutas que matizaban el alegre verde de los arboles, colocados en bien dispuestas calles: las diferentes flores, que adornaban una multitud de

arreates y tiestos curiosos: los agradables arómas que las yerbas y rosas ecsalaban: el gorgèo de mil hermosos pajarillos, que trinaban alegres saltando de rama en rama: el suave mormullo de las cristalinas agüas, que se deslizaban por los caños para regar las plantas y las flores, y el conjunto de todas estas cosas, alhagaban los sentidos y suspendian el espiritu dulcemente.

En medio de la huerta estaba una graciosa fuentecilla, y á su lado se formaba una hermosa galería en la que estaban colocadas las mesas en donde se habia de servir el almuerzo.

Mil lazos de amapolas, súchiles, claveles y rosas se entretegian con el mejor orden de un arbol á otro, fingiendo las paredes del salon, y haciendo un tapiz tan alegre como natural. Los rayos del sol no penetraban en aquel lugar delicioso porque sobre las copas de los árboles estaban formando un ma-

gestuoso pabellon de damasco carmesí con cordones de seda verde y oro, y el pavimento estaba entarimado y cubierto con unas muy buenas alfombras para que la humedad no molestase à los que debian permanecer alli por largo rato.

La repentina visita de este ameno y florido vergél me hizo creer que estaba yo en los pensiles de Semiramis ó en los prados y bosques de la Arcadia. No solo yo fui de este parecer, á todos sorprehendió tan alagueña prespectiva, y á porfia alababan el buen gusto del señor cura, que tan á poca costa habia dispuesto un salon tan cómodo y alegre.

Luego que estubimos en él, hizo el párroco que se sentasen todas las personas desentes en la primera mesa, y en ella tambien los novios y sus padres. Pascual estaba atónito y elevado; pero aun no deponia el temor que lo acosaba de que su prevencion era esca-

Por todas partes volvia la cara y como no veia dispocicion alguna de comida, se ponia muy fruncido, pensando, segun despues nos dijo, que esperaban el alimento de su casa.

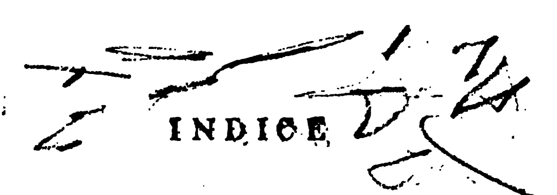
El señor cura dispuso que el padre vicario fuera á cumplimentar á los parientes y convidados de los novios en otra mesa que tenian prevenida no muy lejos de la nuestra.

Ya todos sentados en sus correspondientes lugares, tiró el cura de un cordon, sonó una campanilla, y al momento se presentaron cuatro graciosas inditas ricamente vestidas segun su trage, y comenzaron á servir los platos y las copas.

El primer brindis se dirigió á la salud de la novia, y á seguida comenzamos á escuchar un agradable concierto de música; aunque no veiamos la orquesta, porque el cura la ocultó sagazmente tras de un emparrado para *que nos* cojiera mas de nuevo.

Lo opiparo del almuerzo, lo divertido del lugar, el golpe de la música y el trato dulce y cortés del coronel, del cura y otros señores, contribuia para aumentar en todos la alegria ma inocente. No se hablaba en la mesa de cosa que no entendieran bien los novios y sus padres. El campo, las siembras, las semillas, las cosechas, los carneros, los toros y las bacas dieron el asunto para toda la conversacion, que manejaron muy bien los entendidos, haciendo hablar sobre todo á Pascual, á su hijo y aun á la novia; y como que se les hablaba sobre materias que entendian, estaban contentos, ménos vergonzosos y muchas veses satisfechos, porque quinaban en asunto de campo al coronel, al cura y á otros, como que hablaban con nstruccion y con esperiencia. ¡Que cierto es que cada uno es voto de su profesion!

El señor Labin y el otro eclesiás-



INDICE

DE LO CONTENIDO EM ESTE SEGUNDO TOMO.

Pagina.

atacar los abusos perniciosos que entonces robustecian la base de un gobierno absoluto, que lo puso en el estrecho caso de suspender la impresion del cuarto tomo, donde la sátira se encumbra hasta proscribir el degradante comercio que hacian de la especie humana, las clases privilegiadas do aquel gobierno.

Dicha obra se encontrará á 10 pesos en pasta, y á ocho pesos a la rústica.

Las FABULAS del mismo autor; es tal el consumo que ha tenido esta obrita entre los niños, que se ha echo necesaria en algunas escuelas de Méjico, pues con motivo al estímulo de las estampas, y estar escritas al estilo del pais, los niños aprenden á leer con facilidad.

El total consumo de los ejemplares que se imprimieron; ha hecho, que los editores hayan reimpreso mas cantidad en el mismo volumen de octavo, con cuarenta y una estampas, y por haber ya desde un principio erogado los crecidos gastos de las láminas y demas, se han propuesto darlas con mas comodidad, lo que facilitará á el público, y á los niños, no carecer de la utilidad do su lectura. Se espenden en esta imprenta, y en la alacena de libros que está en la esquina de los portales de Mercaderes *y Agustinos*, á un peso à la rustica y á doce *reales en pasta*.

SEP 15 1975

